Fernando VIZCAÍNO CASAS

... y al tercer año, resucitó



«Novela de historia-ficción» llama su autor a este libro. Cuya definición es, realmente, difícil. Porque en él hay, en efecto, una ficción inicial, un absurdo naturalmente imposible —la resurrección de Francisco Franco—, sobre el que Vizcaíno Casas monta después toda su trama. Y esa trama es, en cambio, de un pretendido realismo crítico y hasta, en ocasiones, de un cierto surrealismo. La despiadada contemplación del momento político del país a través del prisma personalísimo del autor abunda en rasgos sarcásticos y hasta en interpretaciones-límite. Con todo ello, *… Y al tercer año, resucitó* se convierte en un libro de apasionada lectura que despertará las más contrarias opiniones. La aparición constante de personajes reales inmersos en la ficción de la historia, tratados con una ironía a veces mordaz, presta singular atractivo a la narración, hecha en el clásico estilo directo, fácil y lleno de intención satírica que caracteriza la pluma de Vizcaíno Casas. Evidentemente, *… Y al tercer año, resucitó* empalma de manera directa con un anterior título del autor, *De «camisa vieja» a chaqueta nueva*, uno de los mayores éxitos editoriales de esta misma colección. Uno y otro libro vienen a complementarse, aunque en éste sea todavía mayor el desgarro humorístico, la intención crítica y la constante incidencia en la actualidad española.

Lectulandia

Fernando Vizcaino Casas

... y al tercer año, resucitó

ePub r1.0
jandepora 02.11.13

Título original: … *y al tercer año, resucitó*
Fernando Vizcaino Casas, 1978

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

A mari pili

Nota del autor

Obviamente, ésta es una historia absolutamente inventada, enteramente irreal; es una farsa, en clave de humor.

Pero si ustedes piensan más en las anécdotas del contorno que en el inverosímil sucedido que las motiva, quizás coincidan conmigo en que, a lo mejor, algunas reacciones, algunas conductas, se harían reales si se diese esa imposible causa.

Saliendo al paso de susceptibilidades y enfados, comienzo declarando con la necesaria solemnidad que en este libro sólo se pretende plantear un juego burlesco, una broma. Como decimos los juristas, aquí únicamente existe *animus jocandi*; ganas de pasar el rato, de sonreír.

Mis literarias excusas a quienes no entendiéndolo así, puedan enojarse.

F. V. C.

La prensa daba noticias como éstas:

> «Doscientas personas atacan a una pareja de la Policía Armada, que llevaba detenido a un ladrón, cogido *in fraganti* y consiguen que el delincuente huya».
>
> «Siguen desmontándose de las fachadas de los edificios públicos, las lápidas con las listas de los antes llamados "caídos por Dios y por España"».
>
> «Fregenal de la Sierra reivindica un Estatuto de Autonomía».
>
> «Homenaje en la Plaza Mayor de Madrid a los ancianitos ex combatientes de las Brigadas Internacionales, con entrega de globos y subsidios».
>
> «En el último mes hubo en el país (antes llamado España) setecientas cuarenta y dos huelgas, ciento sesenta y tres atracos a joyerías, Bancos y Cajas de Ahorro y ochocientas seis suspensiones de pagos».
>
> «Según resulta de documentos ahora conocidos, la defensa del Alcázar de Toledo, cuando la guerra civil, fue posible merced a los suministros que facilitó a los fascistas sitiados un submarino alemán de bolsillo, que operaba en aguas del Tajo».
>
> «Al aumentar el nivel de vida de los oprimidos trabajadores españoles, lo único que pretendió la Dictadura fue facilitarles coche, para que así se estrellasen en las carreteras».

El lector de la prensa, que era sesentón y de derechas, plegó el periódico y comentó, a media voz:

—¡Si Franco levantara la cabeza…!

De eso trata esta novela de historia-ficción.

Eran las siete de la mañana (o sea, las seis solares) y hacía un frío respetable en la sierra de Guadarrama. El sacristán, bostezando sin parar, encendió la luz del atrio y, mientras se frotaba las manos con fuerza, se acercó hacia el altar mayor.

La inmensa Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos se ofrecía singularmente impresionante en su soledad. Y sin embargo, seis horas más tarde estaría llena a reventar, con toda la esplendidez de sus iluminaciones, con el boato de las grandes solemnidades. Iba a celebrarse el funeral por el alma de Francisco Franco, en el tercer aniversario de su muerte; ya que estábamos, justamente, en el 20 de noviembre de 1978.

El sacristán fue encendiendo más luces; sus pasos resonaban con fuerza sobre las losas y el eco los repetía, ampliados. Hizo una genuflexión al pasar *frente a* la tumba de José Antonio, como siempre, porque él había sido *de la* Vieja Guardia, allá en sus años mozos. Rodeó el altar mayor. Y de pronto, se le transfiguró el rostro. Quedó

como clavado en la tierra, los ojos muy abiertos, las manos cruzadas en una inevitable crispación. Sintió la necesidad de gritar y no pudo; quiso seguir caminando y le fue imposible. Así que se sintió como hipnotizado frente al sepulcro de Franco, aquel cubierto por la inmensa mole de granito sobre la que todos los días visitantes de muy diversa condición dejaban el recuerdo devoto de unas flores.

Pero el sepulcro estaba abierto.

Pero la mole de granito había sido desplazada.

Fueron unos minutos angustiosos. Finalmente, el sacristán recuperó sus movimientos, se llegó al lado mismo de la tumba, hincó las rodillas en el suelo y agarrándose al borde del sepulcro, miró hacia abajo. A punto estuvo de desvanecerse por la impresión. El féretro, el sobrio a la par que suntuoso féretro de caoba donde reposaba el cadáver embalsamado del Caudillo, estaba vacío. La tapa quedaba colocada a un lado, muy cuidadosamente, como si alguien la hubiera levantado con esmero. ¿Pero no se había soldado con una capa de cinc?, pensó el sacristán.

Y sin embargo, no aparecía rastro alguno de violencia.

El sacristán dudó unos segundos. Después, se puso en pie y echó a correr, como un poseso, a la vez que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!

El eco repetía, por las bóvedas, por los altares laterales, saltando entre los sillones del coro, yendo y viniendo por las imágenes, repicando en los tapices de la Real Fábrica:

—¡Ha resucitado, ha resucitado…!

Al padre Prior se le interrumpieron las abluciones matinales, a las que estaba entregado, porque la puerta de su celda se estremeció con los aporreos del sacristán. Que se le vino literalmente encima, cuando el Prior le franqueó la entrada y se le abrazó entre sollozos, mientras seguía gritando, con voz espasmódica, alterada, verdaderamente histérica:

—¡Ha resucitado, ha resucitado…!

Sin reparar en que estaba en camiseta y con aquel frío podía darle algo malo, el padre Prior echó a correr, escaleras abajo. Detrás iba el sacristán repitiendo como una letanía, aunque cada vez más tenuemente:

—¡Ha resucitado, ha resucitado…!

I

¿Qué posibilidades tiene Juan Carlos? Todo lo más, ser Rey por algunos meses. Si hubiese roto a tiempo con Franco, habría podido encontrar una base de apoyo. Ahora no tiene nada y le desprecian todos. Yo preferiría que hiciese las maletas y se fuese con su padre, diciendo «Devuelvo la Monarquía al pueblo». Si no lo hace, terminará muy mal, muy mal. Incluso le pueden matar.

SANTIAGO CARRILLO
Entrevista con Oriana Fallaci
L'Europeo, 10 de octubre de 1975

La imagen de la Virgen del Pilar estaba colocada en un ángulo del salón de actos, sobre una tarima. Tenía el mismo tamaño que el original que se venera en Zaragoza, pero lucía el manto que la distinguía inequívocamente de aquélla: el manto rojo con la hoz y el martillo bordados. El martillo estaba bordado de manera impecable; no así la hoz, cuyo filo quedaba un tanto irregular, de forma que la curva ofrecía manifiestos fallos en su trazado. Pero había que tener en cuenta que Dolores fue quien bordó, con sus propias y temblorosas manos de octogenaria, el escudo del Partido; y, a su edad, no se le podía pedir más. Bastante había hecho dando aquella última prueba de sumisión a las consignas del Comité Central, porque tampoco andaba bien de la vista y, ¡qué duda cabe!, para ella había sido un gran sacrificio culminar semejante obra de artesanía.

El 12 de octubre, justamente, se había celebrado el acto de entronización de la imagen, con una misa oficiada por el cura *Pepe*, que lo hizo muy bien, porque la víspera se había repasado el ceremonial de la liturgia, el cual, naturalmente, tenía bastante olvidado. Dijo la homilía mosén Lluís, por especial deferencia a la significación del acto y echando pelillos a la mar en sus diferencias operativas con Santiago. Había engordado mosén Lluís, porque se terminaron aquellas épocas de reiteradas huelgas del hambre y ya se podía sentar en las Cortes, sin que tampoco tuviese que aguantar vigilias frente a la cárcel. Sus luengas, nobles, negras barbas le daban un especial encanto marxista y los fieles asistentes a la misa celebraron aquella frase suya en la oración sagrada:

—… la Dictadura quiso capitalizar el cristianismo, pero el cristianismo es del pueblo, cuando es verdadero. Por eso, es nuestro, en la misma medida que Cristo fue marxista en su ideología. Por eso, también, frente a la quincallería de aquella iglesia servil vendida al Tirano, que inventó leyendas y mentiras, podemos hoy nosotros, camaradas, cantar una jota nueva. Una jota así: «La Virgen del Pilar dice — que no quiere ser fascista — que Ella ha sido desde siempre — la primera comunista».

Se había pensado, en principio, que a la hora de alzar se escuchasen a través de la

megafonía del local los sones briosos de *La Internacional*; pero, tras severas discusiones, se llegó al acuerdo de que no se hiciera, porque tampoco había que pasarse. Hubo, en cambio, unanimidad absoluta al aprobar la propuesta de Santiago de que se celebrase un novenario, por las tardes, al que procurarían asistir la mayor cantidad posible de camaradas, ya que no en vano podía encontrarse una nueva interpretación al famoso *slogan* del difunto padre Peyton y decir ahora:

—Partido que reza el rosario unido, permanecerá unido.

Aquel 12 de octubre, de tan feliz recordación, sirvió para afirmar las rectas intenciones del «eurocomunismo» y constituyó un rechazo definitivo y clamoroso de las torvas actitudes de la extrema derecha, de los inmovilistas, de los del «bunker», que continuaban sin admitir la evidencia de que el Partido había liquidado un pasado que nadie recordaba ya y era ahora una fuerza de orden, integradora, patriótica, más monárquica que Cortés Cavanillas, dispuesta a servir las directrices de la democracia pura y a mantener por encima de todo el orden público y la convivencia pacífica de los españoles. ¡Cuántos de aquellos que, reacios ante la evidencia, anclados en la prescrita leyenda fascista de Paracuellos, no admitían la realidad de 1978 se hubiesen emocionado viendo cómo Santiago comulgaba durante la misa nada menos que tres veces seguidas, tres, en demostración de su acendrado catolicismo!

Marcelino, que iba sin jersey (algunos lo atribuyeron a un milagro de la Virgen), leyó la Epístola y aunque se trabucó varias veces, lo hizo con indudable dignidad. Terminada la ceremonia, se sirvió un chocolate con churros y anís y el camarada José Luis, de los Servicios Jurídicos, fue comisionado para enviar un telegrama al cardenal Enrique y Tarancón, haciéndole patente la devota fidelidad del Partido y reiterándole su adhesión a su candidatura como próximo Papa, que también apoyarían las Centrales de numerosos países europeos.

Encendió Santiago un pitillo, lo que hizo que el poeta Rafael le reconviniera, con su gracioso acento andaluz:

—Fumas demasiado…

—Calla —contestó el secretario general—: Es el único vicio que me queda, además del poder.

—¡Ándele, vicio chiquito! / ¡que lo tuyo es cosa fina! / En cuanto seas ministro / dejarás la nicotina —improvisó Rafael, que llevaba una chaqueta azul celeste con solapas coloradas, cosa rica. Los demás aplaudieron con entusiasmo.

—¿Cómo va esa ponencia sobre la Economía del país, Ramón? —preguntó entonces Santiago al gran experto comunista en el tema.

—Casi terminada. Tras rigurosos estudios, estoy llegando a conclusiones sorprendentes. Por ejemplo, la política hidráulica del fenecido régimen fue una burrada tremenda; con los pantanos se atentó contra la belleza ecológica del país, destruyendo sus parajes más bellos. Y los supuestos aumentos de la renta per cápita

no eran otra cosa que una maniobra de la oligarquía financiera franquista, que así consiguió que los grandes Bancos ganasen millones descontando letras de cambio.

—¿Es que esa cabronada de las letras de cambio la inventó Franco? —se interesó un espontáneo.

—¡Hombre…! Aunque bien mirado, casi podría asegurarse que sí.

—¡No te digo…! —farfulló el espontáneo.

Santiago vestía un terno azul impecable, con corbata *Pucci* en tonos rojos (naturalmente) y camisa cruda, de seda natural. No en vano, acababa de ser designado, tras una encuesta celebrada entre sus lectores por el semanario *Interviu*, como «el político español más elegante del año», sacando dos votos de ventaja al presidente Suárez, lo cual, sin duda, constituía un gran triunfo para el Partido, que los servicios de propaganda sabrían explotar debidamente. En tercer lugar había quedado José Luis Ruiz Navarro, de la U.C.D., y después el tan controvertido *Nacho* Camuflas. En cambio, Felipe solamente obtuvo un voto; presumiblemente, el voto del miembro del Jurado perteneciente al P.S.O.E.

Aquella encuesta, que sirvió para que *Interviu* aumentara cincuenta mil ejemplares más su tirada (que estaba ya, como aquel que dice, en los dos millones), provocó también ciertos problemas. El premio a la mujer política más elegante fue declarado desierto; el Partido, consciente de sus limitaciones, nunca esperaba que Pilar Brabo sacase un solo sufragio. Por ello, dio consignas a sus jurados para que apoyasen la candidatura de Carmen Díez de Rivera, tan buena amiga de Santiago; pero esa candidatura fue vetada, al estimarse *que* la aristocrática moza no ejercía, en puridad de concepto, la carrera política activa. Hubo mucha discusión para designar «las barbas políticas más atractivas del país», cuyo premio fue a parar, tras reñida lucha, a tasé María Gil-Robles Jr., que de esta manera consiguió, por fin, ganar alguna votación.

La cuestión litigiosa se planteé en el apartado del concurso «el político más antipático». En realidad, hubo muchos y muy cualificados aspirantes, aunque (como bien comentó Carlos Luis) la ausencia del quehacer público del señor Fernández Miranda eliminaba a un candidato indiscutible. Al final fue elegido don Alfonso Guerra, el «hombre duro» del P.S.O.E., y su elección cabreó muchísimo a Felipe, cuyo sentido del humor no es excesivo, pese a su sevillana cuna. El P.S.O.E. llegó a plantearse la posibilidad de convocar un Pleno Extraordinario de las Cortes, por si aquella falta pública de deferencia hacia un diputado podía considerarse atentatoria contra la dignidad personal de un «padre de la Patria» y afectar a la inmunidad parlamentaria, ya que el honor es patrimonio del alma, etcétera, etcétera. Pensaban aprovechar para solicitar, una vez más, la dimisión del ministro del Interior, que había tolerado la celebración de una encuesta semejante.

Pero, finalmente, todo se resolvió mediante una sencilla nota de prensa, dando

cuenta de que el P.S.O.E. no pretendía que sus diputados fuesen simpáticos, sino eficaces, y recordando que don José Solís era un tío simpatiquísimo y, sin embargo, fascista a carta cabal. Santiago se divirtió mucho con todo aquello y comentó a sus íntimos:

—Este Felipe será siempre un chiquillo…

Y aprovechando la feliz circunstancia de que el Pisuerga pasa por Valladolid, en su inmediata audiencia con el presidente Suárez, a la vez que aludía a la irritabilidad del P.S.O.E., insistía en la necesidad de que se llegase a un gobierno de concentración. Pero el presidente seguía erre que erre, echando por delante los millones de votos de su U.C.D., e incluso dejó caer, en cierto momento de la charla:

—Teniendo en cuenta la muy posible condición vitalicia de mi presidencia…

Sonrió cucamente Santiago (que sabe sonreír cucamente mejor que nadie) y le ofreció un pitillo al presidente, porque una de sus analogías con él la constituye el vicio nicotínico. Cuando comentó, a un reducido grupo de sus íntimos en el Comité Central, aquella frase del presidente, el poeta Rafael dijo, con evidente doble intención:

—Suárez, a veces, es muy franco…

Y Dolores, despertando de súbito, recordó, con voz temblona:

—Stalin sí que fue vitalicio. Stalin era la encarnación del comunismo en sus más puras esencias. Stalin nos dejó un legado que bajo ningún concepto podemos…

—Sí, sí, Lola; ya lo sabemos, maja… —le cortó Santiago. Recordándole en seguida—: Pero no insistas en el tema cuando haya gente delante.

Después de la emocionante festividad litúrgica del 12 de octubre (se había cursado también un telegrama al general director de la Guardia Civil, en el que el Partido felicitaba a la Benemérita el día de la celebración de su Santa Patrona) Santiago marchó unos días a la Universidad de Harvard, donde tenía que pronunciar unas conferencias acerca del sentido social, económico y político del «eurocomunismo». Y Marcelino reunió a los letrados asesores laboralistas del P.C.E., quienes realizaron un profundo estudio en el que se demostraba que la huelga ha de carecer de todo freno legal; jamás cabe admitir, en cambio, el despido y los trabajadores deben estar representados en un 55 por ciento en los Consejos de Administración de las Empresas.

Ramón, el sabio economista, se apuntó a un crucero por los Mares del Norte, puesto que tenía que terminar su ponencia sobre la Economía española y para ello nada mejor que los ambientes democráticos y socialistas que se respiran en los fiordos noruegos. Se llevó a la familia, claro, porque la familia constituye la célula germinal del Partido.

Con todo ello, hasta principios de noviembre no volvió a reunirse en Madrid la plana mayor del P.C.E. Estaba preocupadísimo Santiago por la situación del país y la

cosa no era para menos. El número de parados pasaba ya del millón setecientos mil. En los tres últimos meses se habían registrado setecientas cuarenta y siete suspensiones de pagos, la cifra de letras protestadas se acercaba a los diez mil millones de pesetas y prácticamente la Bolsa había dejado de funcionar. Aunque cierta prensa explicaba debidamente que todo aquello seguía siendo consecuencia de la Oprobiosa Dictadura, cuyas nefastas secuelas estábamos pagando, crecía el número de ciudadanos insensatos que comenzaban a desconfiar de la certeza de tan lejanos precedentes. Y en una campaña canallescamente orquestada, *El Alcázar* estaba publicando como folletón una «Historia veraz del franquismo», cuyos datos sorprendían a los jóvenes y encandilaban a los nostálgicos del fenecido régimen.

Santiago mantuvo reuniones intensivas con el presidente del Gobierno y se mostró más cauto que nunca en sus declaraciones.

—Primero, la economía; después, la política —repetía una y otra vez.

No demostraban semejante sentido común la mayoría de los restantes partidos, entregados con entusiasmo suicida a la demagogia y la obstrucción. En Granada, por ejemplo, donde el índice de desempleo alcanzaba al 23,60 por ciento de la población obrera, lo que había provocado una auténtica invasión de la mendicidad callejera, atracos repetidos a los supermercados y agresiones constantes en la vía pública, los maoístas y otros grupos extremos acababan de organizar una manifestación monstruo. Curiosamente, su *slogan*, el que campeaba escrito en letras negras sobre una gigantesca pancarta roja, era éste: «Por muchísimas razones — no nos gustan los cabrones».

Y es que aquella movilización de masas (unas veinte mil personas) se convocaba como protesta democrática ante el hecho, comprobado y público, de que la mujer de Eufemiano, honrado fresador militante en las filas del maoísmo-leninismo, le estaba poniendo los cuernos a su marido con don Facundo Meléndez, un reaccionario burgués que había ostentado cargos y disfrutado prebendas en los Sindicatos Verticales, de tan ingrato recuerdo. Era natural, por tanto, que la muchedumbre desfilara, dentro del mayor orden, unificada en aquel cántico, que retumbaba en las ventanas y en las cristaleras y en los balcones todos de la ciudad: «Gobierno — al infierno — por tolerar este cuerno…»

Como dijo uno de los oradores:

—¡Estamos hartos de un Gobierno que consiente que las mujeres de nuestros camaradas mejores les engañen con execrables residuos del franquismo! ¡Pedimos la inmediata dimisión del ministro del Interior!

—¡Y del de Asuntos Exteriores, también! —gritó un exaltado.

—Hombre, no estaría de más. Pero ¿por qué? —inquirió, con cierto asombro, el orador.

—¡Porque el canalla del Facundo tiene un socio francés y veranea en Estoril!

Ante razón tan clara, la muchedumbre estalló de nuevo en improperios a todo pulmón y cuando volvió a calmarse el orador propuso una huelga general, como repulsa colectiva y unánime ante el honor mancillado del Eufemiano. Se aprobó por aclamación, y entonces el orador pidió:

—A ver, ¿tiene alguien el calendario-programa de huelgas del mes…?

Un muchacho de unos quince años que llevaba camisa roja, pantalones rojos, calcetines rojos y una gorra roja, además de haberse pintado de rojo la cara, le ofreció una especie de folleto. Era la publicación que, desde varias semanas antes, venía editando un librero avispado de Sevilla, recogiendo la programación de huelgas previstas para la siguiente mensualidad. Aunque en la primera página se advertía al lector que «no nos hacemos responsables de las modificaciones o aumentos que, de manera incontrolada, puedan efectuarse por las Centrales Sindicales», aquella publicación estaba teniendo una gran aceptación, ya que permitía hacerse una idea bastante aproximada de las alteraciones del orden laboral que se anunciaban en el país.

El orador leyó:

—Del 3 al 6, huelga nacional de la construcción. Del 5 al 7, dos horas diarias de paro en los transportes concertados de Extremadura. En esas mismas fechas, huelga de basureros en Castilla la Vieja, León y Galicia. Del 8 al 11, huelga de sepultureros en Andalucía…

Ironizó:

—Tenedlo en cuenta y no vayáis a cascar esos días…

La muchedumbre rio. Siguió el orador leyendo:

—Entre el 12 y el 16, paro nacional en los teatros, abogando por la función única y la participación de los actores en los derechos de autor; esos días, también, huelga de celo de los A.T.S. en todos los dispensarios, clínicas y sanatorios…

—¿Y eso en qué consiste…? —preguntó una manifestante a la que le estaban poniendo inyecciones de Irgapirina en el Seguro.

—En que no te pincharán si no cambian de aguja para cada paciente y se les concede a los practicantes diez minutos por inyección/enfermo y un plus de cinco duros en las intravenosas.

—Bueno, ¿se puede saber si tenemos algún día libre para nuestra huelga de solidaridad con el ultrajado…? —se impacientó un veterano militante de la O.R.T.

El orador repasó el calendario-programa.

—Sí; el día 20. El 20 de noviembre no hay ninguna huelga prevista en el país; o sea que los periódicos hablarán con todo detalle de la nuestra. ¿De acuerdo en la fecha?

Se escuchó un griterío afirmativo. Pero el directivo del Consejo Central, que estaba junto al orador, le dijo al oído y con cierto disimulo:

—Oye, ¿te das cuenta de que ese día es el aniversario?

—¿Qué aniversario? —cayó de pronto; su reacción fue implacable—: ¡Pues mejor, coño! ¡Será el día ideal para que se escuche nuestra voz reivindicando libertades, exigiendo que se entierre a muchos que debieron morirse también con el Dictador…!

Y pidió a todos que se disolvieran pacíficamente y así lo hicieron, aunque de paso, y ya metidos en juerga, volcaron varios autobuses mientras se retiraban a casa para ver el «Un, dos, tres…» en la tele, y apedrearon algunos Bancos, rompiendo las lunas, y derribaron varias farolas de las que había colocado el último y vergonzante Ayuntamiento franquista, para que no estuviese tan oscuro el Paseo de Pablo Iglesias (antes, Calvo Sotelo), aunque lo que la brutal represión de la Dictadura buscaba era tan sólo impedir que las parejas pudiesen retozar a gusto en la oscuridad del medio ambiente.

Santiago tuvo noticia detallada *de esta manifestación* (como la tenía de cuanto en el país venía ocurriendo) y una vez más expresó su disgusto por semejantes actitudes estúpidas, que sólo servían para perjudicar a la democracia y para dar argumentos a quienes, tenazmente, pretendían soliviantar al Ejército. Menos mal que las Fuerzas Armadas continuaban manteniendo la serenidad, a pesar de todo. Si bien tampoco debía olvidarse aquella anécdota que se contaba como auténtica y según la cual, en una reunión privada a la que asistían Algunos ilustres militares, una señora muy de derechas preguntó:

—Y el Ejército ¿por qué no enseña los dientes?

A lo que contestó cierto conspicuo miembro del infamante «bunker»:

—Será porque está Mellado…

Por todo ello y como político sensato que era, Santiago llevaba varias semanas durmiendo poco y mal, porque comprendía que quizá se acercaba el momento del protagonismo, ya que en el feroz desbarajuste del país la postura moderada del Partido le había ganado numerosas y sinceras adhesiones. De ahí que se imponía seguir en la línea patriótica, conciliadora y realista, tan de agradecer frente a los demenciales desmanes de la extrema izquierda. Y sobre todo, aclarar de una vez para siempre la hermosa teoría del «eurocomunismo», tan bien recibida en Occidente, que incluso se decía que cuando España adoptara sin recelos semejante fórmula de gobierno se le abrirían ya de una las puertas del Mercado Común, al que quizá pudiese por ello acceder, definitivamente, allá por 1990.

Nicolás le había confiado:

—Los de la U.G.T. están estudiando la posibilidad de declarar una huelga general del clero a mediados de noviembre…

—Dile a Marcelino que ordene en seguida a nuestros curas de Comisiones Obreras que no la secunden. Puede ser un gran éxito táctico; todos los que se

confiesen esos días, lo harán con camaradas nuestros. Tenemos la posibilidad de ganar muchos adeptos.

—Sí, pero también casarán únicamente nuestros curas. Eso supone rencores el día de mañana.

—En noviembre no se casa nadie, hombre…

Como siempre, Santiago tenía razón.

Este sentido suyo de la oportunidad, este dominio de lo que, en política, se llama «la mecánica operativa», lo conocía mejor que nadie el presidente y de ahí su interés por aproximarse al secretario general del P.C.E. y hasta por pactar con él; aunque eso de pactar constituía como una necesidad visceral para don Adolfo. En fin, lo cierto era que, según se aseguraba en fuentes generalmente bien informadas, el gobierno tenía previsto sorprender a Santiago con un delicado homenaje, que sin duda terminaría por vencer sus últimas y ya escasas resistencias a la colaboración con los de U.C.D.

Se trataba de un proyecto a varios meses vista, porque para llevarlo a cabo era preciso encontrar una fecha adecuada. Al presidente siempre le importaron mucho las fechas, como pudo verse cuando legalizó el Partido Comunista de España (Sábado de Gloria) o cuando inauguró las nuevas Cortes democráticas (13 de julio, aniversario del asesinato de don José Calvo Sotelo). Fechas históricas inmediatas sólo aparecían ahora la del 20 de noviembre, la de la Purísima y la Navidad; ninguna de ellas era propicia (políticamente hablando) para lo que se preparaba. Y aunque quedaba lejos, optó por esperar al 15 de junio del siguiente año de 1979, segundo aniversario de las primeras y gloriosas elecciones generales en el país.

Claro que, con su natural astucia abulense, permitió que su proyecto se filtrara, en indiscreciones debidamente preparadas, y llegase a los oídos de Santiago. Empeño ingenuo, porque a los oídos de Santiago llegaba siempre todo lo que se cocinaba en el Palacio de la Moncloa. Aunque, en esta ocasión, el soplo llenó de satisfacción a Santiago, quien a pesar de la esforzada entrega de su vida al servicio del proletariado llevaba encima la normal carga de vanidad de todo ser humano. Y más si es líder político. Se trataba, sencillamente, de que coincidiendo con el decreto-ley en virtud del cual la ciudad de El Ferrol recobraría esta denominación, sin más, suprimiéndose el ridículo aditamento «del Caudillo» con que, durante la Dictadura, fue motejada, otro decreto-ley rendirla justo homenaje a Santiago y a su noble origen asturiano, disponiendo que en lo sucesivo, la ciudad de Gijón fuese denominada «Gijón del Carrillo».

En el aniversario de la Revolución rusa de octubre, coincidieron en la Embajada de la Unión Soviética Santiago y el presidente. La recepción fue muy brillante y el vodka auténtico y el auténtico caviar y el champán del Bósforo (que no está nada mal) produjeron sus naturales efectos eufóricos. Aurora Bautista había recitado

fervorosamente varios poemas de Lorca y Paco Umbral comentaba en un corrillo que cada mañana, cuando iba por el pan, se acordaba del hambre que pasó en la siniestra posguerra, mientras Franco fusilaba a troche y moche. María Cuadra se había retratado varias veces junto a Dolores, que estuvo a punto de caerse en dos ocasiones y aun gracias que Rafael siempre la sujetaba por el brazo, mientras levantaba su moral diciéndole, por lo bajini, algunas estrofas de la *Oda a Platko*, tan llena de musculatura y fortaleza.

Cuando la fiesta estaba decayendo y se retiraban los embajadores de los países árabes (que se acuestan temprano) y el de Holanda había dejado plantado a nuestro ministro de Asuntos Exteriores, que entre canapé y canapé seguía empeñado en hablarle de la C.E.E., aduciendo esta ve z como prueba del europeísmo español los muchos duros que el señor Cruyff se había llevado del *Barça*, y Marcelino sudaba por todos sus poros, porque había una excelente calefacción y el jersey de cuello alto le tenía atosigado, y don Joaquín Ruiz-Giménez, más triste que nunca, explicaba el calvario de las víctimas de Pinochet, por él defendidas, y el nuncio de Su Santidad, decano del Cuerpo Diplomático, abrazaba cariñosamente al despedirse al embajador de la U.R.S.S., el presidente y Santiago coincidieron en un discreto aparte.

Estaba con ellos Carmen Díez de Rivera, que vestía un modelo de Pertegaz que realzaba sus naturales encantos. Al observar el vasito de vodka que Santiago tenía a medio consumir, le comentó con una adorable sonrisa:

—¿Pero no decía usted que lo que de verdad le gusta es el chinchón?

Santiago también sonrió al responder:

—En casa ajena, haz lo que vieres…

—Bueno, pero la Embajada soviética no es para usted lo que se dice una casa ajena, ¿verdad? —ironizó Carmen, poco diplomática en este caso.

Santiago nada dijo. Pero sí el presidente, con indiscutible agudeza:

—Hay ciertas personas escogidas que jamás están en casa ajena, porque la magnitud de su personalidad las hace universales.

—El señor presidente es muy amable… —agradeció Santiago, dándose inmediatamente por aludido.

—Pues yo echo de menos el chinchón —insistió Carmen—, lo mismo que echo de menos al viejo profesor. ¿Por qué no habrá venido?

—Vaya usted a saber… —dijo Santiago.

—Es todo un carácter —precisó el presidente.

Y aprovechando que Carmen se desplazaba unos metros, en busca de la más cercana fuente de caviar, Santiago y don Adolfo, que cariñosamente se agarró del brazo de aquél, dieron unos pasos para acogerse a la discreción de un ángulo desierto del *living*.

—No olvide que siempre cuento con su sabiduría política —dijo el presidente.

—Ya sabe que mi deseo de colaboración es auténtico —replicó Santiago.

—Me consta y se lo agradezco.

—El momento es difícil y la Corona precisa de todo nuestro apoyo.

—En eso estamos.

—Habrá usted visto que Comisiones Obreras mantiene una actitud muy sensata.

—No esperaba otra; todavía hay clases.

—Por favor, presidente; recuerde que nos encontramos en territorio soviético —bromeó Santiago.

—Está usted en todo…

Carmen regresó con una bandeja de canapés.

—No, gracias. En confianza, les diré que detesto el caviar —dijo Santiago.

—Naturalmente. Lo que a usted le gusta es el bonito. Y la sidra —comentó el presidente.

—Durante mis tristes años de exilio los eché muy de menos. Aún recuerdo con emoción cuando, allá por 1950, unos camaradas del «maquis», que habían llegado de las montañas asturianas, me trajeron unas botellas de sidrina auténtica…

—No es lo mismo beberla en Gijón que después de pasar el puerto… precisó, dando pruebas de su calidad de buen gourmand, el presidente.

—Exacto.

Carmen levantó su copa de vodka.

—¡Brindemos por la democracia! —propuso.

Los otros dos alzaron también las copas y bebieron.

—Tenemos que hablar mucho…

—Estoy a su disposición.

—He de hacer unos viajes por Europa esta semana próxima —aclaró el presidente —. Ya sabe; las relaciones públicas… Pero llámeme a mediados de noviembre.

—Si es que llegamos —susurró Santiago, que inmediatamente enmendó el lapsus para contestar, ya en alta voz—: No dejaré de hacerlo. ¿Qué día?

—Allá por el veinte…

—¿Precisamente el 20? —se extrañó Santiago.

—¡Ah, es verdad! Fecha significativa, a la par que histórica. Claro que esa tarde la tendré libre… ¿Por qué no vernos el 20, alrededor de las seis?

—Lo que usted diga, presidente.

En el salón principal, Paco Rabal, un tanto eufórico por culpa del vodka, le estaba recitando a una bella embajadora hispanoamericana un romance, del que era autor, sobre la iniquidad del proceso de Burgos. Y aprovechándose del arrobo de la dama, le metía mano discretamente y ella, con el natural recato, le facilitaba su teléfono directo.

—Pero llámame siempre a las cinco en punto de la tarde…

—Lorquiano puro —se extasió el todavía apuesto galán.

II

> No me considero encasillado en posturas ideológicas de tipo partidista, que existían hace muchos años. Fundamentalmente; me considero hombre del Movimiento, ya que creo que la sustancia ideológica del Movimiento está en aquella doctrina de José Antonio, que todavía tiene validez.
>
> ADOLFO SUÁREZ
> Declaraciones a *Nuevo Diario*, 1967

Los salones del Club Siglo XXI estaban llenos a reventar. Era aquél un público marcadamente conservador, pudiera incluso decirse que retrógrado, en el que abundaban personajes políticos del fenecido régimen e incluso bastantes ex ministros de la Oprobiosa; así, Pepe Solís y Fernando Suárez y Barrera de Irimo y López Rodó y Federico Silva y Fernández Sordo y Monreal Luque. El ambiente resultaba, en verdad, anacrónico, porque todos los asistentes iban pulcramente vestidos, con trajes oscuros y hasta con corbata, y se echaba a faltar esa alegría imperante ahora en las reuniones de la joven clase política democrática, donde los vaqueros y las camisas de colores vivos y el general desaliño ponen su nota moderna, libre de convencionalismos caducos.

Bien es cierto que se trataba de una concentración de poderosos financieros, de oligarcas, de tecnócratas, de beneficiarios de la corrupción administrativa de la Dictadura, que acudían atraídos por el interés del tema de la conferencia que iba a iniciar el ciclo en la prevista programación de la temporada: «La objeción de conciencia fiscal». Tema rabiosamente actual, de indudables y muy graves consecuencias para la economía del país, como destacó el presidente del Club al presentar con los elogios habituales al conferenciante.

Comenzó éste su parlamento refiriéndose a la desastrosa situación de las finanzas públicas. Los primeros aplausos surgieron cuando dijo, con el natural énfasis:

—Por eso, señoras y señores, a la vista del estado de la balanza de pagos, de la práctica desaparición de la Bolsa, del endeudamiento exterior, de la ruina interior (con el sesenta por ciento de las empresas españolas en suspensión de pagos o en quiebra), del paro creciente, de la inflación desbocada, debemos reconocer y proclamar, por mucho que el Gobierno pretenda enmascarar el dramatismo de la situación, que el Estado Español está en la más absoluta, total e indiscutible ruina económica…

De ahí pasó a criticar con dureza las medidas fiscales aprobadas por las Cortes, «demagógicas, insuficientes, técnicamente malas, políticamente rechazables, estériles en la práctica, como estamos comprobando a diario», que habían provocado el pánico de los inversionistas y podían llevar a la ruina las haciendas modestas, «porque

resulta que el ahorro conseguido con tanto esfuerzo, en los cuarenta años de estabilidad social del país, gracias al cual se potenció una clase media sólida, una burguesía próspera, se desmantela ahora, cuando la Hacienda Pública pretende entrar a saco en los modestos frutos de ese ahorro, de ese trabajo, de ese esfuerzo y gravar de forma escandalosa la propiedad inmobiliaria, las rentas logradas con tanto sacrificio y hasta violar el que, tradicionalmente, venía siendo uno de los principios más serios e inconmovibles de la Banca: el secreto contable».

Ovación redonda y un murmullo de expectación cuando el conferenciante entró en el nudo básico de su disertación: la objeción de conciencia fiscal.

—Se ha consagrado legalmente, por las Cortes, la objeción de conciencia. Es decir, que ahora quienes manifiesten que sus principios morales les impiden cumplir lo que antes llamábamos «el sagrado servicio de las armas», podrán eludirlo nada más que asegurándonos que su conciencia lo repele…

Tronó una voz en la sala:

—¡Cobardes! ¡Rojos!

Era don Blas Piñar, visiblemente excitado. Unos discretos siseos devolvieron el silencio y continuó el conferenciante:

—Es decir, que algo tan decisivo, tan grave, tan patriótico (hubiésemos dicho, tiempo atrás) como defender España de sus enemigos, como luchar por la integridad del pedazo de tierra que nos vio nacer, y en el que están enterrados nuestros padres, puede ahora rechazarse apelando a unos dictados de conciencia; extraños dictados, digo yo. (Gran ovación). Bien; pero las Cortes han dicho que si, pero nuestro Derecho Positivo ya lo admite. Y entonces, pregunto, señoras y señores: ¿por qué no tiene que ser igualmente válido; por qué no puede admitirse asimismo como principio jurídico la objeción de conciencia al tributo fiscal?

Un rumor intenso salió de las repletas filas de butacas. Hizo el conferenciante una pausa para beber, que los asistentes aprovecharon para intercambiar rápidos y sorprendidos comentarios:

—¡Audaz!

—¡Genial!

—¡Discutible!

—¡Interesante!

—¡Atrabiliario!

El conferenciante terminó su vaso de agua, secó con un impoluto pañuelo sus labios y siguió exponiendo su original tesis:

—Los presupuestos generales del Estado se nutren de la imposición fiscal. Los ciudadanos, al pagar nuestros impuestos, permitimos que la Administración construya carreteras, edifique escuelas y levante hospitales. Pero ¡ah!, nuestros dineros también sirven para comprar tanques, para fabricar acorazados, para subvenir los gastos de las

Fuerzas Armadas. Entonces, si es lícito que objetemos el servicio militar, en lo que constituía su más noble faceta, la prestación personal del ciudadano, lleguemos también a las últimas consecuencias: objetemos nuestra colaboración al mantenimiento económico del sistema…

Se escucharon algunos aplausos; pero hubo mayores muestras de estupor.

—Y no sólo es esto, señoras y señores. Vayamos a la raíz filosófica de la cuestión. Discutamos el derecho del Estado a gravar con impuestos a sus ciudadanos: cuando esos impuestos no son éticamente defendibles, cuando no están repartidos con equidad, carecen de justificación moral, y por su indudable injusticia distributiva semejante derecho es impugnable.

Adoptó una actitud dramática muy convincente, para preguntar:

—¿O es que alguien puede asegurar que el vigente sistema fiscal es correcto? ¿O es que acaso no estamos todos conformes en las irregularidades, en las injusticias, en los errores, que presiden la exacción tributaria en España? Pues entonces yo digo: en conciencia, no puedo admitir la fórmula que se aplica para cobrar mis impuestos. En conciencia, me constan sus deficiencias. Por ello y también en conciencia, me niego a pagar. Me convierto en un objetor de conciencia fiscal.

El clima en el salón era muy tenso. Para suavizarlo, aclaró el conferenciante:

—Naturalmente, lo mismo que al objetor de conciencia ya admitido por la Ley se le sustituye el servicio de las armas por otras prestaciones auxiliares, evidentemente más cómodas y, sobre todo, carentes de todo riesgo físico, al objetor *de conciencia* fiscal habrá que buscarle una fórmula en virtud de la cual no pague en metálico, pero compense con algún trabajo en favor de la comunidad su negativa a la aceptación moral del deber contributivo. Esta es cuestión a meditar si, aceptando mi iniciativa, algún grupo parlamentario considera oportuno elevar la_ pertinente proposición de ley a las Cortes…

En el cóctel que se sirvió después de la conferencia, los asistentes estaban claramente divididos. Pero quizá fuesen mayoría quienes estimaban muy digna de tenerse en cuenta la insólita teoría expuesta minutos antes. Los altos ejecutivos empresariales comentaban que, de prosperar semejantes criterios, las arcas del Tesoro Público quedarían definitivamente depauperadas. Alguien se permitió opinar que esa depauperación comenzó cuando, en los últimos meses del franquismo, aquellos mismos financieros decidieron evadir sus capitales a Suiza, sin que les importase demasiado el recuerdo de sus obligaciones patrióticas. Con indudable violencia verbal, el presidente del Consejo de F.I.P.A.V.E.N.S.A. (.y de catorce sociedades más, tres de ellas multinacionales) recordó al insolente:

—El dinero no tiene nacionalidad, señor mío. Por eso, como los apátridas, busca cobijo allá donde se siente tranquilo.

Al siguiente día, la prensa comentó amplia y ruidosamente la conferencia del

Club Siglo XXI. La Bolsa hubiese bajado más aún, de haber sido ello posible; pero la Bolsa no funcionaba. El vicepresidente para Asuntos Económicos se entrevistó con el presidente del Gobierno; estaba preocupado, intranquilo, ante la posibilidad de qué la monstruosidad aquella de la «objeción de conciencia fiscal» llegase a las Cortes como proposición de Ley.

—¿Y quién es el autor de la idea? —preguntó el presidente.

—Un loco. Un economista, hasta hoy, desconocido.

—¿De qué grupo político?

—Nadie lo sabe.

—Bien; ponte en comunicación con él. Dile que quiero saludarle, que tengo interés en que venga a la Moncloa. Ya verás cómo, al final, pactaremos.

Frente al viejo caserón del Ministerio de Hacienda, al comienzo de la calle de Alcalá, seis personas se encadenaron el otro día y se sentaron de esta guisa en la acera. Portaban una pancarta que decía: «¡Basta de impuestos! ¡La objeción fiscal, a las Cortes!» Como algunos transeúntes les echaran monedas, tuvieron una feliz idea y a la mañana siguiente volvieron a sentarse, también encadenados, pero con otra pancarta más, que decía: «Ayudadnos a pagar al Fisco. Nos embargan nuestras casas. Uníos a la objeción fiscal; pero, ahora, contribuid democráticamente».

Según se dijo, aquellos encadenados eran ácratas. Los ácratas siempre le caen bien a la gente, porque resultan una sugestiva mezcla de bohemios, ilusos y frescales. Las únicas pintadas graciosas que se leían por el país eran suyas; así, aquella que resumía su ideario de una manera perfecta: «Sé realista. Pide siempre lo imposible». O la otra: «Libertad, amnistía, y cada noche, una tía». Y la más feroz: «Legalización del aborto: el Gobierno es ilegal». Los ácratas acababan de celebrar una magna concentración en la Casa de Campo madrileña, como resultas de la cual habían sido arrancados unos doscientos árboles, tres quioscos de bebidas quedaron destruidos, el hipopótamo del f «zoo» fue devorado, se produjeron treinta y seis violaciones de muchachas y cinco de muchachos y los daños causados ascendían a unos tres millones de pesetas; pero el festejo anarquista y libertario sirvió como demostración, de la pureza de ideales de aquellos millares de entusiastas que rechazaban todo: el Estado, el Gobierno, los Partidos, los guardias, la autoridad en cualquiera de sus aspectos. Y que; solamente admitían la libertad pura y sin condicionamientos. Comenzando, claro está, por el amor libre.

A pesar de lo cual, uno de los líderes le había partido la cabeza con una silla a un camarada que pretendió acostarse con su mujer. Y es que la libertad, quiérase o no, tiene sus límites. Hasta para los ácratas.

El drama de los ácratas era que nadie acababa de tomárselos en serio y ello preocupaba muy hondamente a los veteranos, a los supervivientes del anarquismo anterior a 1936, cuyas rectas convicciones acerca del ideal libertario chocaban en

ocasiones con los (para ellos) excesos de las nuevas hornadas. Por eso, Germinal, a sus setenta años y con más de veinte en las cárceles franquistas, lloró amargamente sobre el hombro recio de su compañera Fraternidad (65 años, once en distintas prisiones de la Dictadura), mediada la tarde de la magna concentración en la Casa de Campo.

—No es eso, no es eso… —se quejaba, ignorando el paralelismo ilustre de su frase con la similar del maestro Ortega—. Estos chicos se toman el rábano por las hojas…

Y es que los jóvenes ácratas estaban dándose a una interpretación mayormente erótica del anarquismo y follaban (con perdón) sin el menor rebozo, a la vista del público, y tampoco los grupos *gay* se ocultaban para entregarse al cultivo entusiasta de sus apetitos homosexuales y los más discretos destrozaban entre cánticos los arbustos cercanos y prendían fuego a las sillas de los chiringuitos. Desesperado, Germinal le propuso a su compañera Fraternidad el regreso a casa y tomaron el suburbano visiblemente entristecidos.

—Así no vamos a ninguna parte. Los anarquistas del 36 éramos otra cosa… —se condolió el veterano cenetista.

Tenía razón. Entonando las estrofas valientes de *A las barricadas*, Germinal había liquidado (él solito) entre julio y septiembre de 1936 a siete curas, dos terratenientes, cuatro militares y un paisano sospechoso de beatería. Aquello sí que eran ácratas como Dios manda (es una frase hecha; dispensen ustedes la herejía) y no estos de ahora, que tan sólo parecían dispuestos a aprovechar las consignas libertarias para darle gusto al sexo y despelotarse en plena Puerta del Sol, como si eso llamara ya la atención de nadie.

Por todo ello, ni el Gobierno, ni la oposición, ni los grupos parlamentarios de las minorías, ni siquiera el «bunker» o la oligarquía financiera, hacían el menor caso de aquellos enloquecidos aunque simpáticos (en el fondo) anarquistas, cuyo escaso peso específico demostraron las urnas, si bien ellos sabían multiplicarse de tal forma en la propaganda que parecían bastantes más de los que efectivamente eran. Pero las fuerzas políticas reales no se dejaban engañar y les despreciaban olímpicamente, de tal manera que ni siquiera el presidente les había recibido en la Moncloa, donde con tanta generosidad se establecían diariamente las listas de invitados.

A los grupos capitalistas, a los altos magnates empresariales, les fastidió sobremanera aquello de que los anarquistas pretendiesen apropiarse el problema de la objeción de conciencia fiscal; y por eso la Unión Nacional Liberal Empresarial publicó una nota poniendo los puntos sobre las íes y rechazando toda confusión al respecto. Se trataba —decía la nota— de un problema demasiado serio, de una cuestión extremadamente grave, que bajo ningún concepto podía despacharse con francachelas callejeras ni con *slogans* pretendidamente graciosos.

La Unión Liberal Empresarial estaba reunida en sesión permanente desde junio de 1978. Entre sus veinte directivos, totalizaban un pasivo (en suspensiones de pagos) de 12 420 millones de pesetas. Solamente dos de las sociedades adheridas a la Unión habían cerrado con superávit el último balance; una de ellas se dedicaba a la producción, distribución y venta de películas pornográficas y de artículos eróticos de importación y la otra fabricaba, más o menos clandestinamente, armas cortas, cócteles Molotov en su versión auténtica, escopetas con los cañones recortados de origen y explosivos de confianza, preferentemente goma-2.

A las diez de cada mañana (excepto sábados y domingos) abría sus sesiones la permanente de la Unión Nacional Liberal Empresarial y el secretario de actas leía la relación de quiebras, suspensiones y crisis laborales producidas el día anterior. Después, se daba cuenta sumaria del RAI (es decir, de la lista de letras protestadas la víspera), que en un principio se expuso de manera nominal; pero, por razones de brevedad, fue acordado que el secretario hiciese un resumen sinóptico, ya que de lo contrario las reuniones se hubiesen prolongado horas y horas. Finalmente, se acordaba dirigir un telegrama al presidente del Gobierno exponiéndole la trágica situación de las empresas españolas y otro al Ministro del Trabajo protestando por sus últimas declaraciones a la prensa. Esta medida, acordada en los primeros tiempos del señor Jiménez de Parga, continuaba manteniéndose, ya que ni unos ni otros telegramas habían merecido jamás la menor respuesta de sus destinatarios.

Los viernes, la permanente de la Unión duraba menos, porque todos los empresarios suspensos o en quiebra tenían prisa por llegar a casa, recoger a la familia y marcharse a esquiar o a cazar perdices o a jugar a golf, según las distintas aficiones. En honor a la verdad habrá que decir que ni siquiera durante la práctica relajante del deporte en el fin de semana les abandonaba la preocupación por la crisis financiera y algunos planeaban la presentación, el lunes, de nuevos expedientes de regulación de empleo (o crisis) y otros consultaban con sus asesores laborales sobre posibles despidos y no faltaba tampoco alguien, más sacrificado, que olvidaba la afición deportiva para marcharse a Ginebra, en un viaje de horas, a comprobar la situación de sus cuentas bancarias allí situadas.

Las otras cuentas, las que se referían a la marcha de sus negocios en el país, de verdad que daba miedo verlas. Curiosamente, se había llegado a una total inversión de los hábitos contables imperantes durante el fenecido régimen. En aquellos tiempos, tan boyantes en lo económico (a cambio de padecer toda clase de humillaciones en orden a los Derechos Humanos), los actuarios; profesores mercantiles, gestores y demás expertos en aconsejar a las grandes (y a las medianas y a las pequeñas) empresas la mejor manera de defraudar al Fisco, realizaban auténticas virguerías en la contabilidad oficial, para que ésta arrojase discretas pérdidas o, cuando menos, escasos beneficios. La realidad del negocio quedaba reflejada en los

libros llamados «de verdad», que se sustraían a la malévola curiosidad de los inspectores de Hacienda, quienes se hacían los tontos y repasaban cuidadosamente los otros, los «oficiales», como si no estuvieran al cabo de la calle de la gran mentira.

Bueno; pues ahora la pericia de los técnicos consistía no en disminuir beneficios, sino en hincharlos. O sea que la contabilidad «real» recogía, en todo su dramatismo, las pérdidas fabulosas de las sociedades; y en cambio en la «oficial» se mentía, aparentando que esas pérdidas eran menores o, en el más difícil de los casos, que incluso se había producido algún pequeño beneficio. La razón estaba clara: de reflejar contablemente la situación auténtica de las empresas, casi todas ellas estarían en quiebra. O al menos, en estado legal de suspensión de pagos. Lo que hubiese acarreado gravísimas consecuencias para los empresarios.

Por todo ello, los componentes de la directiva de la Unión Nacional Liberal Empresarial vivían en una intranquilidad constante, en un puro estado de desazón. La situación de las empresas adheridas era tan ruinosa, que incluso varias estaban al descubierto en sus cuotas desde bastantes meses atrás. Que no se pagase a la Seguridad Social era una costumbre admitida que nadie discutía ya; pero que tampoco se pagase al organismo colectivo, encargado de paliar los problemas que aquellas otras deudas llevaban consigo, constituía la mejor demostración del delicadísimo momento que atravesaban la industria y el comercio en el país.

No se diga la agricultura. Los miembros agrícolas de la Unión planteaban los más abstrusos problemas, especialmente dramatizados cuando don Aniano Gonzálbez, olivarero de Jaén, decidió pegarse un _tiro para terminar con sus diarias cuitas. Coincidió el suicidio con la masiva protesta de aparceros y cultivadores, que una vez más echaron a las carreteras sus tractores. Colas de kilómetros y kilómetros ponían difícil el tráfico de vehículos, dejando patente el enfrentamiento de los agricultores con el Gobierno. El tema, ni que decir tiene, motivó largas y apasionadas sesiones de la Unión. Y dijo el presidente:

—Hemos de establecer contacto inmediato con el ministro de Agricultura.

—¿Quién es ahora el ministro de Agricultura? —preguntó un miembro de la directiva.

Pero nadie lo sabía; porque una de las cosas más curiosas que ha conseguido este Gobierno es que no se conozca a sus componentes ni se sepa cómo se llaman, ni, naturalmente, se tenga idea alguna de los méritos que les han llevado hasta la poltrona.

—Bueno, en definitiva nos da igual. Protestaremos ante el ministro, sea quien sea… —tranquilizó el presidente.

—Hay que poner en seguida un telegrama…

—Eso no sirve para nada, hombre de Dios. Los contestan las secretarias…

No, no era así. El escéptico señor Mingarro, que representaba en la directiva del

Sector Agrícola de la U.N.L.E. los intereses de la rama de los cítricos, ignoraba que los departamentos más conflictivos del Gobierno habían alcanzado un grado de perfección impecable para atender, sin un solo fallo, las múltiples quejas, demandas, peticiones, ruegos, insultos y legítimas aspiraciones que se les elevaban a diario. En un principio, efectivamente, las eficientes secretarias se encargaban de cursar las respuestas, según dos o tres modelos para los varios casos más frecuentes. Pero el volumen de entradas en el registro de algunos Ministerios (de Trabajo e Interior, especialmente) se hizo tan impresionante, que la buena voluntad de las chicas no daba abasto. Así que primero pidieron más sueldo, luego hicieron paros intermitentes y finalmente una huelga de seis días, al término de la cual lograron, además del aumento de sueldo, no tener que contestar aquellas toneladas de instancias, telegramas, cartas y escritos varios.

Todo lo resolvió don Adolfo, a quien preocupaba hondamente que un solo ciudadano del Estado Español pudiese quedar sin la adecuada respuesta cuando acudía con sus cuitas a la Administración Central. El presidente había insistido, cuando aquello de las primeras elecciones democráticas, en que U.C.D. gobernaría por y para el honrado pueblo, teniendo presentes todos sus anhelos y sus afanes, con objeto de que ese honrado pueblo olvidara pronto la pesadilla de los angustiosos años bajo la despótica dictadura. Por ello y personalmente, se encargó de arbitrar una fórmula que permitiera a los ciudadanos de cualquier país o regionalidad del Estado Español ser atendidos celosamente y sin discriminaciones.

Le valió de mucho su amistad con eminentes tecnócratas del Opus Dei, con quienes mantenía buenas relaciones desde sus antiguos tiempos de «delfín azul» del pobre Herrero Tejedor, evidentemente superados en bien de la convivencia nacional y del futuro ingreso del país en la Comunidad Económica Europea. Aquellos expertos le aconsejaron el uso de la cibernética y sobre planos íntegramente españoles la I.B.M. construyó en U.S.A. un cerebro electrónico admirable, especializado en procesar y responder toda clase de instancias, peticiones, quejas (así colectivas como individuales) y aspiraciones. Fue altísimo el costo del aparato, verdadera reliquia, única en el mundo en su especialidad; pero también el presidente orilló los problemas de un enorme desembolso inmediato (que a lo mejor hubiese provocado que el P.S.O.E. pidiera un pleno de las Cortes para discutir el crédito extraordinario) pactando con los americanos el abono en plazos bastante cómodos.

Los beneficios políticos que el cerebro electrónico (instalado en el sótano de la Moncloa, por su enorme peso) produjo de inmediato fueron incalculables. Un disciplinado equipo de señoritas se encargaba de su manejo, después de haber realizado un cursillo acelerado de tres meses en Minesotta. Ellas seleccionaban los escritos recibidos, cuyo posterior procesamiento formaba la segunda fase de la automatización de respuestas. El asombroso ordenador se encargaba después de todo.

Y era increíble el profundo sentido humanitario y el alto espíritu social con que respondía aquella máquina, que talmente parecía tener corazón.

Por ejemplo: un viejecito de Picasent elevaba, con letra irregular y trémula, una instancia pidiendo aumento de su pensión de jubilación; seleccionada y procesada la carta, el cerebro electrónico contestaba en esos caracteres tan diáfanos que resaltan sobre el papel azulado:

«El Gobierno no olvida a los que dieron sus mejores años al servicio del trabajo. STOP. Siga atentamente referencias próximos Consejos Ministros. STOP. Salúdole admirativamente, firmado, presidente».

El telegrama de protesta airada de aquellos agricultores que habían sacado millares de tractores a las carreteras andaluzas, fue contestado por la I.B.M. de manera genial:

«Gobierno hondamente preocupado situación sector estudia a fondo problema. STOP. Próximos Consejos Ministros ocuparanse tema. STOP. Rogamos serenidad y confianza dentro estricta convivencia democrática. STOP. Salúdoles de corazón, firmado, presidente».

Estaba en todo el cerebro electrónico; de forma que cuando procesó una carta llena de insultos, firmada por un insensato que vertía sobre el Gobierno, en general, y su presidente, en particular, las más soeces vejaciones, la sobria respuesta fue:

«Tu padre».

Gracias a esta mecanización, diariamente se contestaban unos quince mil escritos procedentes de los más apartados confines del Estado Español, con lo que se tranquilizaron muchos bondadosos espíritus de ciudadanos que ahora recibían constancia inmediata de que sus quejas, sus peticiones, sus ruegos e incluso sus críticas, cuando eran lógicas, no caían en el vacío; sino que el Gobierno de la Democracia se apresuraba a recogerlas. Con ello se reforzó la imagen del Gabinete y más de un indeciso, asombrado por la cordialidad y presteza con que ahora se le acusaba recibo de sus escritos, decidió dar su voto al Partido del presidente en las próximas elecciones generales. Claro que no era esto lo que se pretendía, ni muchísimo menos; pero tampoco resultaba desdeñable aquella consecuencia.

Evidentemente, también había contumaces que al cabo de unas semanas insistían, y hasta exagerados que repetían la queja o reproducían la petición a los pocos días. Así, los del sector agrícola de la U.N.L.E., a la semana justa de haber recibido la tranquilizadora respuesta del Gobierno a su telegrama, convocaron una asamblea extraordinaria, con asistencia libre de cuantos miembros (incluso no directivos) quisieran estar presentes y que se celebró en Jaén. Duró diecisiete horas, con una pausa de hora y media para comer, y en ella se dijeron verdades como puños. Así, un aparcero de Úbeda, afiliado al P.S.P., dio en la diana al afirmar:

—¡La culpa de todo esto que nos pasa la tiene Franco y lo que ocurre es que

estamos soportando las consecuencias de su infame Dictadura!

Entré los aplausos, se escuchó la voz de un pequeño empresario de Cazorla, comentando:

—¡Eso es verdad! De no ser por Franco, no sacaríamos tractores a las carreteras. Hubiéramos sacado las mulas, que incordian menos.

Finalmente, se decidió hacer una marcha centrífuga y pacífica sobre Madrid, con pancartas, bandera y música. Aunque la idea inicial había sido que la marcha, como su propio nombre indicaba, se realizase a pie, en atención a la edad de algunos, a los achaques de otros y a la necesidad, sobre todo, de llegar cuanto antes, fue aprobado llevarla a cabo en autobuses y vehículos privados, señalándose los distintos pueblos del recorrido donde se detendría la comitiva para pronunciar discursos y engrosar la caravana con damnificados de la comarca. A pesar de los denodados esfuerzos de la mayoría, no pudo impedirse que también las mujeres que lo desearan formasen en la que, ya oficialmente, fue denominada «Marcha Reivindicativa del Agro Ibérico». Por fortuna, sólo algunas exaltadas se apuntaron y con ello gran parte de los reivindicantes agrarios respiraron tranquilos, porque tendrían para disfrutar ellos solos dos noches en Madrid.

La columna gaditana salió el 15 de noviembre; se llamaba «columna Séneca», en honor, al popular personaje creado por la gracia de don José María Pemán. Fue despedida por alegres murgas y estruendosas fanfarrias; constaba de 136 personas. También el 15 partió de Pontevedra la «columna Castelao», a los sones de las gaitas y con 117 reivindicantes. El siguiente día se movilizaron las demás: la «columna jiennense» (109), la «columna pimentonera» (215), la «columna del *arròs en bledes*» (188), la «columna Dulcinea del Toboso» (89) y la «columna Puerto Chico», con 163 cántabros. Se trata de cifras de origen, luego sensiblemente modificadas; porque, al tiempo que se registraban incorporaciones durante las previstas etapas del trayecto, también había que registrar sensibles bajas y aun deserciones, por culpa del cansancio, las enfermedades y el vino. A destacar que Euzkadi y Catalunya decidieron no participar.

A pesar de todo, el 18, a las 19, se reunían en la Plaza Mayar de Madrid más de dos mil entusiastas vindicadores de los problemas empresariales del agro, que enarbolaban sus pancartas y sus banderas, disponiéndose a terminar la marcha dirigiéndose sobre el Ministerio de Agricultura. Por una razón imprevista, la manifestación sufrió un importante retraso: mientras los líderes enardecían a la muchedumbre y distribuían las últimas consignas, las grúas del Ayuntamiento se llevaban muchos de los automóviles estacionados en las calles inmediatas (contraviniendo la prohibición expresa de aparcar) y los guardias se hinchaban de colocar cepos a los restantes vehículos. La reacción violenta de los afectados de nada valió, como tampoco las invocaciones a la libertad y los Derechos Humanos. La

Policía Municipal de Madrid es inflexible en este tema. Y como bien dijo el concejal que recibió, a las ocho y media de la noche, a una comisión de los vindicadores en marcha:

—Consolidemos la democracia respetando la normativa legal. Sin disciplina, no cabe libertad.

O sea que no hubo más cáscaras que pagar las multas, aunque se obtuvo un descuento del 30 por ciento, en atención a las circunstancias del caso. Con todo aquel enredo, se hicieron casi las diez de la noche y hubo unanimidad en retrasar la masiva visita al ministro hasta el día siguiente. A las nueve en punto de la mañana.

—Pero ¿a esa hora ya están los ministros en su despacho? —preguntó un estúpido.

—Estos ministros, los ministros de la democracia, claro que sí —le contestó, indudablemente enojado, el secretario del sector empresarial agrícola, que era de U.C.D.

Aunque, por si acaso, telefoneó aquella noche a un amigo suyo, funcionario del Ministerio, quien le aconsejó que llegasen mejor alrededor de las diez.

III

> Mi formación en el Sindicato Español Universitario y sus instituciones hace que me considere, cualquiera que sea la consideración legal que a la Falange se le otorgue, como un hombre radicalmente falangista, con el orgullo de quien a la Falange atribuye lo más positivo y avanzado del Régimen nacido el 18 de Julio.
>
> RODOLFO MARTÍN VILLA
> *Los que no hicimos la guerra*
> Ed. Nauta, 1971, pág. 372

No, no había sido fácil conseguirlo. Pero finalmente todos los esfuerzos recibieron la debida compensación y el bellísimo, espléndido aspecto que ofrecía el Palau de Montjuich de Barcelona, repleto de congresistas, con las banderas flotando al viento en la fachada, las infinitas luces brillando como las consabidas ascuas de oro en el interior del gran salón, los equipos de televisiones (no sólo R.T.V.E. y R.T.V.G.C., es decir, Radiotelevisió de la Generalitat de Catalunya, sino también más de veinte emisoras de Europa y América), las lindas azafatas yendo y viniendo, la megafonía y las traducciones simultáneas funcionando sin un fallo, y, sobre todo, el alegre fervor, el frenético júbilo de los millares de ciudadanos que, estacionados en la gran explanada de la antigua Plaza de España (hoy, del Estado Español), aguardaban la llegada de los presidentes, justificaba con creces tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanta dificultad vencida por el entusiasmo común.

Mientras el Lincoln presidencial avanzaba lentamente por la Avinguda de Francesc Maciá (antes, José Antonio), el Honorable, entornados los ojos, media sonrisa en su apacible y noble rostro, dejaba volar la imaginación muchos años atrás; hasta los difíciles tiempos del exilio mejicano. ¡Si aquel grupito de amiguetes que le confirieron por aclamación la Presidencia, bien es verdad que de una manera simbólica, absolutamente teórica, pudiesen verle ahora! Por desgracia, ellos no habían alcanzado las horas victoriosas; murieron creyendo que nunca sería factible el retorno, y no se diga el retorno triunfal. Claro que ellos tampoco pudieron prevenir la existencia de don Adolfo; el único Adolfo notable que conocieron fue Hitler, tan distinto a este muchacho que pactó con las fuerzas más diversas de los países del Estado Español, reconociendo sus legítimas aspiraciones autonómicas y propiciando así la magna jornada que iba a vivirse aquel 17 de noviembre de 1978.

Nada menos que la solemnísima inauguración de la Primera Asamblea de la O.E.I., es decir, de la Organización de Estados Ibéricos, un organismo comunitario creado con el noble fin de reforzar los lazos de amistad, cooperación económica, intercambio cultural y vínculos espirituales entre los distintos países autonómicos integrantes del Estado Español o de los Pueblos Ibéricos, como también solía

denominarse aquel conglomerado de nacionalidades diversas que, bajo el terror del franquismo, se había llamado absurdamente España, sin más.

Eran miembros natos de la O.E.I., es decir, por derecho propio y como socios fundadores de la Organización Comunitaria, Catalunya, Euzkadi, Cantabria, O Pobo Galego (Galizia), las Canarias (Islas Mayores y Menores), la Rioja, el Estado Bético (Andalucía Occidental), el País Valencia, el enclave autonómico de Fregenal de la Sierra, el cantón de Cartagena y la Federación Manchega. A título de observadores, ya que todavía no reunían los requisitos de personalidad independiente suficientes para ser admitidos como socios de pleno derecho en la O.E.I., participaban también en la Asamblea representantes de Andalucía Oriental, la Agrupación Autónoma de Soria-Las Batuecas-Campo Charro, la Alianza Astur-Leonesa, la Unión de Tierras del Segura y el Municipio Libre y Autogestor de Venta de Baños y Adyacentes.

Una suave brisa mediterránea acariciaba las banderas de todos estos Países Ibéricos, incluso de los que asistían meramente como observadores, que ondeaban en los mástiles de la fachada del Palau. Para evitar suspicacias, se habían colocado por orden alfabético, empezando desde la izquierda, como era lógico. El espectáculo multicolor resultaba muy hermoso; junto a las cuatro barras de la *senyera*, el pendón crucífero de la *ikurriña*; el morado de los Estados mesetarios, con diversas variantes para cada uno de ellos (un león rampante, una torre almenada, un airoso madroño); los béticos colores verdiblancos; la *senyera* con franja azul del País Valencia; la banderola tinta con sifón de la Rioja; la verdiblanca vertical, en vez de horizontal y con una rama de olivo en el centro, de Andalucía Oriental…

Se repartían folletos ilustrativos, que la masa apiñada en las aceras leía con avidez, donde se explicaban los antecedentes históricos, geopolíticos y raciales de los distintos países, miembros o aspirantes a serlo, de la O.E.I. y se daba cuenta, también, de las peculiaridades de algunas de aquellas banderas y escudos, poco conocidas todavía. Así, por ejemplo, la enseña de la Federación Manchega, blanquinegra, con la imagen de Don Quijote en el ángulo superior derecho y la de Sancho Panza en el inferior izquierdo, acreditando el sentido democrático de aquel país. Y la del Municipio Libre y Auto-gestor de Venta de Baños y Adyacentes, diseño feliz del genial Forges, que representaba un conjunto de vías férreas entrecruzándose sobre el fondo azul esmeralda.

Tres días antes del señalado para la inauguración de la I Asamblea de la O.E.I. había podido resolverse, al fin, el gravísimo problema suscitado en cuanto a la designación de presidente. Porque primero se pensó que el cargo recayera en la persona de más edad, entre los dignatarios de los diversos países del Estado Español; pero había empate de viejecitos entre el Honorable, el Lendakari, el Mandamás de Andalucía Oriental y el Mandatario Mayor de Cantabria. Don Joaquín, el pío catedrático (asesor de Derecho Internacional y Administrativo de la O.E.I)., sugirió

entonces que se acudiese al mayor rango por antigüedad de cada país; pero, aunque en principio parecía que nadie podía discutir la primacía catalana (desde Jofre el Pelut; en Castilla, Wifredo el Velloso), los gallegos adujeron su indudable entronque histórico con los celtas, los vándalos y los alanos (etnias evidentemente autónomas ya en el siglo VI) y complicaron de tal manera la cuestión, que se desechó el sistema.

Entonces, el Honorable tuvo una feliz idea y propuso, con su generosidad característica, que presidiera la Asamblea, en orden inverso a la prioridad prevista inicialmente, el más joven dignatario de país autónomo. Por ello, recayó el nombramiento en el síndico mayor del enclave de Fregenal de la Sierra, llamado Eutropio Poyatos, que contaba solamente 19 años de edad, pero era muy listo y estaba culturalmente bien preparado. Hubo que comprarle apresuradamente en un *prêt-à-porter* un traje oscuro y dos camisas beige, porque el muchacho tenía previsto acudir a las sesiones en *blue-jeans y*, a pesar del talante liberal de la O.E.I., de cara a los otros países europeos hubiese resultado escasamente representativa semejante vestimenta en todo un señor presidente de la Asamblea.

El Departamento de Relaciones Públicas perfiló con todo detalle el programa de los actos, muy especialmente el de la sesión inaugural. Se descartó interpretar los himnos de todos los países asistentes, porque en un cálculo optimista la audición podía durar algo más de dos horas; además, algunos miembros de la O.E.I. todavía no gozaban de marcha oficial, si bien tenían convocado el oportuno concurso entre compositores de cualquier nacionalidad (incluso mesetarios). Para obviar la falta de un adecuado fondo musical, Víctor Manuel, Raimon, Menese, Lluís Llach, Gerena y Massiel, trabajando en equipo, alumbraron una partitura colectiva, que se intituló *Himno de los Países Ibéricos* (aunque los graciosos la llamaron en seguida «La Interregional») y fue adoptada como himno oficial de la O.E.I., con carácter definitivo. La letra era, asimismo, obra colectiva; colaboraron en ella Alberti, Joan Fuster, Vázquez Montalbán, Ventura Gassol, Echarri (Xavier de), Blanco Amor y Carmen Rico Godoy, cada uno de los cuales escribió dos estrofas. Quedó muy vibrante, con la particularidad de ser plurilingüe; aunque, cuando ya estaba lista para ser lanzada, alguien cayó en la cuenta de que también el infamante *Cara al sol* había sido escrito colectivamente y quizá podían los canallescos residuos del fascismo manejar la similitud con fines propagandísticos. Pero la guapa Rocío Dúrcal devolvió la tranquilidad a los coautores con una frase feliz:

—¿Y quién se acuerda de la prehistoria?

Efectivamente: nadie. Y menos que nadie, los congresistas que abarrotaban el salón, con sus carpetas y sus blocks y las sinopsis de las ponencias que iban a debatirse a lo largo de los varios días de Asamblea (la clausura estaba prevista para el 21 de noviembre). Llevaban colocados los auriculares para la traducción simultánea y gracias a ellos pudieron entender todos (incluso los vascos) las palabras en recio

eúskaro del Lendakari y la breve pero sustanciosa intervención del Primer Mandatario de Galizia, que vino a decir (con un acento digno de Rosalía) que sí, pero quizá no, aunque probablemente, quién iba a asegurar nada. Cerró el turno de salutaciones, tras un corto parlamento, muy ceceado, del mandamás de Andalucía Oriental, el Honorable, vitoreado con especial entusiasmo, probablemente para enmendar la plancha del maestro de ceremonias, que al anunciar su intervención se confundió lastimosamente y le dio el tratamiento (nada impropio, por otra parte) de Venerable.

Después de tan solemne sesión inaugural, aquella misma tarde comenzaron a desarrollarse, en un clima de admirable fraternidad, las sesiones de trabajo. El tema de las franquicias aduaneras entre los distintos países del Estado Español fue aprobado sin problemas (alguien apuntó la conveniencia de sustituir el término «franquicias», que se prestaba a equívocos), como asimismo la eliminación del pasaporte, que sería sustituido por los meros Documentos de Identidad que cada Gobierno autónomo facilitase a sus ciudadanos. Se admitía la doble y aun la múltiple nacionalidad para quienes fuesen descendientes de oriundos de otros Países Ibéricos, y además cabía obtenerla por una residencia fija de dos años o alterna de cuatro. En el caso de servicios relevantes prestados al país adoptivo (por ejemplo, haber coadyuvado ostensiblemente en las campañas pro amnistía o acreditar fehacientemente el espíritu democrático insultando a las fuerzas represivas o desvalijando alguna sucursal urbana de Cajas de Ahorros, siempre, claro, por razones de intencionalidad política), la concesión de la múltiple nacionalidad podría efectuarse sin sujeción a plazo temporal alguno.

La ponencia «intercambios deportivos», que parecía de puro trámite, llevó consigo, sin embargo, muchas horas de discusión, alcanzándose cotas dogmáticas verdaderamente importantes en los debates. A la inicial propuesta de la Mesa, de que el Campeonato de Fútbol de Liga mantuviera su carácter supranacional (es decir, con participación conjunta de los equipos de los distintos países del Estado Español, todos contra todos), opuso una enmienda el señor Montal, pretendiendo que hubiese tantas Ligas como Países Ibéricos o, al menos, que els Països Catalans jugasen una para ellos solos, de manera que en su torneo únicamente participaran «onces» pertenecientes a ciudades, pueblos o aldeas que dependieran de la jurisdicción territorial de Catalunya.

Semejante proposición fue derrotada, ya que estaba claro que lo que en realidad pretendía el señor Montal era que el Barca, compitiendo con el Sabadell, el Terrassa, el Girona, el Lleida, el Hospitalet de Llobregat y equipos similares (por obvias razones, el Español quedaba fuera del torneo), pudiese ganar, finalmente, la Liga. En la votación influyó decisivamente la intervención del representante de Cantabria, que arrancó aplausos al decir, bien es verdad que en tono patético:

—Señores; por doloroso que nos resulte a todos, reconozcamos que el Real Madrid siempre llena los estadios…

Entonces, votaron a favor de la propuesta del señor Montal tan sólo él mismo (como era lógico) y el representante de Euzkadi, que aprovechó para anunciar que el Athletic seguiría impugnando en las actas a los falsos oriundos. Todos los demás se inclinaron en favor de la Liga total, donde participaran indiscriminadamente los equipos de los distintos países del Estado Español.

—¿Y qué hacemos con las quinielas? —planteó el representante del País Valencia.

La difícil cuestión consumió toda una mañana de discusiones para finalmente, y como mal menor, aceptar que se mantuviera la organización centralista del Patronato («que no es mala, seamos sinceros», precisó el manchego), prorrateándose el reparto de beneficios de las Apuestas Mutuas en relación con los ingresos habidos por ellas en los distintos Países Ibéricos.

Otra ponencia resolvió, sin especial conflicto, el tema de las traducciones de obras literarias, dramáticas y cinematográficas. Quedaba libre de todo gravamen el derecho a verter a las distintas lenguas ibéricas los frutos del ingenio ajeno, sin más requisito que la autorización expresa de los autores, salvo el caso de ser ya del dominio público. O sea que, como precisó en Caries Sentís, ponente por la Generalitat, la traducción al catalán, por ejemplo, del repertorio de Pere Caldero o de Ramó de la Creu podía hacerse sin mayor trámite; para adaptar a Josep Echegaray o a Cinto Benavent, haría falta, en cambio, el permiso de los derecho-habientes. Fue muy celebrada la intervención del ponente de Andalucía Oriental, que comentó:

—¡Digo! Pues ya le gustaría a servidor de ustedes *presensiar* una *representasión* de *El patio* o de cualquier otra *funsión* con repajolera *grasia* de los hermanos Quintero, hablada en *vascuense*; quiero *desir*, y ustedes dispensen, en eúskaro…

Dentro de la perfecta organización de esta I Asamblea de la O.E.I., cada noche se servía una cena a cargo de distintos países del Estado Español, y fue de ver el admirable espíritu competitivo que presidió los banquetes, de manera que, en noble pugna, cada nacionalidad procuró achantar a las demás. Sería injusto proclamar una triunfadora en tan singular torneo gastronómico. Euzkadi, ni que decir tiene, entusiasmó con un menú a base de cocochas, chipirones y chuletón; pero ¿qué decir de Galizia, que ofreció percebes, centolla y lacón con grelos? Catalunya se esmeró, presentando un *bacallà a la llauna amb seques* y una butifarra de Vich, con *bolets*, inolvidable. Y el País Valencia, naturalmente, sirvió un arroz; pero un arroz asombroso, un *rosexat*, seguido de *llomello en fabes*. que incluso fue aplaudido.

La Unión de Tierras del Segura tampoco se quedó atrás, con un arroz al caldero con *all i oli, y* la dorada a la sal, y los congresistas, que habían metido varios kilos en tres días, aguardaban con singular expectación el anunciado alarde de los Países

Ibéricos Mesetarios, que preparaban un cocido madrileño apabullante justamente para el día de la clausura, 21 de noviembre, y con las reservas conocidas de que, teniendo que presidir el magno banquete final el Honorable y el Lendakari, se les excusaría de participar en la orgía gastronómica en atención a su edad, sirviéndoseles tan sólo un caldito y una merlucita cocida, mientras los demás saciaban su gula con el típico plato de la cocina castellana (no centralista).

Pero ese festejo final no llegó a celebrarse por obvias razones que se desprenden del contexto de esta historia.

El 19 ya hubo problema, porque al terminar las sesiones de trabajo los asambleístas no pudieron regresar a sus hoteles, cuando tanto deseaban tomar la relajante ducha. Pero la Plaza del Estado Español y todas las calles adyacentes, incluida la Avinguda de Francesc Maciá, estaban ocupadas por millares de trabajadores en huelga que habían cortado el tráfico de manera total. Hasta el punto de que un taxi que conducía a una parturienta fue también detenido y de nada sirvieron las razones del padre en ciernes; su atribulada esposa dio a luz, media hora más tarde, en el propio vehículo, atendida por un ayudante sanitario miembro del P.S.U.C. y por un estudiante de cuarto de Medicina (partidario de la selectividad), perteneciente a la U.G.T.; entre ambos ayudaron a venir al mundo a un robusto crío, de cinco kilos largos de peso, que fue mostrado a la muchedumbre como un logro más de la colectiva protesta y que escuchó, como primera canción de cuna, las estrofas gloriosas *de La Internacional*.

Esta gigantesca concentración de protesta tenía su origen en el despido de un tornero producido en una empresa de la Zona Franca. El tornero había sido bárbaramente recriminado por su jefe de sección, total porque llevaba tres semanas llegando tarde al trabajo, con retrasos de quince a cuarenta minutos. Naturalmente, semejante minucia no justificaba la regañina; pero el jefe de sección mantenía hábitos franquistas (había pertenecido al Sindicato Vertical Siderometalúrgico) y por eso, de manera evidentemente intolerable, le dijo al honrado tornero:

—En los últimos veinte días laborables ha acumulado usted retrasos en la entrada que exceden de las seis horas. Por favor, yo le rogaría que en lo sucesivo procurase fichar puntualmente.

La provocación no ofrecía dudas. ¿Cómo puede extrañar que el afrentado trabajador le contestase al dictatorial siervo de la empresa?:

—Lo que pasa es que usted es un hijo puta.

El jefe de sección reaccionó brutalmente al responder:

—Mire, Sánchez, hago como que no he oído nada. Pero sea puntual; perdone que insista. Lamentaríamos mucho tenerle que amonestar.

La injuria evidente, la ofensa preparada, la amenaza vil, sólo obtuvieron del tornero Sánchez esta moderada réplica:

—¡Cabrón! ¡Fascista! ¡Esclavo del capitalismo! ¡Oídlo todos! —se refería a los compañeros de la sección, que ya habían hecho corro, abandonando, naturalmente, las máquinas y deteniendo el proceso productivo—. ¿Os dais cuenta? ¡La opresión de la oligarquía! ¡A la mierda el hijo puta!

Acompañó las comedidas frases con un discreto empujón al osado y mendaz jefe de sección; pero entre que el tornero Sánchez era un chaval de veintidós años, lleno de fortaleza, y el fascista representante empresarial andaba fastidiado de artritismo, a sus sesenta y ocho, lo cierto fue que el jefe de sección cayó al suelo y, además de romperse las gafas, se produjo una luxación en la muñeca y hematomas en el rostro, al golpearse contra la base del torno. Todo lo cual fue celebrado entre risas y cachondeo por los obreros presentes, que después aclamaron al tornero Sánchez (representante democráticamente elegido de la C.S.U.T)..

La represión brutal de la empresa consistió en despedir al tornero Sánchez. Una medida atrabiliaria, injusta, contraria a todas las normas democráticas, frente a la que se alzaron unánimemente los 750 trabajadores de la factoría. En realidad, sólo 17 de ellos consideraron inaceptable el despido; pero para algo eran los cabecillas sindicales y tenían porras y formaron piquetes, de manera que los 733 restantes comprendieron con sensatez que había que ir a la huelga y se adhirieron espontáneamente a ella, pese a que sus mujeres les echaron la bronca cuando, al llegar a casa, se lo contaron. Pero era lo que ellos decían:

—¿Y qué quieres, guapa? ¿Que me partan la cabeza los del piquete?

Dentro de tan democrática expresión de los afanes colectivos, todas las fábricas del contorno hicieron paros de solidaridad como protesta por el despido del tornero Sánchez, víctima de los residuos legislativos del franquismo, presentes en unas leyes laborales dictatoriales y retrógradas, que ni la buena voluntad de Jiménez de Parga (don Manuel), en sus tiempos de ministro, había conseguido derogar. Y es que la presión del capitalismo, la oligarquía y las multinacionales seguía siendo terrible; sin que se pudiese descartar la actuación, bajo cuerda, de la C.I.A.

En total, más de cincuenta mil obreros se echaron a la Autovía de Castelldefels, cortándola al tráfico. El colapso en el aeropuerto fue tremendo y otros muchos millares de personas, que necesitaban tomar su avión o que, procedentes del «puente aéreo», tenían citas urgentes en Barcelona, quedaron inmovilizadas. La concienciación democrática en el país seguía siendo tan escasa, que la mayor parte de estas gentes se irritaron con los huelguistas, y no quisieron comprender sus razones, tan evidentes. Allá ellos. Lo malo fue que los taxistas tampoco se mostraron conformes (pese a que la mayoría pertenecían a U.G.T. y a U.S.O. y a CC. 00). y se pusieron a insultar a los huelguistas que no les dejaban continuar su marcha y hasta se enfrentaron con ellos y hubo golpes, contusiones y dos heridos graves.

Total, que desde la Plaza Cerdá hasta la del Estado Español y en todas las

carreteras, calles, avenidas y caminos inmediatos, el tráfico se colapsó de manera absoluta. Fue el mayor atasco de la historia de Catalunya (y quizá del resto de Países Ibéricos), lo que motivó el gozoso comentario de uno de los líderes de la U.G.T.:

—Hemos batido un récord en eso de joder al personal…

Conscientes de sus obligaciones democráticas, los asambleístas de la O.E.I. no pretendieron, en absoluto, hacer valer sus prerrogativas. Regresaron al Palau con la intención de tomar allí unos bocadillos; pero los empleados de la cafetería estaban solidarizados con la huelga y habían *plegado*, según aclaró el *maître*. Entonces, decidieron volver a sus respectivos hoteles a pie, a pesar de lo difícil que resultaría eludir la presión de la masa estacionada en las calles. Y de que el hotel más próximo quedaba a seis kilómetros. No vamos a negar que los asambleístas estaban hechos la puñeta; pero no salió de ninguno de ellos una sola palabra de queja ni, aún menos, de recriminación. Pagaban con gusto, en definitiva, el precio de la democracia.

También es verdad que, cuando, cercana la medianoche, fueron llegando a sus hoteles y cayeron derrumbados en las camas, no pudieron reprimir (en la intimidad) ciertos desahogos verbales. Y el representante manchego farfulló:

—¡Esto es la leche!

Y el ponente por Canarias (Islas Mayores), meliflua pero duramente, dejó escapar:

—¡Me cago en ellos!

Más irritado que nadie, porque estaba citado a las nueve con una chavala del Hollywood, que, naturalmente, se había marchado tres horas antes, el delegado del Enclave Libre de Fregenal de la Sierra gritó, sin poderlo remediar:

—¡Que les den por el culo a todos!

Pese a tan momentáneas y naturales excitaciones, al siguiente día todos firmaron (como los demás asambleístas) una nota de adhesión «a la tan justificada protesta de los trabajadores del metal de la Zona Franca, que de manera unánime y espontánea han querido dejar constancia pública de su repulsa a los métodos fascistas que, desdichadamente, siguen aplicando algunas empresas capitalistas en su relación con los obreros oprimidos». En el mismo sentido se manifestaron, en muy numerosos comunicados de adhesión, los Sindicatos Libres, la Asociación de la Prensa (con tres abstenciones y dos votos en contra), el Front d’Alliberament Gay de Catalunya, las Asociaciones de Vecinos y una representación de la Unió Antifeixiste d’Artistes Eròtics, a la que pertenecían los más ilustres «travestís» y las mejores especialistas en *strep-tease* de los Països Catalans. Algunos de ellos habían empezado su carrera como «vocalistas» en el famoso Rigat de los mal llamados años 40…

Un grupo de socios del Barca solicitó que se concediera al tornero Sánchez la insignia de oro y brillantes del club; la petición quedó sobre la mesa, para ser estudiada en la primera reunión de la Directiva. Sin embargo, el interesado no

demostró excesivo entusiasmo porque había nacido en Totana y su equipo del alma, para qué vamos a engañarnos, era el Murcia.

Bien es cierto que ni su origen, ni su total desconocimiento de la lengua catalana, ni las muchas ganas que tenía de poder regresar a su pueblo, para dedicarse allí a cultivar tomates, le impedían ser un entusiasta de la Autonomía, de la Generalitat y de la Entesa, hasta el punto de que colocó en el comedor de casa, junto a una reproducción del ángel de Salzillo (que se venera en Murcia) y una bellísima foto de la vega del Segura, en primavera, el retrato a todo color del Honorable.

Mediado el otoño de 1978, la vitalidad democrática del Estado Español, acreditada a diario en aquella inacabable sucesión de asambleas, marchas, manifestaciones, huelgas, mítines, encierros, atentados, atracos, *aplecs*, verbenas, concentraciones, sentadas, paros, encadenamientos y demás jubilosas expresiones de la libertad ciudadana, no era, sin embargo, del agrado de ciertos grupos minoritarios, residuales de la Dictadura. Aunque carentes de todo apoyo popular importante (ya lo demostraron las elecciones del 77), estas minorías incordiaban con muy mala uva y su revista semanal *Auras imperiales* atacaba de continuo al Gobierno y a los partidos y a las Cortes y al Senado y a las Centrales Sindicales y a todo lo que oliese a Democracia, a Occidente, a Libertad.

No le importaba demasiado al presidente el encono de semejantes nostálgicos despechados, pero su sentido de la responsabilidad le impedía, también, olvidar su existencia. Cuando, según le aconsejaban sus más directos mentores áulicos, lo que debió hacer fue despreciarles, igual que el león desprecia el zumbido molesto, aunque inofensivo, del mosquito que le bailotea junto a sus áureas melenas. (La frase se atribuyó al señor Abril). Sin embargo, se leía de cabo a rabo aquella estúpida publicación, que sus servicios de prensa le colocaban el día de salida encima de todas las demás (incluso de *El País* y hasta de *Play-Lady*). Ello le hacía agarrar algún discreto enfado, como le sucedió justo al día siguiente de la recepción en la Embajada soviética.

En grandes titulares de portada, *Auras Imperiales* decía: «España, a la mierda». La escatológica, maleducada e injusta frase se reforzaba con un subtítulo desdichado: «En tres años se han cargado cuarenta». Después, el artículo (sin firma, aunque se adivinaba la pluma viperina de Rafael o, quizá, de Antonio) explicaba «la hipocresía del Gobierno, que habla de una drástica contención del gasto público y, sin embargo, eleva en 37 000 millones de pesetas el Presupuesto del Estado, mientras se reducen los ingresos reales de los funcionarios». Más adelante, se criticaba la política salarial, la restricción de créditos, la incapacidad gubernamental frente al paro, la bancarrota de la industria, la ruina del comercio, el hundimiento de la agricultura y el retroceso en la renta per cápita de los españoles. El panfletario editorial terminaba repitiendo el

infamante *slogan* que solían usar, en sus desmanes callejeros, los Guerrilleros de Cristo Rey y grupitos afines: «Lo dice claro la gente — que te marches, presidente».

—¡Es inaudito! —comentó uno de los asesores de la Presidencia.

—Una auténtica vileza —dijo otro.

—A veces se echa de menos la censura —comentó un tercero.

Un glacial silencio acogió tan poco democrática confesión. Recuperada su serenidad, que sólo durante unos segundos se había visto afectada por aquel ataque tan rastrero, el presidente dijo:

—Bien, señores. Olvidemos el disgusto de cada semana y volvamos al trabajo. ¿Qué visitas tengo programadas hoy? ¿Se ha pactado ya con los muchachos aquellos de la U.C.D. de Ciudad Real que se habían puesto nerviosos? ¿En qué país está hoy Oreja, haciendo su normal visita de cumplido? ¿Qué hay sobre el debate televisivo del viernes?

Aquí intervino el asesor especializado en Medios Difusores Televisivos:

—Todo está a punto —tranquilizó—. Felipe ha confirmado que asistirá en persona por el P.S.O.E. Irá también el viejo profesor. Por A.P., naturalmente, Fraga. El P.C.E. envía a Marcelino…

—¿Cómo no interviene Santiago? —se extrañó el presidente.

—Se trata, imagino, de reforzar la imagen social del P.C.E., insistiendo en que lo que ahora le preocupa es el tema laboral y económico, más que el político.

—¡Este Santiago…! —sonrió el presidente, con cierta in-disimulable admiración. Para añadir seguidamente—: Insisto en que vaya, por nosotros, José Luis. No es ético que aparezca yo, pese a las insistencias que he recibido; entonces, la imagen más televisiva de U.C.D. es, desde luego, la suya. Tiene capacidad dialéctica y, sobre todo, mucho sexy —se dirigió al asesor de la Presidencia para Ambientación, Ornato y Plástica—. Le conviene un maquillaje suave. Es muy moreno y hay que tener cuidado, para el color, en no cargar la mano.

—¿Discretas ojeras? —preguntó el asesor.

—No, no; al revés. Cutis terso y juvenil; demostremos que no hay motivo de preocupación en los rostros de nuestros diputados.

Alguien preguntó:

—¿Y quién va en nombre de la coalición Democracia Cristiana?

—No se sabrá hasta el mismo momento de comenzar el programa. Por cierto que preguntaron si había inconveniente en que les representara una figura extranjera.

—¿Habéis consultado a la Asesoría Jurídica?

—Dicen que no está previsto.

Hubo un silencio.

—Bien, aceptad. Después de todo, ese grupito tiene poco que hacer. Y menos, en televisión. ¿Recordáis el penoso espectáculo que dieron cuando la campaña

electoral…?

¿Cómo no iban a recordarlo? De ahí ciertas sonrisas piadosas. Y el asesor especializado en Medios Difusores Televisivos manifestó, dando de lado su natural modestia:

—La expectación es enorme en todos los países del Estado Español.

—Naturalmente. Se trata de nuestra incorporación definitiva a las fórmulas políticas de comunicación democrática. Por vez primera, una exposición abierta, a cargo de los representantes de los principales partidos, en color… ¡y en directo!

—Bueno, con un bucle de diez segundos… —precisó el asesor televisivo.

—¡Silencio! Se trata de una elemental medida precautoria…

Efectivamente; la gente se había interesado ante el anuncio de aquel programa y los locales de espectáculos lo notaron, en sus taquillas, la noche del viernes. Muchísimos ciudadanos habían optado por quedarse en casa, frente a la pequeña pantalla; también es verdad que andaba el mes por su mitad y, desdichadamente, bien pocos españoles podían ya gastarse las trescientas pesetas por barba que costaba el cine o las setecientas del teatro. O sea que una audiencia estimada de diecisiete millones de telespectadores se arrellanó en la butaca familiar y escuchó las palabras de presentación de Lalo Azcona:

—Señoras y señores, hoy el Estado Español avanza el último paso para su integración definitiva en los sistemas democráticos de comunicación social. Por vez primera vamos a ofrecer a ustedes una actuación pública de los representantes de los principales partidos políticos, en directo y sin otra reserva que la duración de las diversas intervenciones de los líderes. Por obvias razones, no podrá exceder cada una de siete minutos…

Se cambió de plano. Detrás de una gran mesa levemente ovalada, aparecieron sentados (como siempre) unos señores, con aire ensimismado y triste (como siempre). Eran seis. En el plano general no se les distinguía con demasiada precisión. Algunas señoritas telespectadoras, sin embargo, creyeron reconocer al que ocupaba el penúltimo lugar, empezando a mirar por la izquierda. Aunque no; no era posible…

(Para entonces, el teléfono directo de la Moncloa estaba sonando insistentemente; y el secretario de noche recibía el recado de avisar con toda urgencia al presidente, que ya sabían que estaba pendiente de la televisión, pero por eso mismo).

La voz de Lalo Azcona fue presentando a los representantes políticos que se disponían a explicar al país sus ideas acerca de las graves dificultades del crítico momento que se estaba viviendo. Y a ofrecer las soluciones que sus partidos propugnaban, acordes o no con la línea marcada por el Gobierno en su Pacto 936 y sometido a las Cortes.

—Por el Partido Socialista Popular, don Enrique Tierno Galván…

Primer plano del viejo profesor, con su gesto noble, algo cansado, ligeramente

estrábico.

—Por el Partido Comunista de España, don Marcelino Camacho…

Primer plano del líder de Comisiones Obreras, naturalmente con jersey de punto y cuello alto.

—Por Alianza Popular, don Manuel Fraga Iribarne.

Primer plano del secretario general de A.P., que justamente en ese momento se rascó la nariz. Esta vez iba con cinturón.

—Por el Partido Socialista Obrero Español, don Felipe González.

Primer plano del apuesto sevillano, con una de sus camisas de cuello abierto. Estaba bastante gordo, por cierto.

Y aquí hubo una pausa y la cámara se mantuvo más tiempo del normal sobre Felipe y se notó cierta vacilación para decretar el cambio de plano y el que apareció en pantalla otra vez fue Lalo Azcona, que, sensiblemente nervioso, aclaró:

—A continuación, el representante de la coalición de Democracia Cristiana e Izquierda Democrática. Debemos advertir que, por especial concesión del Gobierno y como una prueba más del alto talante democrático que informará este programa en directo, ha sido admitida la presencia de un ciudadano no español, para que actúe en nombre del grupo político indicado.

Hizo una pausa, tragó saliva. Y mientras, por fin, la cámara enmarcaba al representante de la Democracia Cristiana e Izquierda Democrática, la voz de Lalo presentaba (innecesariamente):

—Por las ya citadas coaliciones, ¡Sandokán!

Sin querer, lo anunció como anuncian los locutores de boxeo a los campeones que se encuentran en el rincón del ring. Los ojos verdísimos de Sandokán brillaron de manera especial y una sonrisa impagable hizo estremecerse de cachondo júbilo a varios millones de mujeres que presenciaban el programa y a varios millares de ciudadanos *gay*.

(El teléfono directo de la Moncloa estaba entonces retumbando de gritos, de imprecaciones y de broncas, hasta que se colgó violentamente, precisamente porque, ante lo irremediable, había que volver a la televisión).

—Y por último, por Unión de Centro Democrático, don José Luis Ruiz Navarro…

Con cierto rictus de enfado en la frente, el elegantísimo diputado esbozó media sonrisa, aunque era consciente de que la noche tenía ya sólo un protagonista.

Comenzó la intervención del viejo profesor, que dictó una lección ponderada y sensata. Marcelino estuvo muy en su línea obrerista, aunque sin violencias; también conciliador y ecuánime. En realidad, todos vinieron a decir lo mismo, desde distintos puntos de vista; pero se les notaba que lo decían con mayor velocidad y con mucha menor ilusión de las previstas. Y es que también ellos estaban pendientes (no se diga

los millones de telespectadores) de la actuación de Sandokán. Porque, ¿cómo iba a hablar Sandokán de política, cómo iba a ofrecer soluciones para la crisis económica, cómo iba a impugnar o a apoyar el paquete de medidas del Gobierno y el Pacto de la Moncloa III?

Bien sencillo; por el sistema que inventara Rostand y en el teatro popularizase Cyrano de Bergerac, prestando su voz hermosa al rostro hermoso de un necio que no sabía hablar. Eso, en cine y, sobre todo, en televisión, se llama *play-back y* lo padecemos a diario, especialmente en los espacios musicales, donde los artistas abren la boca y acoplan la expresión de sus labios a las canciones y a las frases que llegan, previamente grabadas. Lo mismo hizo Sandokán. Perfectamente ensayado, parecía talmente que era él quien explicaba las razones por las que Democracia Cristiana y su coalición no compartían el pacto del Gobierno, para desarrollar después sus criterios socio-económicos. La voz era segura, aunque algo cansada; se expresaba con brillantez y modulaba las frases a la perfección. Era la voz de un parlamentario experto.

Era la voz de don José María Gil Robles y Quiñones.

Los veteranos maestros de la política, los luchadores natos de la política, tienen siempre la ventaja de sus recursos ilimitados. Resurgen una y otra vez de sus cenizas, para pasmo de los aficionados, para lección de los jovencitos que desconocen su inagotable resistencia. En este sentido, don José María quedará en la historia como un ejemplo glorioso de obstinación frente al fracaso. Por eso, cuando las elecciones del 77 marginaron de las Cortes a su grupo, el viejo león meditó serenamente sobre las causas de tan estrepitosa derrota. Reunido, tras varios meses de estudios, con sus compañeros, les hizo llegar sus conclusiones:

—Lo que ha vencido en las urnas ha sido la imagen física. Digamos, en nuestro descargo, que por vez primera acudíamos a unas elecciones con la televisión por medio. Ahí estábamos en claro handicap…

—Tú hablaste muy bien, papá… —alabó Gil Robles y Gil-Delgado.

—Déjate de tonterías. Yo nunca he sido guapo y ahora da pena verme. Tú, que vales mucho, tampoco tienes un rostro con tirón; con *sexy*, como hoy se dice. Ni Joaquín. Y no se diga Ruiz Monrabal, que además habla con acento de la Safor valenciana…

Los otros comprendían que tenía razón y asentían en silencio.

—En cambio, el presidente… y Felipe… No nos engañemos; arrebatan físicamente. En algo tenía que tener razón Fraga, y yo se la doy en esto: la campaña electoral del 77 fue lo más parecido a un concurso de belleza. Reconozcamos que nosotros no podíamos aspirar a nada…

Se quedaron tristísimos los compañeros de coalición, pero don José María ya había concebido la astuta idea, la maquiavélica contrapropaganda, para hundir a los

ahora triunfadores en la primera ocasión televisiva que se presentase. Se la contó a los otros, bajo palabra de honor de guardar el secreto. Después, discutieron acerca del bellísimo rostro varonil que podían escoger para que les representase físicamente, aprovechándose en *off* de la oratoria impecable de don José María. Se barajaron varios nombres: Miguelito Bosé («un algo equívoco», impugnó, muy razonablemente, don Joaquín), Sancho Gracia, o sea, Curro Jiménez («no querrá; es amigo de Suárez», adujo Gil Robles Jr)., Antonio Gades («ni hablar; es del P.C»)..

Fue también don José María quien sugirió a Sandokán. Y nadie vaciló en aceptarlo. Según documentó jurídicamente el antiguo jefe de la C.E.D.A. (y catedrático jubilado de Derecho), ningún precepto legal impedía que, a efectos propagandísticos, los partidos utilizasen figuras extranjeras; ellos mismos trajeron, en la anterior y triste ocasión, a don Aldo Moro y a otros conspicuos demócratas cristianos del exterior. El problema estaba en el precio; pero era un sacrificio económico que valía la pena hacer. Y se hizo.

Y vaya si fue rentable. En todos los paises del Estado español no se habló, en muchos días, más que de Sandokán y de lo guapísimo que estaba y de lo requetebién que había hablado (porque el honrado público no sabe eso del *play-back y* se cree que Rafaela Carra canta en directo, como se creyó que Sandokán hablaba por su boca). El impacto fue tan tremendo que una encuesta de Metra-Seis y otra del Instituto de la Opinión Pública demostraron que estaba dispuesto, a votar por la coalición de la Democracia Cristiana, en cuanto hubiese nuevas elecciones, el 87% del electorado femenino. Se consagraba así, una vez más, la autenticidad, la eficacia, la pureza del sufragio universal y los firmes criterios de los electores, que saben escoger siempre —libremente y sin coacciones— lo que mejor importa a los intereses de la nación.

IV

¿Hay acaso un hombre menos libre que el demócrata? Está sometido (generalmente, sin tener conciencia de ello y de ahí la suma irrisión) a los tiránicos caprichos de mil poderes, no por anónimos menos absolutos: la «opinión pública», la prensa, la radio, los partidos políticos, los trusts económicos, los usos, los *slogans*, las sugestiones de la propaganda… Tiranías específicas de la democracia, a las que deben ser agregadas las genéricas de la vida moderna.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN
«La política y la libertad»
Arriba, 15 de enero de 1947

Maruja *la China* (así llamada, como puede suponerse, porque tenía los ojos chiquitos, ligeramente oblicuos y un cierto aire oriental en el rostro) entró en el bar Conga, miró hacia la barra, y recorrió después el aspecto de las mesas, bastante poco concurridas. Para terminar dirigiéndose a un camarero y preguntarle:

—¿No has visto a *la Maña*?

Dijo que no con la cabeza el camarero y entonces una chica descaradamente teñida de rubio, que bebía a sorbitos una copa de Pippermint sentada en una mesa, suspendió las libaciones para explicar a *la China*:

—Debe tener ocupación; hace cosa de media hora la vi entrar en la pensión con un tío…

—Gracias. Si viene, dile que necesito verla en seguida. Que estaré en mi apartamento.

—Vale.

Maruja *la China* salió a la calle. Comenzaba a chispear y ya se sabe lo desagradable que se pone todo en Andalucía cuando llueve, con eso de que las casas no están acondicionadas y el agua coge por sorpresa —casi a traición— a las gentes, que se extrañan tantísimo de no poder seguir dando sus paseos y, en vista de ello, se meten en la primera tasca y se toman unos vinos y pican unas tapas.

Un transeúnte con bastante buena pinta chistó a Maruja al cruzarse con ella en la acera y *la China*, con aquella gracia repajolera que tenía, le advirtió:

—Perdona, majo; voy a encerrar.

Efectivamente; a pesar de que eran poco más de las once de la noche, había decidido suspender su actividad profesional. Y eso que la jornada había sido fatal, con solamente dos ocupaciones, y una de ellas nada más que de mil quinientas pesetas, en atención a que se trataba de un muchacho estudiante, que indiscutiblemente no podía pagar más (y aun gracias) por disfrutar de los encantos físicos y, especialmente, del inagotable repertorio erótico de Maruja *la China*, una de

las putas más veteranas de la ciudad (dieciséis años al pie del cañón) y más respetadas, tanto por la clientela como por sus compañeras. De ahí que cuando, después de una agitada asamblea, se decidió por gran mayoría (y tras votación secreta) la creación del Sindicato Unitario Libre de Trabajadoras del Amor (S.U.L.T.A)., de manera unánime fue elegida para presidir su Comité Ejecutivo Central.

Maruja se había tomado con auténtico sentido de la responsabilidad el desempeño del cargo sindical, incluso perjudicándose en sus ingresos profesionales, al tener que descuidar el trabajo; pero comprendía que se trataba de un deber político y estaba dispuesta a cumplirlo afanosamente. Por eso se trasladó a Madrid y allí mantuvo reuniones con varios parlamentarios y recabó el asesoramiento de un Bufete Colectivo de Laboralistas, donde le redactaron el proyecto de Ordenanza para el Sindicato. Consultó igualmente con expertas en el tema a niveles empresariales (tales como Madame Teddy y Pili *la Pasiega*, que en tiempos de la Dictadura explotó una de las más importantes casas de citas de la capital) e incluso pudo escuchar las doctas opiniones de doña Cristina, ilustre jurisperita del Partido.

Con un abultado *dossier en* su maletín, regresó a casita Maruja y en seguida convocó reunión extraordinaria del Comité Ejecutivo Central del S.U.L.T.A. y entre todas estudiaron muy minuciosamente aquel proyecto, al que aportaron distintas y muy luminosas ideas. Para no dejar suelto ningún cabo legal, se planteó la posibilidad de solicitar también un dictamen de algún maestro de Derecho Laboral, sugiriendo la Montse (representante de Catalunya) el nombre del profesor Alonso; pero se desechó, ante el temor de que su minuta fuese elevada, como lógicamente tenía que suceder. Y sobre todo porque Susana *la Vasca* (que a pesar del apodo representaba en la Directiva al Cantón Autónomo de Cartagena) aseguró que tenía gran amistad con un letrado muy ilustre de Murcia, quien seguro que estaría dispuesto a dictaminar el proyecto sin cobrarles nada. Aunque —precisó— quizás ella tuviese que compensar después la minuta con una dormida, también gratis.

Pasados ya cinco meses, la Orden Ministerial estaba terminada y pendiente, tan sólo, de su publicación en el Boletín *(Gaceta de Madrid) y* en los demás diarios oficiales de los distintos países del Estado Español. Su exposición de motivos era breve, pero, conceptualmente, perfecta. Decía: *Superadas, por fortuna, las épocas dictatoriales padecidas bajo el nefasto régimen franquista, durante las cuales toda libertad fue aherrojada y cualquier expresión de los Derechos Humanos ferozmente reprimida, es llegado el momento de establecer las adecuadas estructuras jurídicas que definan, regulen y protejan una actividad laboral, huérfana hasta el presente de cauces legales y cuya importancia, a escala universal, viene determinada por su misma y consagrada estimación, según la cual constituye el oficio más antiguo del mundo. No podía, por tanto, omitirse en una legislación democrática y progresiva, la*

contemplación de esa forma de prestación del trabajo femenino, desvirtuada e incluso menospreciada por los represivos sistemas legislativos anteriores, pero cuya incidencia dentro del mundo laboral resulta indiscutible. De ahí la urgente necesidad, ahora atendida, de dictar una Ordenanza de Trabajo que cubra el vacío legal y termine definitivamente con la inexplicable laguna que nuestro Derecho Positivo venía ofreciendo en un sector de la actividad fabril tan desarrollado como éste, que numéricamente afecta a más de trescientas mil Trabajadoras del Amor, distribuidas de manera muy proporcional en todos los países del Estado Español.

Y luego venía la habitual fórmula legislativa, que terminaba con la frase ritual: *…vengo en aprobar la Reglamentación Nacional de Trabajo (Ordenanza Laboral) de las Trabajadoras del Amor, cuyo texto integro se incluye a continuación*.

El artículo primero del apartado I del capítulo 1.° ofrecía, naturalmente, la definición profesional: «Son trabajadoras del amor todas aquellas ciudadanas de los países del Estado Español que, previo estipendio debidamente fijado en el capítulo correspondiente de esta Ordenanza, estando en posesión del carné sindical y con sometimiento a los preceptos que siguen, se dediquen de manera habitual a producir placeres carnales mediante la prestación personal de su actividad profesional».

Luego se detallaban las distintas categorías laborales de las Trabajadoras del Amor; este artículo había sido uno de los más debatidos, hasta que se logró una redacción suficientemente completa: «Las Trabajadoras del Amor quedan clasificadas, a efectos de su actividad profesional, de la siguiente forma:

»a) Peripatéticas urbanas (diurnas o nocturnas), también llamadas busconas.

»b) Visitadoras de zonas rurales y núcleos reducidos de población.

»c) Trabajadoras a domicilio.

»d) Trabajadoras en domicilio propio (individual o compartido).

»e) Trabajadoras de mixta domiciliación.

»f) Ejercientes en locales públicos, con o sin orquesta, en mesa o barra, siempre y cuando no tengan obligación de hacer esperar al cliente hasta el cierre del establecimiento, en cuyo caso se considerarán laboralmente como “camareras o cuentapartícipes de consumiciones” (descorche).

»g) *“Call-girls”*».

A la definición de cada una de las categorías laborales, seguía en el apartado II de la Ordenanza, la Tabla Salarial y la fijación de aumentos retributivos por trabajos de carácter especial o singularmente arriesgados. Entre otros eventos profesionales, se contemplaba la «prestación de servicios extraordinarios, a solicitud del cliente, que requieran vestuario determinado (hábito de monja, liguero y medias negras, bota alta con espuelas y demás escenografía propia para fetichistas)»; esto suponía un «plus», variable según la categoría de cada trabajadora. Era, en cambio, único y común a todas las categorías el «plus de peligrosidad de dos mil pesetas», que se devengaría

en el caso de ocuparse con marineros (u oficiales) de la VI Flota, marroquíes, clientes del Tercer Mundo o alcohólicos manifiestos.

Se establecían, asimismo, «pluses» que aumentaban los salarios-base para «especialidades eróticas que exijan de la trabajadora un esfuerzo superior al del coito normal» y muy singularmente obtenían importantes aumentos retributivos «ciertas desviaciones de las formas de la cohabitación común, tales como las denominadas, "cunilingus", "absorción bucal" y prácticas sadomasoquistas o contra natura». Quedaba bien claro en el texto que, en dichos supuestos, las Trabajadoras del Amor estaban legalmente autorizadas para negarse a efectuar semejantes variantes de su actividad profesional normal, que por ello tendrían siempre carácter voluntario, siendo al respecto las tarifas de la Ordenanza orientativas y mínimas, sin límite en su cuantía.

Con especial detenimiento, la Reglamentación se extendía (apartado IV: «De la competencia ilícita») en prescribir la rigurosa prohibición de las prácticas de concurrencia desleal, que quedaban oportunamente sancionadas, dejando fuera de toda posible interpretación posterior que «el ejercicio de la prestación personal con objeto de producir placeres carnales mediante estipendio o retribución, sea cual fuere su cuantía, queda exclusivamente reservado a las Trabajadoras del Amor, cuyos derechos y obligaciones se establecen en la presente Ordenanza. Serán perseguidas y sancionadas conforme a las leyes vigentes en materia de competencia ilícita aquellas personas que, no siendo profesionales acogidas a esta Reglamentación, ejerzan fraudulentamente actividades similares, aunque desarrollen con habitualidad otros oficios e incluso si, tratándose de mujeres sin oficio concreto, de las llamadas "sus labores", constara que perciben gratificaciones en metálico por cohabitar de forma subrepticia».

Después de atender sabiamente la mecánica disciplinaria, en el apartado «Faltas y Sanciones», y de arbitrar un organismo de control, encargado de velar por el cumplimiento fiel de la norma legal, se creaba un «Registro de las Trabajadoras del Amor», que constaría de tantos libros como países del Estado existiesen en cada momento, y en donde quedarían inscritas las profesionales. Esta inscripción, cuyo número forzosamente tendría que figurar en el carné sindical, era imprescindible para poder ejercer legalmente la actividad y podía exigirse su presentación por los clientes. También y en defensa de la dignidad y prestigio de la profesión, se imponía a todas las Trabajadoras del Amor la obligación de llevar siempre encima, y a disposición de quien la solicitase, una «libreta de reclamaciones».

El apartado V («Seguridad e Higiene en el Trabajo») regulaba la dotación mínima de que debían disponer los locales de trabajo, así propios como alquilados, los cuales necesariamente contarían con cama o litera (prohibiéndose de manera expresa el ejercicio profesional en sofás o muebles que no reuniesen la comodidad debida) y

ventilación suficiente, así como calefacción entre los meses de noviembre a marzo, que en casos justificados y para los apartados a) *b) y f)* de la clasificación del artículo 1.° podía suplirse con estufas, convectores o aparatos análogos. Los servicios presentarían una elemental higiene externa y en ellos, como condición imprescindible, debía existir bidet, prohibiéndose rigurosamente cualquier sustitución del mismo por palanganas, barreños, jofainas o similares.

La jubilación voluntaria se fijaba en los cincuenta años y la forzosa en los 55, dentro de las fórmulas de los *trabajadores* autónomos, tenida como la más adecuada para este sector, por evidentes analogías funcionales. El Montepío se nutriría con las cuotas de las mutualistas, consistentes en el 4,5 por ciento de sus ingresos mensuales; a cuyos efectos debían presentar una declaración jurada de los mismos. Hubo problema en cuanto a la definición de los beneficiarios, cuando fuesen los descendientes, ya que, indudablemente, era indispensable matizar, con mesura, discreción y tacto, la definición de hijos de Trabajadoras del Amor.

Finalmente y como singular acierto jurídico, la Ordenanza introducía la figura legal de los «Asesores Fiscales de las Trabajadoras del Amor», antes llamados «chulos» o «macrós». El profundo contenido social de este apartado IX de la Reglamentación mereció grandes alabanzas de sus beneficiarios y también de las propias trabajadoras, que conseguían finalmente ver estructurada una actividad hasta entonces, huérfana de tratamiento alguno por parte del Derecho y que merced a una justicia democrática, de amplísimo espectro social, se encajaba en la normativa vigente, adjudicando a tales «Asesores Fiscales» un porcentaje de participación sobre los ingresos de sus administradas.

Era natural, pues, la alegría que sintió Maruja *la China* al recibir el texto definitivo de la Ordenanza Laboral de su gremio, pendiente ya tan sólo de aprobación en el Consejo de Ministros, lo que —según le explicaba Pepa *la Fogosa* en carta que acompañaba— iba a producirse el jueves inmediato.

—Y en cuanto salga en el Boletín, tenemos que organizar una manifestación de agradecimiento a las autoridades —dijo, llena de euforia, a las compañeras, a quienes, por fin, había conseguido reunir.

—¿Por qué no les nombramos «Hijos Predilectos»? —propuso *la Maña*.

—A lo mejor, lo interpretaban mal…

Cayó la otra.

—¡Claro, claro! Bueno; pues, por lo menos, hay que enviar un telegrama de adhesión al presidente, en nombre de nuestro Sindicato.

—Eso sí. Y ahora mismo vamos a llamar por teléfono a las camaradas de los demás países, anunciándoles la buena nueva…

Así lo hicieron y fue de ver el entusiasmo de todas las putas del Estado Español y cómo cantaron y bailaron aquella noche y lo bien que lo pasaron los habituales de

bares de «ligue» y de cafés de camareras y de cabarets con alterne, que no comprendían las razones de semejante júbilo colectivo, ni menos aún que se les anunciasen drásticas rebajas para quienes desearan hacer el amor con las chicas.

Ciertos grupos sociales, sin embargo, reaccionaron negativamente. E incluso en Xinzo da Limia (Orense) el presidente local y miembro del Comité Central de la A.R.G.G. se puso urgentemente en comunicación con la sede central de la U.D.M.H., en Madrid, para pedir la convocatoria inmediata de la permanente, como fase previa a una Asamblea Nacional. La Unión Democrática de Majos Homosexuales era un Sindicato Libre, que englobaba los numerosos grupos dispersos por el Estado Español; entre ellos, la Asociación de Rapaces Gay de Galicia. No tenían una adscripción concreta a ningún partido político, aunque sus preferencias se dirigían (por obvias razones estéticas) hacia Felipe y Adolfo; en cierto momento, algunos grupos ácratas habían querido capitalizarlos; pero a los gay, tan proclives a la finura y el buen gusto, no les caían bien aquellos muchachos desharrapados, violentos, vociferantes y bastante sucios. Más posibilidades de absorberlos tuvo el P.C.E. y aunque a Santiago no le divertía demasiado incorporar a sus filas ideológicas a los chicos homosexuales, también comprendía que eran muchas decenas de miles de votos, que sería lastimoso desaprovechar.

Sin embargo y de momento, los *gay* (llamados, cuando la Dictadura, maricones) se integraban en un Sindicato Libre, con carácter independiente, y sólo les preocupaba la legalización de su estado civil mediante la derogación de la Ley de Peligrosidad Social y la plena integración en la comunidad democrática de aquellos millares de ciudadanos de las diversas nacionalidades del Estado Español, que de manera tan brutal y vejatoria habían estado perseguidos, hostigados y vilipendiados por el fenecido régimen. Siendo así que se trataba de seres humanos tan respetables como cualesquiera otros, cuyos ligeros matices diferenciales respecto de la mayoría, a la hora de hacer el amor, tampoco tenían mayor importancia.

Por eso estaban luchando por su reconocimiento legal y se habían unido y se manifestaban algunas veces; pero avanzaban poco en sus reivindicaciones, ya que muchos años de prejuicios y tabúes continuaban influyendo poderosamente sobre la opinión pública y el nefasto machismo de los españoles (y de los vascos y de los catalanes y de los gallegos y de los manchegos, etc). seguía privando a todos los niveles. Y aunque hasta en los más altos podían encontrarse homosexuales activos, a la hora de la verdad les vencía el temor a las críticas de los inmovilistas en materia sexual y no se atrevían a solidarizarse con los *gay* que honradamente, valientemente, democráticamente, reconocían sus aficiones íntimas. Ya que en definitiva, tampoco tenían por qué ocultarlas.

—Lo repugnante, lo intolerable, lo inmoral, es eso de las putas —trinaba por el teléfono Carlitos Mazones, (a) *Sonsoles*—. Sin embargo, ya ves, Luisa; las van a

legalizar y hasta les dan una Ordenanza Laboral de ésas. ¡Un asco, querida, un asco! Porque está demostrado científicamente, además, que hacer el amor con las mujeres, sobre todo si son putas, trae el cáncer…

—¡No me digas! —se asombró Luisa, desde el otro lado del hilo telefónico—. Pero eso ¿es seguro?

—Seguro, no; pero tú lárgalo.

—Desde luego, no hay derecho, Sonsoles. Debíamos protestar muy en serio. ¿Por qué no montamos otra manifestación?

Enrique Ríos Ergueta, (a) *Luisa*, era A.T.S. y pertenecía al Comité Central de la U.D.M.H.; tenía fama de malas pulgas y mucha agresividad.

—Pues mira, de eso nada, querida —replicó Sonsoles—, porque acuérdate la última vez la paliza que nos dieron los grises, con aquellas porras, que daba gozo verlas, pero que hacían mucha pupa. Y encima, la gente también se metía con nosotras y nos tomaba a guasa.

—Eso fue culpa de las del «travestí», que se echaron a la calle de lástima, vestiditas de Rocío Jurado y hechas una facha. Pero $i nos manifestamos con seriedad, en plan mono…

—¡Uy, no sé qué quieres que te diga! A mí me da miedo o, por lo menos, cierta precaución. Pero, desde luego, algo habrá que hacer. Porque es horrible que legalicen a las putas y que nosotras sigamos en la picota. Lo que yo me digo, Luisa: esto ni es democracia ni nada.

—No exageres; algo hemos conseguido ya.

—Pero poco, querida. O sea que hay que insistir, insistir e insistir. ¿Por qué no llamas a tu amigo el senador?

—Me tiene prohibido que lo haga. He de esperar siempre que me llame él y me cite.

—¿Ves? Eso es lo terrible; que los ocultones no se deciden a quitarse la careta. De todos modos, hay que moverse. En el sentido político, ya me entiendes…

—Pues nada, guapa; yo me encargo de los de aquí. Avisa tú a los vascos y a los de la Meseta.

—Ahorita mismo. ¡Digo! ¡Nos va a oír el Gobierno!

—Yo hablaré con los ingleses, oye. Vendría muy bien que se adhiriesen a nuestras reivindicaciones.

—¡Fenomenal, querida, fenomenal! Y los italianos, con el Berlinguer ése, que es tan majo y tan demócrata de toda la vida. ¡Hay que dar la batalla!

—Que te digo que sí. Que es el momento. Un beso, chata…

—Otro muy fuerte para ti. Y recuerdos a tu Eulogio…

—De tu parte. Que no veas cómo lo tengo…

—*Ciao*, amor…

—*Ciao…*

No fue la de los *gay* la única reacción negativa contra la legalización laboral de las Trabajadoras del Amor. Mayor virulencia alcanzó todavía la protesta de la Vindicación Democrática Femenina, para cuyas militantes aquella Ordenanza suponía un triunfo más del machismo ibérico, otra prueba intolerable, vergonzosa e inadmisible de la estúpida e injustificada hegemonía de los varones en los países del Estado Español. Cristina Martínez, presidenta de la Vindicación, convocó de inmediato una rueda de prensa, en la que fijó debidamente la postura del movimiento que acaudillaba:

—Manifestamos nuestra absoluta reprobación frente a una disposición legal que confirma el sentido machista que, pese a cuanto se diga, continúa informando las directrices oficiales del Estado Español. Cuando siguen pendientes de resolver temas tan importantes como la legalización del aborto, la despenalización del adulterio, el divorcio y la igualdad jurídica de la mujer con el hombre, a todos los niveles (excepto en el servicio militar y en el afeitado), el reconocimiento de la prostitución y su ordenamiento administrativo constituyen una clara regresión en la línea de consagrar los derechos femeninos, por la que tan obstinadamente venimos luchando…

Las chicas (algunas ya bastante maduras) del Colectivo de Vindicación Democrática Femenina mandaron telegramas de protesta al presidente Suárez y amenazaron con una huelga de celo, como consecuencia de la cual las adúlteras sólo cohabitarían con sus amantes una vez al día y siempre que ellos acreditasen haberse bañado en las tres horas anteriores; si se presentaban debidamente perfumados y desodorados; si les obsequiaban previamente con una fuente de pasteles o con dos docenas de Donuts y si apagaban la luz para consumar el acto. Se trataba, obviamente, de coaccionar a los hombres para que colaborasen en la campaña vindicativa.

Cristina, cuya fervorosa entrega a la causa del feminismo venía de antiguo, dijo también en la rueda de prensa:

—La culpa de esa legalización de las prostitutas de esa intolerable ofensa que se nos hace a las mujeres decentes, a las adúlteras, la tiene, naturalmente, el franquismo.

Valía mucho Cristina y por eso contaba con la entusiasta adhesión de sus seguidoras. Ofrecía la nada despreciable marca de haberse producido once abortos, con el detalle singular de que, según gustaba en referir, cada proyecto filial procedía de distinto padre en potencia. Era soltera; pero comprendía perfectamente la problemática de las casadas adúlteras, a quienes ofreció el magnífico *slogan* que habían utilizado en sus últimas manifestaciones:

—El cuerpo, para quien lo trabaja…

Ideológicamente, la Vindicación oscilaba entre un cierto renovado trotskismo, evidentes concomitancias con las doctrinas anarquistas y alguna afinidad (de cara a la

posibilidad de ser oída en las Cortes) con el socialismo extremo. También el programa del movimiento femenino podía ser tenido como equilibrado, si se considera que la unánime aspiración por conseguir la igualdad de derechos de la mujer, su liberación total, el divorcio y su equiparación de posibilidades con el absorbente macho, se hacían compatibles con el mantenimiento del llamado régimen legal de gananciales, en virtud del cual la mitad de los ingresos que obtenía el marido, con su diario esfuerzo, correspondían a la mujer, que para algo le estimulaba con su afecto y su apoyo moral para que trabajase cada vez más.

Ya lo decía Cristina en sus declaraciones a la prensa:

—No vamos, a estas alturas, a pretender desmontar uno de los principios del Derecho más tradicionales, inspirado nada menos que en el Ordenamiento Espiritualista de Alcalá.

O sea que aborto, divorcio, adulterio y gananciales.

Ante la gravedad del momento, Cristina acudió a la redacción de uno de los diarios que con mayor cariño atendían los esfuerzos y los anhelos de la Vindicación. Era uno de esos diarios de reciente creación, llenos de fervor democrático, esclavos de la verdad, empeñados en la dificilísima tarea de borrar tanto residuo del franquismo, tanta malhadada herencia de la Dictadura como, desdichadamente, quedaba todavía en el país (antes llamado España). Un diario joven, para jóvenes, que acababa de publicar un serial exhaustivo sobre las víctimas de la represión en la llamada zona nacional y en los años de la posguerra, donde por primera vez se ofrecían datos impresionantes acerca de semejante monstruosidad. Bien es cierto que ciertos lectores cavernícolas y hasta Un catedrático de Historia habían escrito al director aportando datos sobre los fusilamientos (ellos los llamaban asesinatos) de los republicanos (ellos los llamaban rojos), también durante la guerra civil y en las acciones del «maquis», según los cuales, y numéricamente, ganaban en burradas los republicanos o rojos. Ni que decir tiene que el diario no publicó esas cartas, ya que bien claro se advertía en un recuadro, en tercera, que no se admitirían colaboraciones espontáneas.

Este era un diario admirable, un diario absolutamente independiente, cuyos editoriales conmovían tanto a los del «bunker» como a los de la Moncloa. Contaba con un variado abanico de colaboradores, ya que, dentro del sentido democrático que informaba a la publicación, lo único que se les exigía a todos ellos era que escribiesen de conformidad con la línea ideológica del periódico. Sus titulares de primera página, se hicieron pronto famosos por la rotundidad crítica con que se escribían, aunque ciertos solapados fascistas decían que en esos titulares se mentía. Incierto; lo más que podía ocurrir, dentro de una normativa periodística de la mejor calidad, era que se interpretaran adecuadamente las noticias.

O sea que, durante meses, las burradas de la extrema derecha fueron denunciadas

con la natural indignación, porque los asesinatos y los crímenes debidos a tan execrables comandos ofendían los sentimientos de todo ser civilizado. En esa misma línea, las burradas de la extrema izquierda merecían la natural comprensión, toda vez que aquellos grupos incontrolados actuaban desorientados y cuando ejecutaban a cualquier guardia, lo cual, desde luego, era condenable, lo hacían movidos por disculpables, aunque inadmisibles, motivaciones políticas. Y los chicos de la E.T.A., equivocados, si bien llenos de buena fe, atracaban fábricas, volaban edificios y mataban (mejor, cometían homicidios) impulsados por un conjunto de factores sociales, políticos y anímicos residuales del franquismo que no podían desdeñarse.

El diario, como muchos otros diarios del país, tenía prevista la noticia, dada su constante reiteración. Y así, cuando el G.R.A.P.O. o la E.T.A. cometían una de sus «ejecuciones», el redactor-jefe llamaba a la sección de Información Nacional y pedía:

Mándame el modelo 2 de atentados…

Y el modelo 2 llegaba y se pasaba a la platina, donde quedaba confeccionada, en primera, una nota que ya se sabían de memoria todos los lectores: «Enérgica y unánime repulsa ante los asesinatos de ayer. Todos los partidos y grupos políticos se han sumado a la protesta. Estos criminales actos no detendrán, sin embargo, el proceso democratizador del país. Se concede a las víctimas la Medalla de Oro. El ministro del Interior presidirá las solemnes exequias fúnebres». Esto se completaba con las fotografías de las víctimas y con otras del lugar donde fueron asesinadas (si bien el verbo asesinar no era demasiado utilizado, sustituyéndose por otros menos violentos).

Las contadas veces en que los terroristas del G.R.A.P.O. o de E.T.A. eran detenidos, el redactor-jefe pedía que se le enviase el modelo 1 y el modelo 1 se reproducía en primera, con las fotos de los barbudos en cuestión: «Presuntos autores de la muerte de tres guardias civiles, detenidos por la fuerza pública. Pueden ser responsables del hecho que, presuntamente, se les atribuye. El presunto delito se cometió el pasado viernes y los presuntos culpables han pasado a disposición de las autoridades judiciales, que investigarán acerca de su presunta intervención en los presuntos atentados. Se anuncian huelgas de solidaridad como protesta por la detención de estos chicos».

Hubo un día en que el diario, tan veraz, tan demócrata, tan distinto de aquellos periódicos sometidos al yugo censor de Arias Salgado (padre), no tuvo más remedio que reconocer que los autores de un asesinato eran miembros de E.T.A., rama militar y, en un ejemplo de honestidad informativa, así lo dijo, definiendo incluso el lamentable suceso como asesinato, sin eufemismo alguno, lo que acreditaba la pureza de la publicación. Que dedicó su editorial a condenar enérgicamente semejante salvajada, la cual, ni que decir tiene, «no detendría el proceso democratizador del país» y, obvio resultaba aclararlo, «había sido unánimemente condenada por todos los

partidos y grupos políticos», según resultaba de las declaraciones de sus principales líderes, que se acompañaban a la información, los cuales coincidían en la «enérgica repulsa» ante el «criminal atentado». Pero también quedaba claro que «E.T.A. era una consecuencia del franquismo».

El modelo 3 para estos casos —que el redactor-jefe del diario apenas tenía que pedir, porque se lo enviaban de oficio— consistía en las fotografías de la mujer, los hijos y las madres de las víctimas, llorando desconsoladamente en la capilla ardiente, y en la del ministro del Interior, o algún director general, colocando la medalla sobre el féretro. Incluía también esa información de archivo las protestas de los centenares de asistentes al sepelio, que gritaron frases ofensivas contra el presidente, pidiendo «el Ejército, al poder» y al final, cantaron *Cara al sol*, dirigidos por muchachos con el brazalete de Fuerza Nueva.

En realidad, se trataba de un tema rutinario que, a fuerza de repetirse, había dejada de tener interés informativo para el veraz diario democrático, que con evidente hastío repetía su editorial de «enérgica condena», publicaba las fotos de siempre y quedaba a la espera de la próxima ocasión. Lo importante era que al pobre *Apala* no le dejaban tranquilo en Francia, empeñados en que se presentase los martes y los viernes en la prefectura, y que todavía quedaban tres vascos presos en Carabanchel, dos en Puerto de Santa María y uno en Segovia. Además del buenazo del *Lute*, a quien no había manera de que pusieran en libertad, no obstante el éxito editorial de su libro, que se estaba vendiendo como, cuando la Dictadura, se vendían las cosas de Sautier Casaseca.

Cristina fue recibida por el director del diario con la natural admiración y se le ofreció una página entera para que en ella manifestara cuanto le viniese en gana. Dando prueba de especial sensibilidad, la entrevista no se la hizo un hombre, sino Merceditas, que era auxiliar de redacción (estudiaba tercero de Periodismo) y comprendería mejor la problemática de Vindicación Democrática Femenina. Cristina comenzó aclarando que todos los problemas de la liberación de la mujer eran herencia desdichada del franquismo, que se negó tozudamente a admitir la realidad social del aborto y la justísima reivindicación del adulterio como derecho de la esposa incomprendida, y cuando llegó el fotógrafo, pidió unos minutos de espera, y se marchó a los servicios, porque tenía que darse un toque en los ojos y un golpe de peine y un poquito de *rouge*.

El fotógrafo, que era muy bruto (no obstante su filiación en el P.S.U.C)., le comentó a Merceditas:

—Estas tías, mucho echar pestes de los hombres, pero lo único que les importa es gustarnos.

Merceditas le aclaró la cuestión:

—¡No, hombre, no seas elemental! Femineidad y feminismo son perfectamente

compatibles.

Pero el fotógrafo, muy a lo bestia, insistía:

—Éstas lo que necesitan es un buen riego…

Regresó Cristina de los lavabos, bastante guapa para lo que en ella cabía, y se hizo las fotos y terminó de contestar a las preguntas de la interviu, dejando bien clara la postura de la Vindicación, que exigía igualdad de derechos, terminación definitiva de las actitudes machistas y completa, indiscriminada y absoluta identidad de trato entre los hombres y las mujeres de los países del Estado Español. Y se volvió a los locales de la Organización en metro, porque era tan inteligente que nunca usaba el coche para sus desplazamientos por la ciudad.

Y al llegar, le comentó a su secretaria:

—Ya no quedan caballeros. Imagínate que había en el vagón la mar de tíos sentados y ni uno solo ha sido capaz de ofrecerme el asiento a mí, que soy una dama.

INSERTO I

A las 7.25 de la mañana del 20 de noviembre de 1978, una llamada al secretario del P.C.E. solicitó la presencia urgente de Santiago. Naturalmente, Santiago estaba durmiendo. Insistió el comunicante en que resultaba imprescindible hablar con él. Comprobada la identidad y la veracidad de la llamada, se le puso en comunicación con el domicilio del secretario general, que personalmente (y en pijama de seda) tomó el auricular. Llamaba un monaguillo de la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (militante del Partido), que había escuchado los gritos alucinados del sacristán y los transmitía a su jefe:

—Lo que te digo, camarada. Ha resucitado, ha resucitado…

—Gracias por la información, camarada.

Santiago vaciló apenas unos segundos. Llamó en seguida a Simón, que comentó:

—¡Pero eso es absurdo! ¡Increíble! ¡Imposible!

—Déjate; tratándose de quien se trata, no debemos descartarlo.

Entonces, Santiago despertó a todo el Comité Central, metió en el bolsillo de la chaqueta su pasaporte y encargó que dos personas de su confianza marchasen a toda velocidad hasta Cuelgamuros. Y con especial empeño ordenó a Marcelino que le sacara un billete de avión para París en el primer vuelo del día y muy encarecidamente le dijo a su secretario:

—Tráeme en seguida la peluca.

Después, se postró de hinojos ante la imagen de la Virgen del Pilar y devotamente le rezó una salve.

V

Pasionaria olvidó que era la mujer de un minero; se olvidó de que tenía dos hijos con tantos años como su amante; olvidó que su esposo, Julián Ruiz, se batía en los frentes del Norte; olvidó el decoro y el pudor; se olvidó de sus años y de sus canas y se amancebó con Antón, sin importarle la indignación de cuantos conocían sus ilícitas relaciones.

JESÚS HERNÁNDEZ
(ministro de Instrucción Pública
durante la guerra civil
miembro de la Comisión Ejecutiva
del Partido Comunista)
en su libro *Yo fui ministro de Stalin*
México, D.F., 1953, pág. 99

Manolo Vivar de Alda estaba de un humor infernal. Arrellanado en la cómoda butaca de su gabinete de trabajo, en su casa de Somosaguas, leía con indudable desazón las malas noticias del día, destacadas con el habitual entusiasmo por la prensa. Manolo, cuya fina intuición política no podía discutirse,[1] atravesaba, quizá por ello, un momento de indudable desorientación. Poco antes de las elecciones generales de 1977 había culminado su evolución ideológica, integrándose, con el fervoroso entusiasmo que siempre le caracterizó, en las filas del P.S.O.E. de Felipe. Llegaba a ellas desde otro Partido Socialista, el de la rama histórica, tronco secular, facción purísima, donde se había granjeado un sólido prestigio como demócrata de toda la vida, desarrollando una importante labor de propaganda y relaciones públicas.

Pero las cosas no estaban saliendo acordes con los buenos deseos de todos los implicados en el cambio, y aunque mucha culpa de ello tenía la herencia desdichada del franquismo, había que reconocer asimismo los errores propios. Por ejemplo, la dispersión de los partidos, la atomización de los grupos políticos, que era terna que irritaba muy especialmente a Manolo. Ahora mismo, estaba leyendo una nota dada a la publicidad por los partidos vascos. ¡Diecinueve partidos, Santo Dios! ¡Diecinueve partidos, tan sólo en Euskal-Herría! ¡Y qué siglas tan complicadas! E.M.K., L.K.I., E.K., E.S.E.I., A.D.M., O.C.E., E.I.A., L.C. Pues ¿y en el País Valencia?: O.C.B.R., C.A. de V. de V., L.C.R., P.C.V., P.S.U.R.V., J.C.T., O.I.C., U.L.L., R.P.V., C.J. del P.S.U.P.V., J.G., J.E., J.S.A.N., M.C.P.V. A pesar de su condición de diputado a Cortes por Guadalajara, Manolo Vivar de Alda se sentía incapaz de descifrar el significado de la mayoría de aquellas iniciales, que, sin embargo, respondían a unos grupos (grupúsculos, más bien) capaces de arrastrar algunos votos.

Dejó Manolo el periódico y fue hacia la mesa de trabajo. En la biblioteca se veían las Obras Completas de Pablo Iglesias, de don Julián Besteiro y de Indalecio Prieto. Debidamente enmarcada en plata, podía admirarse la fotografía dedicada de Felipe

González; fotografía histórica, ya que el secretario general del P.S.O.E. lucía en ella una corbata de lunares preciosa. Un poco más arriba estaba colocado un retrato a pluma de Largo Caballero, en sus años mozos. Y un banderín con la bonita enseña del socialismo renovado; es decir, el puño con la rosa. Gran acierto plástico, que tuvo decisiva influencia en el éxito electoral de Felipe, ya que superaba con mucho el emblema de la más cercana competencia, la del P.S.P. del «viejo profesor». Éste (sus consejeros publicitarios) se había equivocado con aquella paloma terminada en un puño, que propició la fácil y demoledora frase de que se trataba de una paloma puñetera.

Tomó Manolo un *dossier* que tenía sobre la mesa, se puso las gafas (últimamente había perdido mucha vista) y antes de comenzar a leer tosió estrepitosamente. Andaba con un resfriado importante metido en los huesos, que le producía una tos desagradable, violenta, incomodísima; cosa, por otra parte, extraña en él, que siempre disfrutó de una salud espléndida, y antes, cuando se constipaba, apenas echaba más que unos pocos y discretos estornudos. En fin; que después de inundar de bacilos el ambiente, sacó del *dossier* unos folios mecanografiados y se sentó para corregirlos. Eran las «Normas de actuación inmediata» del P.S.O.E., que necesitaba contrastar con el esquema de su inmediata intervención en las Cortes, donde tenía que defender en nombre del Partido el proyecto de la ley sobre autorización del aborto.

Las «Normas» planteaban la «ruptura democrática a niveles juveniles», la «profundización de la democracia, traspasando niveles formales» y la formulación de una «etapa de hegemonía de la clase trabajadora, que acceda así al poder e inicie el tránsito a la sociedad socialista». Realmente, Manolo no entendía absolutamente nada de lo que semejantes postulados querían decir, pero Felipe le había encarecido que no dejara de tenerlos muy en cuenta, porque respondían a los ideales de los «cachorros» del P.S.O.E., y, ni que decir tiene, él estaba dispuesto a hacerlo. Especialmente, estaba decidido a insistir en las Cortes sobre la «hegemonía de la clase trabajadora», cuya evidente realidad le constaba. No en vano llevaba cinco semanas sin conseguir que apareciese por su finca de Somosaguas un fontanero que pusiera en orden los sifones de varios retretes (con perdón), que estaban escachifollados. Tampoco lograba, pese a sus insistentes llamadas, que el electricista (trabajador autónomo) acudiera para reparar la instalación estéreo del tocadiscos y demás megafonía del apartamento de su hija Carmen, en la parte alta de la casa.

Estaba en pleno estudio cuando le interrumpió su mujer. Involuntariamente, la recibió con un ataque de tos espectacular y Carmiña acudió solicita para procurar tranquilizarle, y cuando se le pasó, le dijo:

—Filiño, estás fatal; nunca te habían dado semejantes ahogos…

—Sí, tienes razón; me hago viejo —reconoció Manolo.

—No te enfades, cariño; pero con Franco tosías mejor.

A Manolo no le hizo ninguna gracia la broma de su todavía bella esposa; así que, muy secamente, le preguntó:

—Bueno, ¿qué quieres?

—Saber si puedo llevarme el Mercedes para ir a Madrid, porque la niña se fue en el Ford Fiesta y Manolito quiere el R-12, y ya sabes que el Lamborghini está mal de batería.

—Sí, sí, llévatelo. Yo no pienso salir esta tarde —concedió el diputado socialista, cuyo parque automovilístico estaba a nombre de las distintas sociedades que presidía, en evitación de tener que cotizar como el señor Fuentes Quintana pretendía. Lo que no fue óbice (Manolo era muy honesto) para que, cuando se discutió en las Cortes la Ley de Reforma Fiscal, él la apoyase con su voto.

Salió Carmiña y volvió a enfrascarse en la preparación del discurso, hasta que, dos horas más tarde, Víctor, el mayordomo, llamó discretamente a la puerta, anunciando la visita de don Daniel Fujardo.

—Que pase… —dijo Manolo, que ya estaba cansado de tanto programa político.

Daniel era su hombre de confianza en las múltiples empresas que Manolo presidía;[2] y, desde que obtuvo el escaño en las Cortes y se dedicó obsesivamente a las tareas políticas, quien de hecho dirigía su actividad comercial. También era, naturalmente, accionista de todas ellas, y, aunque procedía nada menos que de las filas, entonces clandestinas, del P.C.E., en los últimos años había derivado lastimosamente hacia posturas conservadoras e incluso reaccionarias, que disgustaban profundamente a Manolo. Si bien, por otra parte, la acertada gestión de Fujardo le permitía percibir saneados beneficios de sus negocios sin dar golpe; lo cual justificaba que disculpase aquella desviación ideológica de su socio.

—Hola, Daniel; siéntate. ¿Quieres algo? —preguntó Vivar de Aida.

—Ponme un whisky bien cargado —contestó Fujardo.

—¡No me digas! ¿Desde cuándo bebes?

—Desde ahora mismo, porque esto es la leche. Evidentemente intrigado, Manolo sirvió el whisky y él se puso un «cuba libre» y se sentó junto a Daniel.

—¿Pues qué pasa, oye…?

—Poca cosa. Que, definitivamente, en I.M.P.O.R.O.A.S.A. tenemos que ir a la suspensión de pagos. Que si no nos aprueban el expediente de crisis parcial de Bosques del Noroeste, S. A., y la subsiguiente reducción del 50% de la plantilla, no hay quien nos salve de la quiebra. Que S.I.N.C.O.L.E.S.A. termina el trimestre con siete millones de pérdidas. Y que la única sociedad que nos da a ganar algún dinero, que es E.J.I.B.E.S.A., vamos a tenerla parada desde mañana lunes, por huelga.

—¿Huelga? ¿A santo de qué? ¿No les hemos aceptado el aumento lineal que pidieron?

—Explícaselo a Llaneza y a Carrasco. Dicen que todo eso está muy bien, pero

que se solidarizan con la huelga en petición de más amnistía laboral que han promovido varias Centrales Sindicales.

—¡Menuda cabronada! —dijo Manolo.

—Te recuerdo tus recientes declaraciones en *El País*, donde dijiste que las reivindicaciones laborales son siempre respetables.

—Bueno, pero eso lo decía pensando en los electores; no irás a creer que yo estoy de acuerdo con semejante barbaridad.

—Yo sólo creo que nos vamos todos a la mierda…

—¿Qué solución ves?

—Ninguna. Bueno; una, imposible. Que resucitara don Francisco…

—¡No digas estupideces…! —se irritó, lógicamente, Manolo.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero vete pensando de dónde sacamos el millón y medio que hará falta el día 30 para la nómina de I.M.P.O.R.G.A.S.A. Y los dos millones de la de S.I.N.C.O.L.E.S.A. Y si no nos admiten el pago diferido, los tres millones y pico que necesitamos para pagar la Seguridad Social de todas nuestras empresas…

Manolo se levantó, dio unos pasos y creyó necesario hacerle una aclaración a su socio y amigo:

—El dinero que tenemos en Suiza no hay que tocarlo. Eso es sagrado.

—Pues claro que sí.

—Mañana mimo hablaré con el Delegado de Trabajo, para lo de la crisis de Bosques del Noroeste, S. A.; espero que nos la apruebe. Está claro, ¿no?

—Clarísimo. Pero hay unos inspectores, por cierto de tu Partido, que sistemáticamente informan en contra.

—Déjame hacer…

Se fue Daniel Fujardo y quedó Manolo Vivar de Alda lógicamente preocupado, aunque su sentido del deber le impuso volver sobre el *dossier* del P.S.O.E. y continuar preparando su discurso en las Cortes, y en él estaba embebido cuando apareció Manolito, su hijo, diciéndole:

—Hola, papi. Menuda hemos armado en Orcasitas. Imagínate que repartimos las Obras Completas de José Antonio y luego le hemos explicado a la gente que vosotros, los del P.S.O.E., organizasteis todo el follón aquel de Asturias, en el 34, y tenéis históricamente la culpa de la guerra civil.

Manolito pertenecía a Falange Española (Auténtica) y sentía un especial placer generacional por fastidiar a su padre.

—No me importan nada tus chaladuras. Buenas noches —cortó Manolo.

Y se fue Manolito y siguió su padre con el discurso para las Cortes, que le quedó precioso. Y le propició un éxito parlamentario considerable. Estaba el hemiciclo que daba gozo verlo, lleno a reventar de diputados, algunos de ellos vestidos, incluso, de

personas honorables y hasta con corbata y todo, y las tribunas destinadas al público las ocupaban totalmente las chicas vindicadoras, que previamente se habían manifestado por la Carrera de San Jerónimo con simpáticas pancartas, en las que podía leerse: «SI NO HAY ABORTO, QUE HAYA CASTRACIÓN» y «QUEREMOS QUE SEA CORTO - LO DE VOTAR EL ABORTO» y «QUE NO HAYA QUE IRSE A INGLATERRA - PA DEJAR EL FETO EN TIERRA» y otras igualmente graciosas.

Cuando el señor Fraga Iribarne consumió su turno en contra de la proposición de ley, fue interrumpido, abroncado e insultado en muy diversas ocasiones; sobre todo cuando, con retórica caduca, aludió a los principios morales y al derecho a la vida y otro tópicos similares. Alfonso Guerra mascullaba frases ininteligibles, pero sin duda hirientes, y don Santiago fumaba plácidamente, sin transparentar la más mínima emoción; después, votaría en contra. Pilar Brabo, en cambio, estaba visiblemente nerviosa y mosén Xirinachs se mesaba la barba de una manera ritual, mientras el ministro Garrigues Walker parecía alejado de la cuestión, como si su mente se remontase hacia la Bolsa de Nueva York.

A su lado, en el banco azul, el presidente, con el mentón sujeto por la mano derecha y un gesto indefinible, atendía con igual dedicación a todos los oradores. Don Landelino Lavilla, elegantísimo en un terno azul, tomaba de cuando en cuando algunas notas. El ministro del Interior estaba inquieto, como siempre, por si le llamaban para comunicarle alguna voladura o algún nuevo atentado. Los demás ministros ponían cara de circunstancias, especialmente don Pío, que es de todos ellos quien mejor sabe poner esa cara.

Cuando accedió Manolo Vivar de Alda a la tribuna, hubo murmullos de expectación. Muy sereno, muy entonado (de algo tenían que servirle sus años de procurador en las Cortes franquistas), leyó con elocuencia y brillantez un discurso perfecto en su construcción, con párrafos tan eminentes como éste:

—… consagremos la libertad. La libertad es la clave del arco sobre el que *debe* sustentarse la sociedad española, nueva y feliz, que aspiramos a crear. Y esa libertad debe alcanzar, ¿cómo no?, y de una manera especial, a la propiedad de nuestro cuerpo, a la disposición de nuestras consecuencias sexuales, a las secuelas del amor, porque el amor, señores diputados, es la expresión máxima de la libertad. En una sociedad democrática, la mujer es libre de entregarse a quien desee y libre, también, de disponer acerca de los frutos de esa entrega. Puede, por tanto, optar por concebir o puede, en uso de su legítima capacidad de elección, eliminar las consecuencias del placer que, libremente, consumó. Pretender otra cosa supondría fomentar reaccionarismos medievales, mantener prejuicios fascistas, actualizar tópicos decadentes. El ejemplo de Europa, esa Europa que constituye nuestra meta, nuestra ilusión, nuestra guía, es concluyente. Legalicemos, pues, el aborto, ya que al hacerlo, además de avanzar un trecho más en el lento, difícil, pero inexcusable camino hacia

la verdadera democracia, ahorraremos muchas divisas, que hoy se pierden en Suiza y en Inglaterra y en tantas clínicas extranjeras, y terminaremos, al unísono, con prácticas atentatorias contra la salud pública que, como muchos otros estigmas que todavía padecemos en nuestro cuerpo social, heredamos del franquismo…

Recibió una ovación ensordecedora, fue fotografiado centenares de veces y Felipe, al regresar al escaño, le abrazó calurosamente y con su simpático ceceo le felicitó diciéndole:

—Cojonudo, Manolo. Una lección magistral.

La proposición de ley fue aprobada, aunque por los pelos. La sesión de las Cortes terminó muy tarde y Manolo regresó a casa cerca de la medianoche. Le esperaban Carmiña, su mujer, y Carmencita, su hija.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Tu niña te explicará —contestó Carmiña.

Y la niña le explicó: estaba embarazada. Realmente, no tenía la absoluta certeza de quién podía ser el responsable, aunque pensaba que Eugenio Vedrines, el hijo del magistrado, estudiante de Derecho y militante de la Democracia Cristiana, era quien tenía más probabilidades. Aunque no podía asegurarlo.

—¡Pero eso es horrible! ¡Monstruoso! ¡Incalificable! —explotó Manolo, el diputado.

—¡Anda, padre, no te pongas dramático! Esto es lo normal cuando se hace el amor, habida cuenta de que la píldora no está, ni mucho menos, garantizada.

—¿Cómo puedes hablar con esa ligereza? La educación que te hemos dado…

—Corta el rollo, padre —interrumpió Carmencita—. Vamos a la situación.

Carmiña, la madre, se echó a llorar.

—Si, al menos, te constara quién es el padre… Sin duda, apelando a su caballerosidad, lograríamos que legalizara la cosa…

—¿Pero qué dices, majo? —Carmencita sonrió, con evidente cachondeo—. A mí no me saca nadie de mi feliz soltería.

—Bien; qué remedio. Tu madre y yo aceptaremos al nietecito con todos los amores. ¿No es así, Carmiña?

Carmiña seguía llorando.

—De nietecito, nada, amado padre. ¡Con lo que incordian los críos y con lo gorda que se queda una después de un embarazo! Esto me lo quito yo de encima mañana mismo.

—¿Qué dices? —tronó Manolo.

—Que me tienes que proveer de fondos, en cuantía de siete mil duritos, y yo me encargo de todo.

—¿Insinúas que piensas abortar? —se indignó Manolo Vivar de Alda.

—Pues claro, querido.

—¡Eso es inmoral, es peligroso, es terrible! Y bien mirado, es un crimen.

—Estás tú muy franquista, padre. Anda, dame las treinta y cinco mil pesetas y déjate de discursos…

Cuando se quedó solo con su mujer (luego de darle el cheque a Carmencita), Manolo se sinceró:

—Pues mira, en el fondo, me hubiese hecho mucha ilusión ser abuelo…

Carmiña lloraba sin parar y él tuvo que animarla:

—¡Tampoco te pongas así, caramba! Acabamos de aprobar en las Cortes la legalización del aborto. O sea que lo de la niña es un hecho ya perfectamente válido, un derecho consagrado por la Constitución…

Carmiña, sin dejar de hacer pucheros, se levantó y se fue a su habitación. Manolo se sirvió un whisky; andaba por la mitad cuando sonó el teléfono. Víctor, el criado, le dijo:

—Llaman de *El Noticiero Universal*, de Barcelona…

—Me pongo…

Se trataba de una interviu de urgencia, acerca de su brillante y triunfadora defensa sobre la legalización del aborto.

—¿Está usted moralmente conforme con su tesis? —le preguntaba un periodista, sin duda impertinente.

—Claro que sí —contestó Manolo.

—¿Es usted católica? —insistía el impertinente.

—Sí.

—¿Conoce la doctrina pontificia sobre el tema?

—Indudablemente. Pero se trata de adecuar la realidad jurídica a un hecho cotidiano y, por tanto, debemos partir (y así lo hemos hecho) de evidencias fácticas. Estoy seguro de que la Iglesia, en plazo breve, coincidirá con nuestra postura.

—¿Ha defendido la proposición de ley por auténtica convicción o por razones tácticas de partido?

—Mi partido actúa siempre por convicciones, por ideales, señor mío.

Finalmente, el inmundo periodista le hizo una pregunta canallesca:

—Supongamos que una hija suya, y usted perdone, decidiera abortar. ¿Usted lo consentiría?

Hubo una pausa dramática. Y tras varios segundos de espera, Manolo Vivar de Alda contestó:

—Es una hipótesis absurda. No puedo siquiera planteármela.

Colgó el teléfono, muy cabreado, y se echó más whisky en el vaso. Estuvo un buen rato en el salón, solo con sus pensamientos. A eso de las tres, subió a su cuarto y se metió en la cama. Pero tardó muchísimo en dormirse. Tanto que cuando, a las nueve de la mañana, le llamó Víctor, dio media vuelta y siguió entre las sábanas.

Aunque a las once tenía Consejo de Administración en E.J.I.B.E.S.A., señalado precisamente para aquel día, viernes 17 de noviembre de 1978.

Llegó cuando los demás consejeros ya estaban en la sala.

La reunión fue larga y desagradable. Las pésimas perspectivas laborales de la sociedad contrarrestaban el positivo balance económico; porque de todo el *holding* de Manolo Vivar de Alda, E.J.I.B.E.S.A. era la única empresa todavía rentable. Claro que, si se desataban las anunciadas huelgas, la catástrofe resultaría inevitable. Porque los contratos con América había que cumplirlos en sus plazos, obligación perfectamente establecida en ellos y reforzada con cláusula penal. Un retraso (y más, si el retraso sumaba días y días) supondría, incluso, la resolución de todos ellos y la anulación de los pedidos. Y el almacenamiento inútil de una mercancía que no tenía salida en España.

Con el humor que es de suponer abandonó Manolo las oficinas, cerca de las tres de la tarde. A través de la M-30, cuyas salidas había podido, finalmente, aprenderse, empalmó con la autopista de Colmenar Viejo, camino de Navacerrada. Tenía decidido pasar el fin de semana solo, en su finca; sería la mejor manera de serenar los nervios y recuperar fuerzas perdidas. Hacía una tarde entoldada y fría; sobre la cumbre de la Maliciosa aparecían las primeras nieves, todavía escasas, todavía nada compactas. Poco antes de las cuatro llegó al Hostal del Arcipreste.

—Ya comprendo que no es hora de comer —le aclaró en seguida a Antonio, el *maître*;— tampoco tengo ningún apetito. Pero, por favor, sírveme un bocadillo de jamón… Y media botella de vino tinto…

David, el cocinero, llegó para saludarle. Conocía su calidad de *gourmet*, tantas veces contrastada en aquel mismo comedor.

—Si está usted aquí mañana, le tendré preparadas las judías de la Granja con perdiz que tanto le gustan… —ofreció.

—Gracias. Sí, mañana vendré a comer; pero te advierto que no estoy muy bien del estómago estos días…

—Verá cómo con estos aires se pone nuevo, don Manuel…

También le saludaron José María, el subdirector, y las camareras, que le apreciaban mucho por su simpatía y por su generosidad. Era querido Manolo en el Hostal como lo era en todas partes; o, para ser más exactos, en casi todas. Que algunos rencorosos, ciertos recalcitrantes inmovilistas, no le perdonaban lo que ellos llamaban sus «veleidades políticas», su «travestí ideológico», sus reiterados «cambios de chaqueta». Eran gentes absurdas, que no habían leído a Eugenio d’Ors, quien muchos años atrás había dejado escrito que el hombre que no evoluciona en sus ideas no es inteligente, ya que la persistencia en las creencias es mala consejera. Manolo (que tampoco había leído a *Xénius*) escuchó la frase a don Ramón Serrano Suñer en la presentación de un libro y se la aprendió en seguida, con especial agrado.

Víctor le había encendido la chimenea y le tenía dispuestas las zapatillas y la chaqueta de punto (inglesa legítima). Reposó media hora escasa en el butacón de sus preferencias y se puso pronto a trabajar en un difícil, delicadísimo informe que le había encargado personalmente Felipe y que tenía que entregar el lunes, 20, con objeto de que pasara la supervisión jurídica de Leopoldo y pudiese hacerse público aquella misma semana, en la Asamblea General del Partido, prevista para el sábado siguiente. El tema era ambicioso: «La funesta herencia de la Dictadura». Consistía en analizar históricamente la España de los últimos cuarenta años, para llegar (evidentemente) a la conclusión de que todas las desdichas presentes venían arrastradas desde el anterior régimen, que las generó.

Contaba Manolo para escribir el informe con una escogida bibliografía, en la que no faltaba aquel antiguo estudio suyo sobre la *Estructura dinámica de la Organización Sindical*, que había desaparecido de todas las bibliotecas públicas y del propio fondo editorial. No se avergonzaba, ni mucho menos, de haberlo escrito, dadas las circunstancias opresivas en que lo hizo; y ahora le vendría de perlas para refrescar las monstruosidades del sindicalismo vertical. Como obras de consulta, contaba también con varias de Tuñón de Lara, Areilza, Tamames, Vázquez Montalbán, Camacho, Southworth, Calvo Serer y otros imparciales historiadores del franquismo, así como con los divertidos (y tan instructivos) historiciclos de Forges.

Trazó primeramente el esquema del informe. A saber:

1. ECONOMIA. La Dictadura propició una economía desfasada con crecimiento falso. El aumento de la renta per cápita fue desmesurado y contraproducente. La industrialización, un error indudable. El I.N.I., la estatificación de la gran industria. Detrimento del factor humano. Oligarquías financieras. Negocios sucios. Inmoralidad desatada. Apariencia de gigante con pies de barro. Ninguna previsión de futuro. La trampa de las multinacionales. *(Vaciló un poco en este punto, pensando en Garrigues Walker; pero, finalmente, lo mantuvo*). Está fuera de discusión que la gravísima crisis económica de 1978 se genera en las leyes franquistas de 1939 y posterior estructuración del país. Cabe también aceptar alguna incidencia de las medidas dictadas por Calvo Sotelo, siendo ministro de Hacienda, en 1927.
2. CULTURA. El páramo cultural del franquismo. Los talentos, en el exilio. Aquí se quedan los malos, sometidos, además, a cruel represión. Ni teatro ni cine ni música ni literatura ni nada. Hubo casualidades (Cela, Delibes, Agustí, Gironella, Laforet, Buero Vallejo, Hierro, García Nieto, Rosales, Marías, Zubiri, Ridruejo, Rodrigo, Frühbeck, Lera, etcétera, etcétera). Todos rindieron, sin embargo, al diez por ciento de su capacidad, agobiados por la opresión. El país, por ello, está desculturizado. Los albañiles no leen

a Cervantes. Las amas de casa gozan con Corín Tellado en vez de disfrutar con Ortega y Gasset.

3. MUNDO LABORAL. El gran mito franquista. Girón, un farsante. La Seguridad Social, un timo. Las Mutualidades, un fraude. La plena ocupación laboral, conseguida por el terror. Una legislación canallesca: sin huelgas no hay libertad social. Explotación constante del trabajador, con el anzuelo del utilitario y el apartamento en Benidorm. Pero sin libertad no hay tampoco prosperidad. El paro creciente de 1978 y las crisis actuales arrancan del Fuero del Trabajo de 1938 y del Texto Articulado I de Procedimiento Laboral.
4. RELACIONES EXTERIORES. El franquismo cerró todas las puertas al exterior. Se negó a que nos beneficiásemos del Plan Marshall, de los Créditos a Fondo Perdido y de cualquier ayuda ofrecida por las democracias occidentales. Fue más papista que el Papa. No entramos ahora en el Mercado Común porque «la Europa de los 9» mantiene la imagen fascista del Estado Español; y no por los tomates, como dicen los del «bunker». La Dictadura se empeñó en hacer competitivo industrialmente este país y así no podíamos ser queridos por el mundo libre. Y, encima, Castiella se puso muy pesado con Gibraltar, que no es para tanto. Y dale con empeñarse, en cambio, con el «españolismo» de Ceuta y Melilla.
5. OBRAS PÚBLICAS. Otro mito del franquismo. Las autopistas, ¿para qué? Los pantanos, un atentado al paisaje, antes hermoso, del país. Las grandes urbanizaciones, negocios privados de los parientes del difunto Jefe del Estado. Los trasvases, ganas de que los Países Ibéricos se enfaden unos con otros. El «Plan Redia», caro y malo; ya veremos cómo están esas carreteras dentro de diez años, si no las reparamos. Los puertos, llenos de agua. Fachada y nada más.
6. DEMOGRAFÍA Y SANIDAD. De desastre. Aumentaron los nacimientos porque el pueblo se aburría en casa, y a ver… Crecimos más a causa de las inundaciones (imputables también al régimen). Las últimas generaciones son fuertotas porque el Nobel americano de Química, mister Fridway, ha demostrado que los boniatos tienen mucho hierro y recuérdese los que comimos en los tristes 40 los padres de estos chicos. Mucha residencia sanitaria y mucha clínica, pero sólo para poderles poner el nombre del dictador.
7. COROLARIO. De todas y cada una de las desgracias que hoy afligen al país; de todos y cada uno de los problemas que nos agobian; de todos y cada uno de los atracos que se cometen; de todas y cada una de las bombas que explotan y de los crímenes (incluso pasionales) que, por desdicha,

> proliferan; de todos y cada uno de los accidentes de tráfico que ensangrientan los fines de semana; de todas y cada una de las quiebras, suspensiones de pagos, crisis empresariales, protestos de letras, incendios forestales, temporales de lluvias, pertinaces sequías y demás catástrofes nacionales, solamente hay un responsable histórico e indiscutible: Franco.

Sobre este esquema, tan atrayente, Manolo redactó el informe, debidamente glosado (no había perdido su estilo literario, su garra periodística, aquellas virtudes para la propaganda que le llevaron, en 1941, a un cargo decisivo en la Delegación Nacional de F.E.T. y de las J.O.N.S). y oportunamente reforzado con citas de historiadores, críticos y ensayistas de probado prestigio. El trabajo quedó perfecto; le bastaron dos días y medio para tenerlo listo.

Y eso a pesar de que, finalmente, había cedido a la tentación y se metió entre pecho y espalda las judías de La Granja con perdiz.

INSERTO II

El presidente estaba haciendo sus diez minutos reglamentarios de gimnasia sueca; eran las 7.33 de la mañana del día 20. La puerta se abrió casi al tiempo de que unos nudillos sonaran en ella y apareció, desencajado, un secretario en batín.

—Perdona, presidente; se trata de algo urgentísimo.

Le alargó un télex.

Serenamente, antes de leerlo, el presidente se secó el sudor de la frente. Lo leyó después, sin aparentar la menor emoción.

—Bueno, esto deben ser figuraciones de ese monaguillo del Valle de los Caídos… —comentó con una sonrisa.

—Sin embargo… y perdona… Fíjate bien la frase: «Ha resucitado, ha resucitado…»

—Casi parece la frase bíblica, ¿verdad?… «y al tercer día, resucitó». Sólo que, en este caso, sería al tercer año… —el presidente no perdía el dominio de sus acerados nervios. Se cubrió con un chandal Grazia.

—¿Qué hacemos?

—Voy a llamar al doctor Vicente Gil; siempre le he querido mucho y a él le consta. ¿Quién mejor para opinar sobre la cuestión? Que me pongan después con doña Carmen, con cualquier pretexto sobre el protocolo del funeral. Lógicamente ella sería la primera en saberlo.

El secretario seguía pálido. Dijo el presidente:

—Probablemente se trata de una apreciación literaria. En realidad, una figura histórica de la dimensión humana del Caudillo no muere nunca. Por eso he sido y sigo siendo un fervoroso admirador suyo. Suyo y de la ingente obra que nos legó.

—¡Mira que si fuese verdad…!

—Daríamos muchas gracias a Dios todos los buenos españoles. Y estoy seguro de que, con su experiencia política y su genio de estadista, nos vendría de perlas su colaboración en las tareas de mi gobierno, en estos momentos tan difíciles. Franco, por otra parte, siempre fue un demócrata auténtico; a su manera, pero lo fue. Tengo la certeza de que llegaríamos fácilmente a un pacto sobre lo esencial. Y que comprendería las muchas razones que, en determinados momentos, me han obligado, bien a mi pesar, a efectuar ciertas concesiones puramente tácticas. Sustancialmente, sin embargo, los Principios Fundamentales siguen gravitando sobre mi quehacer público.

Fue a salir del cuarto; antes, ordenó al secretario:

—Que busquen por el trastero… En algún baúl deben estar la camisa azul y la guerrera blanca. No vendrá mal que les den un planchado.

Anduvo de prisa por el pasillo hasta el despacho. Se agarró al teléfono privado y

comenzó a hacer llamadas. Y a fumar de continuo.

VI

Fue ultrajado a su muerte con la misma bajeza con que había sido adorado en vida.

TÁCITO
no los de *Ya*, sino el romano
refiriéndose a Vitelio

Ladislao Pomares era productor cinematográfico desde 1948. En el brillante historial de Poma Films, S. A., figuraban más de cien títulos; desde *Los héroes de Cavite*, que fue en 1949 tercer premio del Sindicato Nacional del Espectáculo, hasta *El virgo de la Bernarda*, su filme actualmente en rodaje. A lo largo de esos treinta años, Ladislao había ido acomodando sabiamente la temática de su producción a las exigencias de la férrea censura franquista (primero), a los gustos del Ministerio (más tarde) y ya, en la hora feliz de la libertad, a los deseos democráticamente manifestados por el público soberano. Mucho había sufrido Pomares en el ejercicio de su industria y no sólo a causa de las letras de cambio protestadas y de los cheques sin fondos entregados, sino mayormente porque estuvo (como todos los españoles) aherrojado en sus posibilidades de expresión, condenado a realizar un tipo de cine que le asqueaba.

Evidentemente asqueado, pues, produjo (a la fuerza) películas que ahora le abochornaban; tales como *Juventudes Imperiales* (1950, primer premio del Sindicato, protección especial), *Los gozos de San José* (declarada de Interés Nacional, 1952), *¡Mi arma, arsa y olé!* (un río de oro, 1954), *El vigía de Occidente* (1956, superpremio nacional, declarada de Interés Nacional, con derecho a triple protección estatal) y *Gibraltar, fruta madura* (documental de medio metraje, galardonado con todo lo habido y por haber). Pero aquella manera de trabajar, al dictado de las consignas, teniendo que preocuparse de enviar cestas de Navidad a los censores y sin posibilidad alguna de utilizar el «séptimo arte» para su verdadera función, la culturización del pueblo, la expresión libre de los sentimientos humanos, le producía auténticas náuseas.

Y no le compensaban en absoluto, no, las riquezas que fue acumulando bajo la Dictadura y que ahora se plasmaban en el chalé de la Moraleja, la finca en Extremadura, la casa de recreo en Marbella, el «Edificio Poma», de veinte plantas, donde tenía las oficinas la productora, sus millones en la Bolsa, sus automóviles suntuosos y las inversiones, sabiamente efectuadas, en distintos negocios. Todo eso, ¿a cambio de qué? A cambio de haber perdido lastimosamente sus mejores años bajo la opresión franquista, teniendo que sonreír a los ministros del oprobioso régimen e, incluso, viéndose alguna vez obligado a levantar el brazo en actos públicos y a fotografiarse con Jato y con Solís, en la anual entrega de los premios sindicales.

Pero, al fin, llegó la libertad. Y Ladislao, demócrata de toda la vida, podía al cabo de tantos años hacer el cine que le gustaba, el que siempre deseó realizar; un cine para el pueblo, expresión del alma del país, vehículo de cultura, reflejo fiel de la sociedad. Un cine a niveles europeos, que plantease la problemática social y la angustia del hombre-masa y que sirviera de revulsivo al espectador, como contraste frente a la manipulación temática de aquellos otros filmes, almibarados y falsos, propiciados antes desde el poder, con el único objeto de entontecer a los ciudadanos, adormecer sus deseos de libertad, y anular su capacidad ideológica. Felizmente, la censura ya no existía y los realizadores actuaban libres de toda traba. El cine español, estéril tanto tiempo, comenzaba a dejarse oír en el mundo. Era, por fin, un arte inserto en la sociedad democrática.

—Entonces —preguntó Ladislao a Jiménez, el joven director—, ¿cómo queda el final del guión?

—Estamos dudando todavía…

Jiménez, el joven director (P.T.E)., era todo pelos: pelos negros, lustrosos, inacabables, que le cubrían el rostro casi absolutamente, hasta el punto de dejar sólo libres la gruesa nariz, los ojos grises, los carnosos labios y una pequeña porción de mejillas, y que se extendía hasta el esternón en una barba compacta, sedosa, brillante, y por atrás bajaban hasta el quinto espacio intercostal, en forma de melenas ensortijadas. Jiménez (30 años) fue un «realizador maldito» bajo la Dictadura, ya que la censura prohibía sistemáticamente todos sus guiones. Ahora acababa de obtener un colosal éxito de crítica con su filme de montaje *Crímenes de la Oprobiosa*, que nadie había ido a ver; pero ello se debía, sin duda, a que los bestias de la extrema derecha lanzaban cócteles Molotov en las salas donde se proyectaba. Sin embargo, logró seis premios internacionales y el Fidel de Oro en el Festival de La Habana.

—Vuestra primera idea —recordó Ladislao— era que, cuando el marido se enteraba de que su mujer le engañaba con un caballo bretón, decidía vengarse poniéndole a su vez los cuernos con una gallina pinta de Guinea…

—Bien; eso lo hemos variado, para evitar interpretaciones equívocas; no fuera a enfadársenos García-Trevijano. La gallina será clueca y de una granja de Reus.

—Pero no habréis cambiado la secuencia del *menage a trois* del marido con la gallina y la hija del jardinero…

—No, no; ésa queda lo mismo. Puede resultar sensacional…

—Tened en cuenta que esta temporada estarán en pantalla todas las películas extranjeras; hasta las más atrevidas. Hay que competir a fondo; necesitamos hacer un filme erótico hasta la exasperación…

—¡Menuda idea hemos tenido! —se ufanó Jiménez—. En la secuencia de la orgía, cuando están todos desnudos, haciendo el amor colectivamente y en 23 posturas distintas, la protagonista aparece vestida de abadesa… Pero de abadesa del

siglo XV, no vayas a creer; con hábitos marrones y toca almidonada, y tan tapada que apenas se le ve la nariz.

—¡Colosal! ¡Espléndido! —se emocionó Pomares—. Entre el general despelote de la escena, esa mujer vestidísima pondrá cachondo al más pintado.

—Exacto. Buscamos el contraste, el impacto por reacción, el *shocking…*

—Tampoco hay que olvidar el toque político…

Jiménez sonrió bajo la pelambrera.

—Ya me conoces —tranquilizó—. Hay en el guión varias referencias al fenecido régimen, con la debida causticidad simbólica. Así, por ejemplo, en la secuencia de la carnicería, entre los despojos animales y las terneras colgadas y la sangre, aparece un inserto con la foto de Franco. Queda también claro que si los personajes llegan hasta la degradación total, es como secuela de su educación represiva bajo las leyes franquistas.

—Muy bien, muy bien. ¿Dónde piensas localizar los exteriores?

—En Cádiz. En este tiempo conviene escoger sitios de clima templado…

Efectivamente, el clima gaditano es templado, meteorológicamente hablando; pero en sentido metafórico, el clima social no podía estar allí más revuelto y tormentoso. En septiembre cerraron definitivamente los astilleros y los trabajadores en paro habían ocupado sus naves, en las que vivían, con sus familias, como señal de protesta. Con carácter particular, algunos mañosos se dedicaban a construir barcos en miniatura, barcos en maqueta y esos otros, tan curiosos, que se colocan dentro de una botella. Varios ingenieros navales de la factoría (también en paro) se encargaban de comercializar aquella producción artesana, que se vendía por las calles a los turistas y a otras muchas gentes que la adquirían como mejor forma de ayudar a los millares de sin trabajo. Dentro de un equilibrio ideológico pleno de sentido democrático, los modelos más solicitados eran las respectivas maquetas del acorazado *Potemkin* y del crucero *Canarias*.

Un día por semana se organizaba en alguna ciudad del Estado Bético (Andalucía Occidental) una manifestación de protesta contra el Gobierno Central, tanto por el cierre indefinido de los astilleros como por la cosa de la pesca, ya que, definitivamente, los pescadores andaluces habían dejado de hacerse a la mar, hartos de ser apresados por mauritanos, argelinos, marroquíes y demás antiguos hermanos del Islam. En las playas descansaban las embarcaciones, sin destino inmediato, y una de ellas (el bou *Tacita de Plata)* se había acondicionado como sala de reunión para la asamblea permanente de las Centrales Sindicales de Pescadores, que cada día comunicaba angustiosamente con sus representantes parlamentarios, exigiendo que se tomasen medidas rápidas para resolver el conflicto.

Pero las Cortes no estaban para minucias, porque tenían en debate dos trascendentales proyectos de ley; uno acerca de la conveniencia o no de incluir las

clases de gimnasia sueca en los cuatro cursos de B.U.P. que instauraba la nueva Ley de Educación, y otro, singularmente discutido, sobre la necesidad de modificar el sistema de adjudicación de los premios nacionales de natalidad. A propuesta del P.S.O.E., firme en su trayectoria de borrar todos los vestigios de la nefasta legislación franquista, los premios a las madres más feraces debían otorgarse con abstracción del estado civil de la prolífica y alcanzar en sus beneficios económicos a los distintos padres que fueron coautores de los copiosos alumbramientos. Se oponían al proyecto los de Alianza Popular y el Partido Comunista, ambos por el mismo motivo: deterioro de la moral cristiana y familiar. Lo apoyaban las minorías vasco-catalanas y la U.C.D. no acababa de definirse claramente.

El proyecto de ley había sido acogido con agrado en Galizia, sin duda porque en la parroquia de Barloviño, municipio de Corcheiro, provincia de Orense, habitaba una rapaza soltera con dieciséis hijos, de quince distintos padres (porque dos de los críos eran mellizos), que llevaba años suspirando —muy justamente— por conseguir el Premio Nacional de Natalidad, del que le marginaba la absurda y represiva legislación anterior. Ante la cercana posibilidad de que ahora se reparase la injusticia, todo O Pobo Galego se estremecía de júbilo y ya se preparaban comitivas para escoltar a la Pepiña hasta Madrid, adonde, naturalmente, iría acompañada para recoger el galardón por los quince felices padres. Si bien existía alguna duda en cuanto a quién fuese el del hijo decimosegundo; pero el párroco prometió aclarar la cuestión debidamente.

Invitados por el presidente del Congreso, asistieron a una de aquellas polémicas sesiones del Parlamento los líderes socialistas extranjeros que, una vez más, visitaban el Estado español para convencerse de que se cumplía inexorablemente el programa de democratización del país, a todos sus niveles. Eran el inevitable Willy Brandt, don Olof Palme (que, dando pruebas de humor sueco, había concurrido con un bonito cuento al concurso «Hucha de Oro»), la laborista británica Ann Micardo y el canciller austríaco Kreisky. Acreditando la preocupación que angustiaba a su Partido por los problemas más cercanos, Felipe González celebró con sus anfitriones un Simposio, en el que trataron acerca de la «Situación jurídica de la mujer en los países africanos». El secretario general del P.S.O.E. alcanzó un señalado triunfo en su intervención y todos quedaron admirados de su conocimiento profundo y de su sagaz sentido político para plantear soluciones que redimieran a las negras del África de su irregular estado actual, nada democrático.

Aunque los líderes socialistas extranjeros tenían intención de visitar Euzkadi, las Servicios de Seguridad del Partido aconsejaron que se demorase el viaje. La víspera (14 de noviembre) E.T.A.-militar había volado el Puente de la, Victoria, de Bilbao, como natural y legítima protesta ante el hecho bochornoso de que todavía siguiese llamándose así, igual que cuando lo reconstruyó el fascismo. En un enfrentamiento

con los gudaris (que ahora se encargaban del orden público en el Estado eúskaro), que tuvo por escenario el Barrio Viejo de San Sebastián, habían sido heridos siete manifestantes, porque resultaba que los gudaris también disparaban balas de goma, como los «grises» de la represión. Ello motivó manifestaciones multitudinarias en Galdácano, Tolosa, Durango y otras poblaciones, en señal de protesta airada. El Lendakari reunió urgentemente al Gobierno Vasco y se decidió poner en inmediata libertad a los detenidos; a pesar de lo cual, E.T.A.-militar no picó el anzuelo y distribuyó un comunicado en el que denunciaba que la Democracia seguía siendo una mentira y que ellos continuarían luchando incansable y violentamente hasta obtener la verdadera independencia de Euzkadi, rechazando de paso, una vez más, el amañado contubernio de aquel Gabinete autónomo orquestado desde el Poder Central.

Lo peor no era esto; lo peor era que la gran actividad diplomática desplegada por el Gobierno de Euzkadi para conseguir el ingreso del Estado Vasco en la Comunidad Económica Europea, no lograba avanzar de forma eficiente. Los mandamases de Bruselas se inventaban toda clase de pretextos (como hacían también con la similar petición de Catalunya); pero la verdad era que les preocupaba la competencia de la industria siderúrgica eúskera. Aunque el encargado del Secretariado de la Industria en el Gobierno Vasco había leído un informe optimista en la última reunión del Gabinete, celebrada cabe el añoso y tradicional árbol de Guernica.

—Puedo anunciaros —dijo, naturalmente en vasco— que, de seguir al ritmo actual, a comienzos de 1979 la industria pesada de Vizcaya estará al 7 por ciento de su rendimiento posible. Por otra parte, el número de centros fabriles trasladados a otros países del Estado Español alcanzará entonces un 37 por ciento de la totalidad. Y los capitales evadidos, el 64 por ciento. Con ello, el necio argumento del Mercado Común para no admitir a Euzkadi en la Comunidad Económica Europea caerá por su base. Confío, pues, en que dentro del año próximo la ikurriña se alinee con las demás banderas europeas, en la sede del M.E.C., en Bruselas…

Fue muy aplaudido y, como medida diplomática, se acordó enviar una *txapela* de lujo al presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad y nombrarle socio de honor del Athletic, a ver si se ablandaba. La Comisión nombrada al efecto la presidiría el abogado Bandrés y de ella formarían también parte Iríbar, más conocido por *el Chopo*, así como los «extrañados», que aunque, desde la tímida amnistía aprobada por las Cortes en octubre del año anterior, podían considerarse enteramente libres, mantenían su actitud rebelde y negaban virtualidad a una medida que bajo ningún aspecto podía llenar sus aspiraciones. Por ello, estaban en gira permanente por Euzkadi, interviniendo en *shows* político-musicales en los cuales, tras el baile de los espatadantzaris y otras muestras del rico folklore vasco, se lanzaban enérgicas proclamas pidiendo la «total, auténtica, plena e ilimitada amnistía para todos los

delitos futuros de intencionalidad política, autonómica o democrática», así como la concesión de la Gran Cruz del Mérito Civil a *Apala*.

A Felipe le disgustó bastante esto de no poder hacer turismo con sus colegas europeos por Euzkadi, pero lo compensó viajando a Estocolmo, Oslo y Copenhague, donde fue recibido con todos los honores por los respectivos jefes de Gobierno, a quienes expuso detalladamente la situación del Estado Español y la buena marcha de la democratización de las nacionalidades de los Países Ibéricos. Le había cogido el gusto Felipe a eso de los viajes, sobre todo desde que lo pasó tan bien recorriendo en góndola los canales venecianos; sin embargo, el ala radicalizada del Partido no se mostraba partidaria de tales afanes peripatéticos de su secretario general y así se lo expuso, a su regreso, Enrique:

—Mira, sinceramente: se te acusa de aburguesamiento. Cada día usas más la corbata, en las recepciones de Palacio haces unas reverencias que recuerdan aquellas de Carlos Arias a doña Carmen Polo y las mujeres opinan que te estás poniendo fondón…

—Esos embustes los fomenta el P.S.P., que sigue sin poderme ver. Estoy más en forma que nunca… —tranquilizó Felipe.

—La última encuesta que hemos realizado demuestra que tu popularidad ha bajado en un 12 por ciento. Se te acusa de no ser estadista.

—¿Y cuándo he dicho yo que lo fuera? —tronó Felipe—. Yo aseguré que daríamos el golpe en las elecciones y ya lo viste: de hecho, fuimos los vencedores. Era de lo que se trataba, ¿no? En una democracia como Dios manda… —rectificó, ante la impropiedad política de la frase hecha—; bueno, quiero decir, en una democracia como debe ser, lo único importante es ganar las elecciones. No se nos puede pedir, encima, que gobernemos ni que seamos estadistas y otras sandeces propias de mentalidades autocráticas. Nosotros estamos en la arena política para arrebatar a las masas, sacarles sus votos y defender las libertades del pueblo.

—Ahí está el problema: el pueblo se queja de que todo va de mal en peor…

—Eso es lo que dice Fraga; pero Fraga es un autoritario de narices. Es un residuo del franquismo; de aquel régimen oprobioso que tenía la manía de edificar y dar trabajo a la gente, pero que se pasó cuarenta años violando los Derechos Humanos, que nosotros hemos restablecido.

—Te acusan de haber fracasado. Los más exigentes dicen que es normal que fracase el Partido que está en el poder; pero que, al mismo tiempo, fracase la oposición, parece inconcebible.

—Son todos unos nerviosos. Espérate a que alcancemos la mayoría absoluta en las próximas elecciones y ya verás tú lo que es gobernar. Comenzaremos por desmontar todo lo que queda del franquismo, que todavía es demasiado. Derogaremos, naturalmente, lo del control de censura del Gobierno, que ahora hemos

defendido, pero que no puede valer cuando estemos nosotros en el Gobierno y llevaremos a buen término la tan deseada reforma de la Administración de la Justicia…

Era un ambicioso proyecto. La caduca institución de los Tribunales Penales Colegiados, a base de tres o cinco magistrados de carrera que se aburrían tantísimo en las vistas orales, se sustituiría por un Jurado de Hombres de Bien, integrado por un sicólogo, tres representantes de los partidos políticos de la mayoría parlamentaria y una mujer que reuniese las condiciones de mayor de quince años, ser madre soltera o adúltera declarada y declarar su agnosticismo en materia de religión. Al público asistente a los juicios orales se le entregaría a la entrada una papeleta y, al terminar las vistas, oídos el ministerio público, la acusación particular (si la hubiera) y la defensa, el Jurado de Hombres de Bien daría su veredicto. Este veredicto se sometería a votación entre el público quien, democráticamente, decidiría la sentencia.

En la jurisdicción laboral, ni que decir tiene que se suprimiría la nefasta y fascistoide institución de las Magistraturas de Trabajo, que además ya no tenía objeto, toda vez que se despenalizaban por entero las faltas que pudiesen cometer los trabajadores, para los que se entendía vigente una amnistía laboral perpetua. La plena legalización de la huelga, cualquiera que fuesen sus características, hacía también innecesario el tratamiento legal de la cuestión. Quedaban así tan sólo como materias a sancionar ante la jurisdicción social las deudas de la empresa, los desmanes de la empresa y la variada gama de atentados contra la dignidad humana de sus empleados que podía cometer la empresa. Para enjuiciarlos, se creaba un Comité Obrero Sancionador, integrado por los representantes de las Centrales Sindicales, en el que actuarían como asesores técnicos los letrados de los distintos bufetes colectivos de aquéllas.

La empresa, sin embargo (acreditando la pureza jurídica del sistema), podía ser defendida por abogado en ejercicio, a favor del cual debía aquélla suscribir, previamente al acto del juicio, un seguro de vida.

Pero las innovaciones más audaces aparecían en el campo de la jurisdicción civil. Comenzando por la derogación del arcaico sistema de nombramiento de funcionarios de la carrera judicial y fiscal por oposición; en lo sucesivo, los jueces y los fiscales serían designados luego de una elección democrática, entre licenciados en Derecho de los tres sexos (ya que en la sustancial reforma legislativa se consagraba asimismo la plenitud jurídica del llamado «tercer sexo» y la absoluta igualdad de derechos, incluso matrimoniales, de los homosexuales). Desaparecían instituciones jurídicas tan carentes de sentido como la herencia, la patria potestad y la tutoría; se limitaba drásticamente el derecho de propiedad; perdían las letras de cambio su nefasta posibilidad de ejecución, caso de no ser pagadas y se reconocía el derecho de los inquilinos a dejar de atender los recibos durante tres meses consecutivos o seis

alternos, por causas fundadas de desempleo, enfermedad u otras de intencionalidad política. Toda una renovación a fondo del sistema judicial. Aunque, como bien decía Felipe, justamente amargado:

—Pues ya verás como no falta quien nos tache de marxistas retrógrados…

—Bueno; eso es envidia…

—Y que lo digas. Envidia de nuestras Centrales Sindicales, que se han llevado toda la clientela de Comisiones Obreras… —se ufanó Felipe.

—Dale las gracias al presidente. Su pacto con Santiago nos vino de perlas.

—Claro. ¿En qué cabeza humana cabe que los obreros de U.C.D. (si es que tiene alguno, oye, que yo diría que no) se mezclen con los comunistas? Pero claro, como los señoritos de U.C.D. se olvidaron del sindicalismo…

—Esta mañana estuve en Magistratura de Trabajo…

—Un residuo franquista con el que hay que terminar cuanto antes…

—Ya, ya. Pero, de momento, sigue. Y hemos de luchar allí, hasta que saquemos adelante la tan anhelada Ley Orgánica de la Justicia Democrática.

—Bien, ¿qué pasa en el cubil de las Magistraturas?

—Que los chicos de nuestros bufetes colectivos han barrido, oye… Los de Comisiones tienen cada vez menos clientela; me recuerdan aquellos pobres letrados sindicales del verticalismo, que a última hora no encontraban un mal pleito que llevarse a la boca…

—Me apetecería ir un día por allí, en plan de abogado. Porque yo soy abogado laboralista, ¿te acuerdas? —indicó Felipe.

—Es verdad, oye… —recordó Enrique, con cierta sorpresa.

Efectivamente, merecía la pena ir por Magistratura del Trabajo y seguro que Felipe lo hubiese hecho, a no ser por la ingente tarea que su servicio a la causa del P.S.O.E. le exigía. Las jóvenes generaciones de abogados laboralistas de la Libertad llevaban ya años luchando por borrar el lastimoso aspecto de aquellos tribunales, que debían ser modernos y alegres y democráticos; y, en parte, habían logrado realmente cambiar las formas externas. Ya no se veían apenas letrados vestidos rigurosamente de negro, como cucarachas, sirviendo las vetustas normas de la anterior Ley Orgánica, que en tiempos exigió cumplir el colegio profesional. Ahora los abogados se vestían como les daba la gana y si todavía se colocaban la toga, era porque en el fondo comprendían que se trata de una prenda que favorece. Pero ya se había elevado un escrito al decano, firmado por varias docenas de señoras y señoritas ejercientes, solicitando la venia para utilizar en verano una «minitoga» que les aliviase del calorazo que produce la tradicional y larguísima.

Estos chicos, jurisperitos de la Democracia, con sus barbazas tremendas y sus aires tristes, aparecían con camisa a cuadros, pantalones vaqueros y zuecos y había que reconocer que la toga no desentonaba demasiado sobre semejante vestimenta,

porque la toga es símbolo de la Justicia y lo que importa de la Justicia es la sustancia y no la forma, y ciertos prejuicios anteriores eran sólo consecuencia de mentalidades abotargadas por la autocracia. Los laboralistas de la Libertad revolucionaron formalmente la siniestra casa aquella y era hermoso verles departir con sus clientes, los abnegados obreros, que les tuteaban tan amistosamente y les abonaban, con júbilo, los lógicos porcentajes sobre las cantidades que se cobraban a las ominosas empresas, siempre al borde del delito social.

Porque eso de las crisis y las suspensiones de pagos y las quiebras ya era sabido que se trataba de añagazas de la oligarquía para defraudar al trabajador. Así lo había proclamado, por ejemplo, en una vista ante la 21, Julita Pérez, una de las más eminentes laboralistas del bufete colectivo de la calle del Pez. Julita era más bien enana, feúcha, bastante sucia, con unos pelos lacios que nunca se arreglaba, gafas de miope y cara de mala leche. Solía usar botas, falda de colorines y blusa amarilla, y jamás abandonaba un enorme bolso colgante de piel en el que cabía todo; hasta las Obras Completas de Carlos Marx. Julita tenía una oratoria entrecortada (o sea, cierta tartamudez) y solía olvidarse de los preceptos del Derecho Positivo que había que aplicar; pero su entusiasmo democrático le permitía elevarse a cotas eminentes en el perorar forense.

Aquel juicio contra H.I.S.V.E.N.T.E.S.A., falaz sociedad que había despedido a seis modestos trabajadores porque provocaron una huelga salvaje, durante la que se arrasaron los comedores de la empresa, se destruyeron las mercancías previstas para el envío a los clientes y se mantuvo un paro de veintitrés días, en solidaridad con un obrero sancionado en una fábrica de Guadasuar (Valencia), permitió a Julita enardecer al público que llenaba la sala con sus demoledores argumentos, que no eran demasiado jurídicos, pero sí profundamente democráticos. Hizo un cántico emocionado a la hermandad laboral, a la solidaridad de los trabajadores, al sentido comunitario de aquella huelga, tan hermosa, y cuando terminó, el público estuvo en un tris de aplaudir, pero la campanilla del magistrado no lo permitió.

El otro abogado, el defensor del capitalismo, un tío canoso, todo petulante y chinche, comenzó alegando, el muy desdichado, que H.I.S.V.E.N.T.E.S.A. era una empresa dedicada a la distribución de medicinas a los hospitales y clínicas y que, a causa de la huelga, muchos centros asistenciales del país, y, desde luego, todos los de Madrid, se habían pasado dos días sin recibir los medicamentos, lo cual suponía, quizá, una prueba de solidaridad bellísima con el obrero despedido en Guadasuar, pero no así con los enfermos de aquellos centros. Pura demagogia, evidentemente. Y aun se permitió argumentar luego:

—En cuanto a la solidaridad de las huelgas, yo no *sé si* mi distinguida compañera, tan joven para su fortuna, tendrá noticia de la ilustre personalidad que escribió, hace más de cuarenta años, que la supuesta solidaridad de las huelgas constituye una

inmensa falsedad, porque bajo su pretexto se perjudica a muchísimas más personas, en una evidente prueba de falta de solidaridad real. Eso lo dijo don Julián Zugazagoitia; aclararé a mi compañera que Zugazagoitia era entonces ministro de la Gobernación con don Juan Negrín y pertenecía al Partido Socialista.

Naturalmente, Julita no tenía idea de quién era Zugazagoitia —ni falta que le hacía— y en conclusiones se mantuvo en sus trece y salió de la sala en olor de muchedumbre. Las muchedumbres improvisaron después una manifestación en la calle de Orense y marchaban dos centenares de personas con unas pegatinas sobre la camisa que decían: «Ésa, ésa, ésa — al cuerno los de H.I.S.V.E.N.T.E.S.A». y todos levantaban el puño (algunos, despistados, el derecho) y daban gritos de «España mañana — será republicana» y el que encabezaba el festejo agitaba con ímpetu una bandera tricolor. Porque ya se sabía que Felipe había decidido enfrentarse públicamente con la Monarquía, a la que también consideraba secuela del franquismo, y en este sentido se mostraba irreductible y ni siquiera el presidente logró convencerle para que disimulara un poco, a pesar de que el secretario del P.S.O.E. le había ofrecido en cierta ocasión, muy cariñosamente, la lumbre de su mechero Bic, al fallar de manera lastimosa e inoportuna el gas del Dupont presidencial.

Aquella misma tarde, las Juventudes Socialistas organizaron un mitin en favor de que se reformara la Ley Electoral, de modo que pudiesen votar los ciudadanos de las nacionalidades del Estado Español desde que tuvieran cumplidos los 16 años. El acto se celebró en un «kindergarten» de la Colonia del Viso y en él hicieron uso de la palabra Miguelito Pineda, alumno de tercero de B.U.P.; Pilarín Valmaseda, que estaba empezando el C.O.U.; José Francisco Cunill, aprendiz de E.N.A.S.A., y el recoge-pelotas del Club de Tenis «Sierra Verde», Manolito Sánchez, que iba para campeón. Cada uno de los oradores representaba a un distinto Partido de la izquierda, ya que el mitin tenía carácter solidario. Todos estuvieron muy brillantes y leyeron sus cuartillas con el mismo desparpajo (o quizá más) con que lo hacen los señores diputados en el Congreso.

Al final, en un emotivo contraste generacional, arengó a los asistentes doña Victoria Kent, que si bien, al principio, asustó con su aspecto a alguno de los jóvenes participantes en el mitin, terminó por metérselos a todos en el bolsillo, con su oratoria fogosa, brillante y emotiva. Dijo la dama a quien, en los años treinta, había que pedirle aquello del «ondulen a la permanent», cosas tan lúcidas como éstas:

—¡Seguimos sin democracia, seguimos sin libertades! ¡Esto es una farsa gubernamental! ¡Pioneros de la verdad marxista, luchad por alcanzar la igualdad legislativa! Aunque, bien pensado, ¿qué cabe esperar de una legislación que no se nutre de sabias experiencias, de doctos conocimientos jurídicos como los míos, que para algo fui directora general de Prisiones, queridos chiquitines, amados paladines

de la Libertad?

Terminado el simpático acto, parejas mixtas de adolescentes se repartieron por distintos barrios de Madrid (excepto el de Salamanca, porque allí anidan los de Fuerza Nueva) y como demostración de que, a los 16 años, se es ya un hombre hecho y derecho (o una mujer, igualmente hecha y derecha) hicieron el amor públicamente en jardines y plazas y por las esquinas, y hasta en la Cibeles, entre los aplausos de los viandantes. Terminados los coitos (que eran rapidísimos, habida cuenta de la prepotencia juvenil de los copulantes), éstos aireaban una pancarta en la que se leía: «SI YA PODEMOS FOLLAR - ¿POR QUÉ NO HEMOS DE VOTAR?» No se produjeron incidentes graves y sólo en Usera un exaltado del P.T.E., que salía de la tasca algo bebido, intentó cohabitar con la muchacha propagandista, sobre la que se abalanzó cantando *La Internacional* y dando vivas a la Democracia. Fue fácilmente reducido por los servicios de seguridad del P.S. y, honestamente arrepentido, aclaró que había obrado de tal manera por motivos meramente de intencionalidad política, de entusiasmo marxista; en ningún caso, ¡faltaría más!, impelido por pasiones burguesamente eróticas. El público acabó aplaudiéndole y tomando copas con él, iniciándose luego una pequeña manifestación, con los propagandistas (ya vestidos, porque pegaba el frío) delante, gritando todos otro de los *slogans* de la campaña:

—¡Ya lo veis! ¡Ya lo veis! ¡Voto *pa* los dieciséis!

Estaba prevista, asimismo, una marcha sobre la Moncloa, integrada por los alumnos de segundo y de tercero de B.U.P. de la mayoría de los colegios de la capital, encabezados por sus profesores y maestros. Hubo que desistir de ella, ya que el presidente estaba de viaje (en tercera edición, corregida y aumentada) por diversas capitales de la Comunidad Económica Europea. Viaje fructífero, según comunicó al país el apuesto don Pedro Macla en «Ultimas noticias». Facilitó asimismo R.T.V.E. un reportaje filmado, donde se veía al presidente bajando de un Mercedes y dando la mano y repartiendo sonrisas a unos señores muy estirados, que le saludaban, la verdad sea dicha, con cara de circunstancias. Luego aparecían todos sentados en una larga mesa y la cámara hacía esfuerzos para que se viese también al señor ministro de Asuntos Exteriores, que como es bajito acababa fatalmente tapado por uno de aquellos grandullones rubios, jerifaltes de la C.E.E.

En la subsiguiente conferencia de prensa, que el presidente celebraba en la Embajada del Estado Español, se le acercaba el micrófono y el presidente, con voz mesurada y gesto impecable, transmitía a los ciudadanos de las nacionalidades del país sus optimistas impresiones:

—La reunión ha sido muy cordial, y evidentemente positiva. Hemos abordado también el problema de la pesca. Debo reconocer que he sido recibido con singular afecto por todos. Evidentemente, habrá que orillar algunas cuestiones técnicas; pero no cabe duda de que hemos dado un paso importante y constructivo en nuestra

integración en la «Europa de los 9».

Los televidentes sentían que el júbilo les inundaba, pero segundos más tarde el micrófono se ponía delante del jerifalte de la C.E.E. o del ministro del país visitado, quienes precisaban:

—Comprendemos los problemas de los pescadores españoles, pero debemos salvaguardar antes nuestros derechos, aunque, indudablemente, contemplaremos el caso con la debida atención… El Mercado Común acogerá con cariño a España en cuanto queden resueltas ciertas cuestioncillas que afectan a la competitividad… ¡Qué duda cabe de que España es Europa y Europa necesita a España! Pero el tema es complejo, si bien se estudia concienzudamente… ¿Plazo? ¡Oh, no, de plazos nada!

Los televidentes, entonces, ponían freno a su anterior explosión de gozo y se disponían a escuchar el *Concierto en si bemol* o la retransmisión de la ópera *Un ballo in maschera*, de Verdi, que ofrecía a continuación la pequeña pantalla. Porque R.T.V.E., pese a continuar vinculada a la Administración en calidad de Organismo Autónomo (el P.S.O.E. tenía presentada a las Cortes una proposición de ley para que, ya de una, la televisión pasara a manos de los partidos políticos y funcionara democráticamente, en beneficio de sus abnegados telespectadores), estaba muy cambiada. Los programas culturales y, de modo especial, los espacios musicales, ocupaban ahora el sesenta por ciento de la programación diaria. El resto se cubría con los informativos, los telefilmes de tiros, alguna película larga, y, ni que decir tiene, un espacio semanal a cargo de Migo.

En esta reforma de R.T.V.E., realizada en busca de la potenciación de sus funciones culturizadoras, se había comenzado suprimiendo drásticamente todos los programas deportivos; pero llegaron, a Prado del Rey (y a la Moncloa también) millares de telegramas de protesta y en el Estado Bético (Andalucía Occidental) y en el Cantón Autónomo de Cartagena y en el Enclave Libre de Fregenal de la Sierra y, sobre todo, en Euzkadi y en Galizia hubo airadas manifestaciones quejándose de semejante medida, y entonces el presidente, convencido de su impopularidad, y pensando en los electores, pactó con el Comité Democrático Regidor de Programas y se llegó a una fórmula equitativa y salomónica: los domingos, a las veinte horas, se retransmitiría el correspondiente partido de fútbol. Pero sin voz en *off* del comentarista, sustituida por fondos sinfónicos del gran repertorio clásico: Wagner, Beethoven, Liszt, Bach… Aunque inicialmente el sistema sorprendió un tanto, acabó prendiendo y era de ver la habilidad de los encargados de los efectos musicales para colocar el *allegro* de la *Quinta sinfonía* a renglón seguido de que Esnaola detuviera un penalty. O la *Marcha fúnebre* de Chopin cuando el alemán Muller marcó un gol a la selección, que supuso la derrota del equipo colorado, en un encuentro amistoso internacional celebrado en el Estadio Olímpico de Berlín.

Y que dejó tristísimos a los 786 trabajadores españoles que asistían al encuentro,

en representación entusiasta de los 1 348 que todavía continuaban bajo contrato en Alemania, pero que ya preparaban sus maletas, porque en Navidad tenían que volver inexcusablemente a casa. Ya lo había dicho el señor Oreja:

—El problema de los trabajadores españoles, después de las numerosas gestiones realizadas por el Gobierno, y, especialmente, a raíz del viaje del presidente a Bonn, se encuentra en claras vías de solución.

¿Qué solución más hermosa que el regreso al hogar patrio?

VII

España ha recobrado la plena independencia de su soberanía. En uso de ella, proclama bien alto su amistad hacia los grandes pueblos europeos que en estas horas trágicas de Cruzada Nacional están con nosotros: la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y el Portugal de Oliveira Salazar. A los pueblos de Inglaterra y Francia se lo ha advertido ya, con toda lealtad, el Caudillo Franco: que no se sorprendan mañana si nuestra política exterior cierra sus puertas a quienes, en días de prueba para nuestra patria, nos demuestran su enemistad.

JOSÉ MARÍA DE AREILZA
discurso en el Coliseo Aleia, de Bilbao
el 1 de junio de 1937

El señor Conde bebió despaciosamente un vasito de agua mineral, sin gas. Estaba el señor Conde en su finca de Motrico, pasando revista a la prensa madrileña del día anterior, y se tropezó con un artículo infamante en *El Alcázar*. Hacía ya tiempo que *El Alcázar* la tenía tomada con el señor Conde y gustaba de reproducir viejos textos suyos, con manifiesto retintín e indudable insolencia. El secretario del señor Conde le preguntó:

—¿Enviamos una rectificación?

—No, no merece la pena —contestó el señor Conde—. Ante semejante cerrilismo, lo mejor es el desprecio.

Tenía razón. Llamar a estas alturas «camarada» al señor Conde eran ganas de trastocar la historia, de hacer demagogia fácil a costa de una trayectoria política tan diáfana como la suya. Ya lo había dicho el señor Conde, en una de aquellas reuniones nocturnas que *ABC* convocó, en los días anteriores a las elecciones generales de junio del 77:

—Mi línea de conducta ha estado siempre marcada por el patriotismo.

Evidentemente. Por eso aceptó ser alcalde de Bilbao, en tiempos difíciles, y enardeció a las multitudes con sus discursos patrióticos, vestido de camisa azul, que era lo que entonces demandaba la Patria. Pensando en ella, escribió, colaborando con Castiella, *Reivindicaciones de España*, hermoso libro que entusiasmó a los jóvenes de los años 40 y que, sin embargo, no sería prudente reeditar ahora. Porque la política es el arte de la mutación, supone la gran estrategia de la oportunidad. Todo, siempre y como es natural, para mejor servicio de la Patria. En esa línea, el señor Conde desempeñó con brillantez sus trascendentales embajadas —Buenos Aires, París, Washington—, representando al Gobierno de Franco, si bien su sentido patriótico le hizo pronto intensificar su colaboración con otro ilustre Conde (el de Barcelona) y, a través de una abnegada labor de consejo, mal entendida por los mendaces de costumbre, ir sentando con Don Juan las bases de la España del futuro, para paliar en

lo posible los contumaces errores políticos del entonces Jefe del Estado.

Muerto el Dictador, fue el primer mensajero por Europa de la naciente democracia, cuando sus méritos patrióticos se reconocieron de nuevo, ahora con una cartera ministerial, y ahí estaba su controvertido *Diario*, como prueba inatacable de la eficacia de aquella difícil gestión. Bien es verdad que ese libro había desatado contestaciones y desmentidos; pero ninguno de todos ellos logró desvirtuar la realidad incuestionable de la magna tarea que el señor Conde había desarrollado durante sus meses de ministro de Asuntos Exteriores. Después vinieron sus disidencias con los compañeros de Partido que acabaron marginándole del Centro, de cara a las elecciones. Fue, sin duda, un grave error del Centro. En su posterior y dignísima postura de independencia, el señor Conde había consolidado la integridad de su patriótica actuación de siempre.

Por eso rechazó las sutiles insinuaciones de Felipe, que bien hubiera querido llevarle a sus filas, aunque el señor Conde asistiera a un mitin-verbena del P.S.O.E., incluso con pegatina en la solapa (según contó *Informaciones*;) pero se trataba, tan sólo, de una prueba más de su amplio sentido democrático. Tuvo que desmentir su integración en el naciente Partido Liberal, en octubre del 77, ya que, pese a sus concomitancias con la idea básica del nuevo grupo político, tampoco acababa de llenar sus afanes patrióticos. Y seguía el señor Conde, al año de aquello, oteando el horizonte del país, atento a la problemática nacional, fiel a la Corona (eso, por encima de todo, especialmente desde que Don Juan de Borbón renunció a sus derechos dinásticos, en hermoso y magnánimo gesto) y dispuesto a entrar en el ruedo de la política en cuanto su sentido del deber patriótico se lo aconsejase.

En el mientras tanto, leía, escribía sobre sus experiencias, tan múltiples, de luchador por la Patria y estaba, incluso, dispuesto a sacrificarse en un cargo público (importante) si para ello era requerido desde la Zarzuela. ¡Cuántos partidos hubiesen deseado contar entre sus líderes con el señor Conde! ¡Cuántos hubieran aceptado todas sus condiciones, con tal de poder incorporar su noble imagen, serena y canosa, a la iconografía propagandística de sus programas! No en balde lo reiteraba en sus artículos Ricardo de la Cierva: el señor Conde tenía aún mucho que decir en el escenario agitado de la democracia naciente. Él, sin embargo, aguardaba cautamente. Fiel a unos principios ideológicos jamás desmentidos, firme en su postura de dignidad y de servicio al supremo interés de la Corona. Aunque dolorosamente escéptico en cuanto al ajeno reconocimiento de sus fidelidades, por lo que había escrito en su *Diario*: «¡Oh, Celtiberia, madre fecunda de intransigencias!»

Porque había gentes viles que se negaban a admitir la honestísima trayectoria política del señor Conde; pero es que ya se sabe lo puñetero que es este país nuestro y la mala uva que llevan dentro muchos de los que escriben en los papeles. Hasta el punto de que no se detienen en sus infamias ni siquiera frente a los príncipes de la

Iglesia; y así, el cardenal Enrique y Tarancón, ilustre burrianense, era objeto de falaces ataques por parte de ciertos escritorzuelos pre-conciliares, que no le perdonaban su talante liberal, su sentido democrático numerosas veces manifestado y el que le gustase tanto fumar puros habanos. En la nefasta revista *Auras Imperiales* habían publicado un canallesco artículo, recordando caducas y añejas manifestaciones públicas del Episcopado español, hechas en los tiempos en que tan tristemente estuvo sometido al yugo franquista.

En ese panfleto vil se sacaba a colación lo que los arzobispos españoles dijeron a sus fieles en una exhortación colectiva de marzo de 1955: «El derecho y el deber de prohibir libros compete a la suprema autoridad eclesiástica para toda la Iglesia… La ciencia sin moral es un nombre vano». (Esto era de Balmes). Y en la declaración de 1 de abril de 1956 (coincidente con el entonces Día de la Victoria), habían manifestado: «En la filosofía no cabe la neutralidad; ni puede un católico reconocer como maestro a un ateo o un materialista». En 31 de mayo de 1957, los obispos habían sido mucho más explícitos en sus condenas morales: «Un ambiente de excesiva libertad doméstica permite a los hijos y a las hijas ausentarse del hogar demasiadas horas y hasta días enteros… La pornografía clandestina pone en juego todas sus armas para fomentar el libertinaje moral… ¿Es tolerable todo lo que ven en nuestras calles, sobre todo en las poblaciones importantes, los ojos honestos y los niños inocentes?… No necesitamos subrayar la plaga de desnudismo que invade nuestras calles, sobre todo en verano, y no siempre por culpa de los turistas que vienen de allende las fronteras».

Si esto decían los ordinarios en 1957, ¿qué habría que decir ahora, en el otoño de 1978, cuando todo el cine pornográfico se proyectaba en las pantallas españolas, cuando los concursos de *strip-tease* eran normales, cuando el adulterio y el aborto y el divorcio se consagraban legalmente? *Auras Imperiales* clamaba contra monseñor Tarancón, a quien hacía responsable de tanto desafuero y le recordaba que en aquel mismo documento, sus antecesores en el Episcopado de la (entonces) católica España habían denunciado «los bailes modernos, tortura de confesores, virus de las asociaciones piadosas, feria predilecta de Satanás». Y la prostitución, «sentina adonde van a parar tantas desgraciadas mujeres, víctimas del abandono familiar, del vicio, de la miseria». Y el «paganismo de los grupos y parejas que imitan en la calle y, mucho más, en las afueras de las poblaciones, en los parques y lugares solitarios, lo que ven hacer a los ídolos del cine y del teatro, ayunos de pudor y analfabetos en moralidad».

El cardenal terminó de leer el grotesco artículo con una sonrisa naturalmente irónica, porque sólo con inteligente ironía podían contemplarse, a las alturas del otoño del 78, aquellas admoniciones de los arcaicos obispos de casi un cuarto de siglo antes. Y encendió otro Montecristo y le pidió a su familiar que le pasara los asuntos del despacho del día y se dedicó a estudiarlos, prestando especial atención a las 47

peticiones de secularización que elevaban otros tantos sacerdotes de distintas diócesis, todos ellos basándose en que habían descubierto el amor carnal y mantenían relaciones sexuales con atractivas señoritas que estaban deseando terminar con tan irregular situación uniéndose en matrimonio canónico con los atribulados clérigos.

Este tema de las (para ellos) intolerables herejías eclesiásticas constituía una de las obsesiones de los grupos «ultra» de la extremísima derecha. Los grupos «ultra» de la extremísima derecha habían constituido el F.P.N.C.O. (Frente Patriótico Nazi Confesional y Ortodoxo) y estaban dispuestos a luchar hasta el exterminio por la restitución de los valores morales eternos de España, una e indisoluble. Conscientes de su sagrada misión, se juramentaban para cumplirla siguiendo viejos ritos germánicos (se practicaban una hendidura en las venas e intercambiaban su sangre) y habían declarado la Guerra Santa a la Democracia. Eran unos tres mil en todo el país, pero alborotaban de manera incansable.

Su oficina central estaba en Madrid, en una planta baja de la calle del Dos de Mayo, escogida precisamente por la significación de la fecha patriótica. La decoración reproducía con asombrosa fidelidad la sala de mandos del «bunker» de la Cancillería berlinesa y aparecían las paredes repletas de fotos de Hitler, Himmler, Hess, Mussolini, Clara Petacci, monseñor Pla y Deniel, Rommel. Von Brauchitsch, Martínez Anido, Chang Kai-Chek, el coronel Batista y McCarthy. Los empleados administrativos del F.P.N.C.O. vestían guerrera gris parda y se tocaban con casco de acero. Entrando, a la derecha, se encontraba la Oficina de Comandos Incontrolados y el almacén de porras, cadenas y navajas de Albacete.

El F.P.N.C.O. radicalizaba la situación del país (siempre España, para ellos) y exigía, sin más, la lucha armada, la reacción violenta y el ojo por ojo. Tenía la organización dos enemigos seculares, Adolfo y Rodolfo, cuyos nombres, además, rimaban. Sobre estos sujetos no se aceptaba la más mínima vacilación: eran execrables, lamentables y ejecutables. Reunidos cada tarde, a las ocho, los afiliados escuchaban la lectura de párrafos de *Mein Kampf* y, después, cantaban muy afinadamente *Ich hatte einen Kameraden*. Se distribuían el trabajo del día siguiente y a los distinguidos en su fanatismo se les encargaba la honrosa misión de quemar librerías marxistas.

Entrenaba a los comandos de la organización un antiguo *gauleiter* de la S.S., que tenía como segundo al italiano Pietro Consolini, cuya extradición había pedido reiteradamente el Gobierno de su país. Los del F.P.N.C.O. no hacían nada positivo; sólo complicaban más la situación de los Países Ibéricos, integrantes del Estado Español; pero la verdad era que en el otoño de 1978, los países esos no tenían más que problemas, vinieran de donde viniesen, y en medio del desbarajuste general aparecía de cuando en cuando el presidente en la televisión y tranquilizaba a los ciudadanos con aquella frase mágica, tan suya:

—Debemos comprender que estamos pagando el precio de la democracia…

Sucedía que, con la galopante inflación, ese precio se había puesto por las nubes. Los «pactos históricos» de la Moncloa (que ya se acercaban a mil) resolvían poco; con estos «pactos históricos» estaba ocurriendo como en el fútbol con los «partidos del siglo»: que como se juega uno cada tres o cuatro meses, nadie se toma ya en serio la trascendental definición. Lo único que los ciudadanos de los Países Ibéricos comprobaban, sufriéndolo sobre sus maltratadas espaldas, era que con un billete de 5 000 pesetas, de aquellos que se habían puesto en circulación, apenas se podía pagar una comida para tres personas en un restaurante medio; y que una carrera normal en taxi no bajaba de los setenta duros; y que comer merluza era un lujo reservado para los abogados del Estado, pongamos por ejemplo (dicho sea con todos los respetos) de profesión lucrativa.

Ya lo dijo Santiago, con su habitual lucidez, en el mitin celebrado por el P.C.E. en la plaza de toros de Villa del Valle, recién adquirida en propiedad por el Partido:

—Si no sacamos adelante la economía del país, apiñándonos junto a la Corona, el porvenir será difícil. La política es ahora una inquietud subsidiaria; de lo que no se dan cuenta esos partidos demagógicos que incitan al deterioro de la empresa y dinamitan las reservas materiales de nuestra tan querida Patria.

El ataque al P.S.O.E. era claro; porque el P.S.O.E. continuaba en su postura quisquillosa frente al Gobierno, y sus Centrales Sindicales no hacían más que crear problemas; como si no se enterasen de que el 82 por ciento de las empresas estaban en suspensión de pagos, quiebra o crisis laboral y el sistema de nacionalizaciones no era solución. Porque se acababa de nacionalizar el metro de Madrid y los primeros acuerdos de la junta directora fueron suspender las obras en curso de nuevas líneas (herencia del franquismo) y aumentar al triple las tarifas.

La plaza de toros de Villa del Valle iba a dedicarse por el P.C.E. a un conjunto de actividades múltiples, incluida la función natural del coso, que era la de ofrecer corridas. De tal manera que, aunque la época no era demasiado propicia, a mediados de octubre se anunció un cartel bastante sugestivo, en el que figuraba *Chiquito de la Libertad*, un novillero líder de la C.N.T., desde donde estaba desarrollando una importante labor en pro de la democratización de la Fiesta de los Países Ibéricos (antes, Fiesta Nacional).

Sin duda por sus actividades sindicales, a *Chiquito de la Libertad* le habían puesto la proa las empresas y el muchacho carecía de oportunidades para demostrar sus méritos taurinos, hasta el punto de que aquella temporada había actuado solamente tres tardes, con desigual fortuna: broncas en dos toros, silencio en otros dos y los dos restantes, al corral. Pero el valiente matador no cejaba en sus entusiasmos y estaba dispuesto a convertirse en figura de la Fiesta. Desdichadamente, tampoco tuvo suerte en su presentación en la plaza de Villa del Valle: los novillos del

conde de la Corte salieron muy peligrosos y el muchacho se pasó corriendo toda la tarde, entre broncas y protestas de un público que parecía mentira que fuese de izquierdas, porque no le perdonó su desastrosa actuación. Evidente injusticia, ya que en agosto y en aquella misma plaza habían sacado en hombros a Paco Camino, a pesar de que militaba en Alianza Popular.

Chiquito de la Libertad resumió su dolor profesional y su irritación política cuando le pusieron delante los micrófonos de Radio Bética Occidental:

—Lo que pasa es que estos toros son franquistas, me tienen manía y por eso van al bulto…

En la plaza de Villa del Valle se celebraron numerosos actos, de todo tipo, organizados por el P.C.E.: desde una Misión dirigida por el padre Llanos, con la colaboración del padre Díez-Alegría y el ex padre García Salve, hasta un recital *folk*, con la actuación estelar de Joan Manuel Serrat.

Estaba el magnífico cantante bastante marginado en los últimos tiempos, como si su voz hubiese dejado de interesar desde que ya no era noticia su militancia antifranquista. Pero esto no tenía que ver con sus méritos artísticos, que se mantenían incólumes, a pesar de que había rebajado sensiblemente sus honorarios, en relación con los que cobraba cuando la Ominosa Dictadura.

También se utilizó el coso para representaciones teatrales y el Grupo Independiente T.P.D.I. (Teatro Popular Democrático de Iberia) interpretó *El adefesio*, de Alberti, con gran asistencia de público, que incluso ovacionó al final, cuando despertó sobresaltado con los primeros aplausos de los entusiastas. Se pusieron asimismo en escena *Fuenteovejuna* (con participación, como coro, de los vecinos del pueblo que pertenecían a los partidos de izquierda) y *La Verbena de la Paloma*, cantada por la Compañía José Serrano, procedente de la Zarzuela (se entiende, teatro) de Madrid. Antes de la función, el erudito local Manolo Estriñes, del Comité Provincial del Partido, explicó la intencionalidad política de la inmortal obra de nuestro inmarcesible género lírico:

—Se trata, evidentemente, de un duro alegato contra la burguesía y el capitalismo, identificados en el libreto en el viejo boticario Don Hilarión. Julián representa al pueblo trabajador y oprimido; Casta y Susana podemos entenderlas como la Libertad y la Democracia, acechadas por la vileza del burgués. Indiscutiblemente, la *señá* Rita es el Centro, la vacilante actitud permisiva, que nunca resuelve nada y sólo sirve para dar consejos y enzarzar la lucha social…

A pesar de semejante explicación, el público lo pasó en grande con la zarzuela y eso que fallaron los micrófonos cuando el dúo y sólo quienes lo conocían pudieron enterarse de que el pueblo trabajador y oprimido le preguntaba a la Libertad dónde iba con mantón de Manila (símbolo de la seducción capitalista) y la Libertad le contestaba que a lucirse y a ver la verbena, mientras el oprobioso burgués se

escabullía a la hora de los tortazos, como hacen siempre las derechas españolas claudicantes cuando hay que pegar tortazos.

También se anunció una obra de Fernando Arrabal, el autor (enano) maldito del franquismo; pero se suspendió la representación porque, diez minutos antes de comenzar, sólo se habían vendido siete localidades. Eran muy listos los vecinos de Villa del Valle, como lo demostraron abarrotando la plaza de toros cuando, en las nocturnas sesiones cinematográficas, se proyectó *La lozana andaluza*, que eso sí que merecía la pena ser visto, con aquella italiana tan maja duchándose a la vista del público.

Por lo demás, aquél era un pueblo eminentemente democrático, que había acreditado su incardinación en la reforma del país desmontando de la fachada de la iglesia (con la colaboración personal del propio párroco) la anacrónica placa de los llamados «Caídos por Dios y por España», que, total, fueron 347 sobre un censo de 2 000 vecinos que tenía la localidad en julio de 1936. Ahora eran más de seis mil habitantes, lo que provocaba evidentes problemas; todo por culpa del franquismo, que construyó un pantano (cargándose, como siempre, la belleza del paisaje) y estableció una absurda zona industrial, donde se construyeron fábricas que llenaban de humo el antes límpido ambiente de la población.

Por aclamación democrática, se habían talado también los árboles que el alcalde de la Dictadura mandó plantar en los alrededores y, ni que decir tiene, se cambiaron todos los nombres de las calles, por lo que la del «Generalísimo», se llamaba ahora «Dolores Ibárruri»; la de «José Antonio», «Carlos Marx»; la de «Hermanos Miralles», «Hermanos Karamazov» y la del «18 de Julio», «7 de Octubre». Se trataba, era indudable, de un pueblo mayoritariamente comunista, y por eso la iglesia se llenaba los domingos y, en el momento de alzar, la banda de música tocaba la *Marcha Real y* el buen párroco desglosaba unas bellísimas homilías, sobre textos del *Che* Guevara, Lenin, Marx y, en ocasiones solemnes, hasta de Nuestro Señor Jesucristo.

Mientras tanto, las fábricas del cinturón industrial estaban en suspensión de pagos y el número de parados alcanzaba el setenta por ciento de la población obrera; para remediar aquello (indudable secuela de la Dictadura, que propició la creación de semejantes empresas), los vecinos de Villa del Valle se manifestaron y decidieron cortar la carretera general, para que los automovilistas circulantes se concienciaran con el problema que angustiaba al pueblo. También enviaron telegramas al presidente y al ministro de Trabajo, que fueron rápida y tranquilizadoramente contestados. (Los vecinos de Villa del Valle desconocían la eficacia del servicio I.B.M. de la Presidencia del Gobierno). Y organizaron asimismo una verbena, para recaudar fondos con destino a los sin trabajo.

Las verbenas políticas constituían la gran atracción del país en el otoño de 1978.

Estaba clara su rentabilidad y por eso se multiplicaron. Como el personal ya no estaba en disposición económica para irse de fin de semana por los alrededores, los partidos promovieron en gran escala esto de las «fiestas populares», que había descubierto antes que nadie (como es natural) el P.C.E.

La cosa consistía en encontrar un parque, jardín o zona suburbana amplia, en la que se instalaban puestos de churros, tiovivos, atracciones múltiples y, sobre todo, un pimpampum en el que se podían usar pelotas (dicho sea en el buen sentido) contra figuras que representaban a los líderes de los partidos contrarios. Al aire libre se cocinaban paellas y chuletas a la brasa y se servían bebidas, a precios más o menos de costo. La campaña de propaganda sensibilizaba a los militantes, que se volcaban con sus familias en el festejo; realmente, gastándose casi menos dinero que en el cine (y no se diga, que en la excursión), iban a pasarlo bomba.

Porque las atracciones eran verdaderamente tentadoras. Actuaban por los micrófonos las primeras figuras de la canción, que para algo eran también del Partido y rebajaban sus honorarios; o sea, que se contentaban con cobrar 200 000 pesetas por su intervención. Luego estaba la cosa incitante de las rifas; se rifaban *posters*, animales vivos, autógrafos de Santiago y, sobre todo, besos, variables en el precio según el lugar donde se depositaran. Y el desiderátum fue cuando muchachas entusiastas, de firmes convicciones democráticas, comprendieron que debían sacrificarse por la causa y aceptaron que también se rifase hacer el amor con ellas. Las pujas alcanzaron cifras muy considerables y el coito se llevaba a efecto ante la multitud, que aplaudía con fervor el orgasmo politizado. Lastimosamente, no se prestaron a entrar en el juego algunas camaradas muy solicitadas por los participantes, tales como Rocío Dúrcal y, sobre todo, Lola Gaos.

Las verbenas (o fiestas populares) dejaban unos beneficios muy saneados a los partidos, que éstos aprovechaban para subvencionar sus periódicos, imprimir pegatinas de protesta por los despedidos y lanzar *posters* con las efigies de los líderes. Algunos recalcitrantes opinaban que también debía dedicarse alguna parte de aquellos dineros a subvencionar a los obreros en paro; pero los partidos, sensatamente, decidieron que para eso estaba el Instituto Nacional de Previsión, triste herencia de la Dictadura, a quien alimentaba el Gobierno con créditos extraordinarios, porque sus disponibilidades andaban a cero. Lo que demostraba la incapacidad del fenecido régimen, que nunca había previsto la cantidad de parados que podía haber en el país una vez que se instaurarse la Democracia como debe ser.

En definitiva (y nadie podía discutirlo), la culpa de todo la tenía Girón, en complicidad con sus adláteres. Así lo denunció en un mitin verbenero Marcelino, entre el clamor entusiástico de los millares de asistentes. Previamente, la fogosa, la vital, la atractivísima Cristina había recordado aquellos penosos festejos sindicales de las épocas fascistas:

—Ni teníamos descanso, ni nos daban educación… —fue su feliz frase irónica, que provocó orgasmos de fervor entre la multitud.

Pocos días después y ante ciertos problemillas surgidos en la factoría de E.N.S.I.D.E.S.A., cuyos trabajadores amenazaban con ir a la huelga, Santiago comisionó a Marcelino para que se trasladase rápidamente a Torrelavega y procurara resolver *in situ* e *in person* la cuestión. Se trataba, naturalmente, de conseguir que los fogosos obreros comprendiesen que, dadas las críticas circunstancias del país, era preciso cooperar serena y sensatamente con la política económica del Gobierno, al que Comisiones Obreras había prometido apoyar en virtud de uno de los pactos signados con el presidente y que, por una curiosa coincidencia, quedaba inserto en la lista de componendas como pacto 1001.

Marcelino llegó al aeropuerto de Barajas a las 11.15 de la mañana; el avión de Santander salía a las doce. O, mejor dicho, debía salir. Porque a las 12.40, y cuando los pasajeros estaban desazonados, sin que nadie les hubiese explicado nada todavía, los altavoces anunciaron que el vuelo tenía una demora aproximada de dos horas, «por razones de tráfico aéreo». Marcelino, resignadamente y como un buen ciudadano, compró más revistas en la librería y se dispuso a esperar. A las 14 horas, los altavoces sonaron otra vez, advirtiendo que el vuelo de Santander saldría, más o menos, a eso de las 15.30. Marcelino (y los dos camaradas que le escoltaban) acordaron, en vista de ello, almorzar en el restaurante y hacia él se encaminaron. Tenían tan mala memoria (o serían las preocupaciones) que habían olvidado que todos los servicios de cafetería y restaurante de Barajas estaban en huelga desde dos días antes y en ésa sí que participaban las CC.OO.

Rehusó Marcelino la oferta de uno de los camaradas de la escolta de acercarse en un taxi al pueblo, para traer algún bocadillo; después de todo —dijo— tampoco pasaba nada por quedarse un día sin comer y él, en los tiempos heroicos de la cárcel, había habituado el organismo a la vigilias, con aquellas huelgas del hambre que, de vez en cuando, promovían los comunistas como protesta por los excesos vejatorios del franquismo con sus presos. En vista de lo cual, compró más revistas y, especialmente, dos números de *Quiz* (que trae muchos crucigramas) y así continuó matando la espera.

Los retrasos en los vuelos de las compañías aéreas españolas eran ahora tan normales (y tan largos), que el Ministerio de Transportes tuvo la feliz idea de sacar a concurso la adjudicación de obras para construir, en la primera planta de la antigua terminal, cincuenta pequeñas habitaciones, con amplia cama, luces de varios colores, espejos en el techo y limpios servicios, en las que los viajeros pudiesen entretener sus esperas haciendo el amor. Naturalmente, había que atender de manera singular a los viajeros solitarios y para ellos, mediante un convenio firmado con el Sindicato Unitario Libre de Trabajadoras del Amor, amables y atractivas señoritas

pertenecientes al mismo estaban siempre dispuestas para ejercer sus funciones profesionales en la cafetería aneja a la planta de habitaciones (o *chambres pour l'amour*). Ello, ni que decir tiene, provocó la repulsa airada de las Vindicadoras Democráticas Feministas, que lo consideraron otra desdichada muestra del machismo ibérico. Para contentarlas, el Ministerio estudiaba ahora la posibilidad de que también las viajeras solitarias encontrasen apuestos mozos dispuestos a satisfacerlas; pero se tropezaba con el inconveniente de que los putos no estaban sindicados.

A las 16.20, por fin, se anunció la salida del avión y los pasajeros se relajaron al sentarse en las butacas del Boeing 727. Ya en el aire, una vez dispensados el cinturón y el tabaco, se encendió el señalador luminoso que indicaba «SÍRVASE USTED MISMO - SELF SERVICE». Sucedía que, tras una huelga de seis días, las Centrales Sindicales que agrupaban a las azafatas y a los auxiliares masculinos de vuelo habían conseguido, entre otras reivindicaciones, que cesara en lo sucesivo la antigua humillación de tener que servir a los viajeros naranjadas o whisky o «cuba-libre». Ahora, en la parte de cola había una pequeña barra y quienes deseaban consumir bebidas, las tomaban por su mano, depositando su importe cuando se trataba de las que, según las normas de la I.A.T.A., no son gratuitas. Mientras tanto, azafatas y auxiliares fumaban sus cigarrillos, charlaban de sus cosas o jugaban al mus, porque la nueva ordenanza laboral reducía sus obligaciones profesionales a la apertura de las puertas del aparato y al cuidado de posibles enfermos o impedidos; también, naturalmente, a la intervención activa en caso de accidente o secuestro aéreo (si es que les daba tiempo).

Marcelino, a quien reconocieron en seguida las azafatas, les firmó sonriente unos autógrafos y les preguntó si estaban satisfechas con aquella conquista social, lograda, en gran medida, gracias al decidido apoyo prestado por CC.OO. al programa reivindicativo.

—Claro que sí, camarada —le contestó Purita, que ya llevaba cinco años en la compañía—. Pero hemos de ir más lejos.

—Siempre hemos de ir más lejos en los logros en favor del mundo del trabajo, que no tiene por qué cargar con las culpas del capitalismo… —confirmó Marcelino.

—Ahora pensamos consultar con los letrados del bufete colectivo sobre la cuestión de los uniformes, a ver si les parece que hagamos otra huelga.

—¿Qué sucede con los uniformes?

—Que el modelo reglamentario que usamos se eligió por la empresa, cuando las bodas de oro, de forma autoritaria y sin contar con nosotras. Y por mucho Elio Bernhayer que sea, nos revienta. Queremos escoger democráticamente el modelo de uniforme.

—Tenéis toda la razón.

—Y, además, queremos tener cinco distintos, porque ya sabes que las chicas

somos coquetas, por muy comunistas que nos sintamos, y esto de llevar todos los días el mismo traje, nos fastidia.

—Lo comprendo perfectamente… —animó Marcelino.

—Entonces, ¿te parece bien lo de montar otra huelga reivindicativa?…

Marcelino bebió un sorbito de naranjada, para darle mayor énfasis a la pausa.

—De todos modos, yo os aconsejaría que esperéis dos o tres meses. Por razones tácticas, ¿comprendes?… —tuvo una idea genial, como suya—. De esta manera, además, podréis estrenar los nuevos uniformes para la primavera, que es la época ideal…

Purita se quedó contentísima y se lo contó en seguida a sus compañeros, y éstos al comandante, que a través de la radio comunicó la buena nueva a todos los aeropuertos nacionales. Por cierto que, al llegar por fin al de Santander, Marcelino se encontró con don Joaquín, que llevaba esperando sus naturales cinco horas para tomar el mismo avión y regresar con él a Madrid, luego de haber asistido en la Universidad Pontificia de Comillas a unas reuniones de trabajo de juristas democráticos, que había tratado sobre la irregular situación de ciertos países latinoamericanos en materia de Derechos Humanos. Marcelino y don Joaquín se abrazaron larga y cariñosamente y el líder de CC.OO. preguntó al pío catedrático:

—¿Cuándo viaja usted de nuevo a Moscú?

—El 23 de noviembre, Dios mediante.

—No sabe lo que le envidio; con tanto trabajo, llevo más de ocho meses sin poder ir por allí.

—Comprendo su desazón. Desde que, en octubre del año pasado, descubrí la verdad de la U.R.S.S., cada estancia mía en aquel país entrañable constituye, créame, un auténtico gozo espiritual.

—Habrá comprobado que la nueva Constitución se aplica ejemplarmente en todos los Estados de la Unión Soviética…

—Ayer lo comenté, en una de las reuniones que hemos tenido en Comillas. Hay que ver el acierto de esa Constitución, tan democrática, tan ejemplar, tan celosa de las libertades humanas…

—Y como también habrá visto —precisó Marcelino—, eso de que en la U.R.S.S. se persigue la religión era otra de las calumnias del franquismo…

—Efectivamente. Yo, cuando estoy en Moscú, voy todos los días a misa de ocho a una iglesia bizantina deliciosa que hay cerca del hotel Rossía y no hay mañana que no me encuentre, oyendo con devoción el santo sacrificio, a diez o doce ancianas.

—¿Pues qué me cuenta del metro?

—¡Qué le voy a contar!

—¿Y del relevo de la guardia en el Kremlin?

—Impresionante. Y muy significativo; revela el alto grado de disciplina, yo diría

que casi ascética, a que ha llegado el noble pueblo soviético en su integración colectiva dentro de una tarea de elevación de su Patria, a todos los niveles, que constituye un ejemplo para muchos países totalitarios decadentes…

—¡Fíjese en Chile!…

—No me hable de Chile, por favor; se me saltan las lágrimas cuando pienso en el martirio de aquellos ciudadanos, víctimas de Pinochet…

Efectivamente, don Joaquín lloró un poco.

—Bueno, bueno; no se ponga usted así —le animó Marcelino dándole unas palmadas cariñosas en la espalda—. Poco a poco iremos arreglándolo todo…

—Dios le oiga, don Marcelino… —sollozó el noble líder de la Democracia Cristiana.

—Pues nada: muy buen viaje. Y muchos recuerdos a Bréznev de mi parte.

—Aparte de eso, ¿quiere usted algo de Moscú?

Marcelino dudó unos momentos. Finalmente, se atrevió a sugerir:

—Hombre… Si no fuera mucha molestia… Mi mujer me está dando la lata continuamente, porque de toda la vida le ilusiona un gorro de visón… Ya sabe; allí eso no está caro…

—Pero hay que pagar en dólares… —precisó don Joaquín, mientras se guardaba el humedecido pañuelo en el bolsillo de su siempre arrugado pantalón marengo.

—Naturalmente, se los enviaré antes de que salga hacia la Unión Soviética…

—¡Faltaría más! Ya haremos cuentas a mi regreso…

—¿De verdad no es molestia?

—De verdad, don Marcelino.

—En la *berioska* del Rossía hay modelos preciosos. Su buen gusto sabrá escoger…

—Con todo agrado…

—Un abrazo, don Joaquín…

Se abrazaron de nuevo. Y mientras don Joaquín se disponía a someterse, dócil y democráticamente, al control de policía, Marcelino comenzaba a repartir abrazos y sonrisas a la comisión receptora de CC.OO. que le esperaba a la puerta del aeropuerto. Antes, sin embargo, tuvo tiempo de comentar con los de su escolta:

—Una gran persona ese hombre. Un ejemplar caso de conversión. Aunque os parezca un disparate, no le veo lejos del P.C.; ¡si no fuese tan beato!…

—Pues ya coincide en algo con Santiago… —ironizó uno de la escolta, que ante la recriminatoria mirada de Marcelino, aclaró en seguida—: Perdona; es una broma…

Con sólo un día de negociación logró Marcelino disuadir a los exaltados de E.N.S.I.D.E.S.A. de sus revolucionarios apetitos, consiguiendo de paso que la empresa readmitiera a los despedidos y éstos desistiesen de sus demandas, que estaban pendientes ya de juicio en Magistratura. A Marcelino le gustaba cada vez

menos aquello de las magistraturas, quizá porque le torturaba el recuerdo de un reciente juicio, celebrado en Barcelona, al que acudió como testigo. Dio mucho que hablar aquella vista y un semanario porno-satírico la bautizó como «El juicio de Babel». Resultó que de los dos obreros despedidos, uno era catalán y otro vasco. Ambos recabaron el derecho a expresarse en sus respectivos idiomas. Fiel a la legislación vigente, aceptó el magistrado; pero como él era de Ciudad Real, tuvo que suspender el acto hasta que se presentasen los necesarios intérpretes. Aumentando la problemática trilingüe, uno de los demandantes se llamaba Pedro Alegre Fuentes, aunque su abogado defensor citaba su nombre, claro está, en la lengua de Guimerá: Pere Joi Font. Y el letrado del vasco lo decía en eúskaro: Pertu Alai Iturri. El demandante vasco, por su parte, respondía a la filiación de Luis Castillo Iparraguirre, por lo que su defensor, cuando se refería a él, decía Koldo Jauregui, y el defensor catalán, Lluís Castell; si bien, en este caso, todos terminaron llamándole Iparraguirre, sin más.

El abogado de Alegre (Joi-Alai) informó en catalán; el de Castillo (Jauregui-Castell), en eúskaro y el de la empresa, que era un catedrático nacido en Palencia, en castellano. Complicando más la cosa, compareció un testigo gallego, que reivindicó también su derecho a *falar* en la lengua de su nacionalidad, y hubo que suspender otra vez la vista y buscar el adecuado intérprete, que finalmente fue hallado en un restaurante de la Barceloneta, especializado en vieiras, centolla y lacón con grelos. Con tan prolija expresión idiomática, el juicio duró cinco días y al secretario de la Magistratura le dio un infarto cuando tuvo que ponerse a redactar el acta, lo que obligó nuevamente a demorar las actuaciones. Se hicieron por último cuatro copias de ese acta, cada una en distinta lengua, pero como las partes respectivas se negaron a firmar aquellas que no entendían, si no les eran debidamente traducidas por persona idónea, otra vez se dictó suspensión de los términos procesales, requiriéndose la intervención de traductores diplomados del Ministerio para las Regiones, que solventaron la cuestión.

Recordaba, pues, Marcelino la anécdota jurídico-lingüística-laboral con evidente perplejidad y más aún porque la sentencia (de la que se distribuyeron asimismo cuatro copias en cada uno de los idiomas, todas ellas debidamente autorizadas por los intérpretes oficiales) resultó adversa para los trabajadores. A Marcelino, que sólo hablaba castellano (entendía algo el francés), la manía aquella de las nacionalidades de los Países Ibéricos no acababa de llenarle, en el fondo, y sonreía ante la creciente moda automovilística de colocar en los coches matrículas de cada uno de los pueblos integrados en el Estado español: en Catalunya, una «C» sobre las cuatro barras, y en Galizia, una «G» cruzada por franja azul, y en Euzkadi una «E», pero, para evitar confusiones, seguida de una «K» y con la ikurriña debajo.

Sin embargo, Santiago, con su gran visión política, aceptaba semejante diversidad

expresiva e incluso había dado las debidas instrucciones para que se editase en las distintas lenguas de los Países Ibéricos la nueva versión libre del *Catecismo* del padre Ripalda que iba a distribuirse entre todos los militantes del P.C.E., para ayudarles a conseguir su perfección espiritual. Esta medida había despertado generales elogios y monseñor Añoveros envió una carta autógrafa a Santiago, muy afectuosa, elogiando su positiva campaña de creciente cristianización de sus fieles seguidores.

Hasta tal punto, que el P.C.E. había organizado un «Tren de la esperanza democrática» hacia Lourdes y el propio Santiago y Nicolás y Marcelino y Simón se aprestaban para actuar como camilleros en la estación, mientras Rafael recitaba poemas y Ana Belén y Víctor Manuel cantaban sus últimas creaciones. La noticia causó gran impacto en el país y los obispos del Palmar de Troya quisieron darse de alta en el Partido; sin embargo, no fueron admitidos, para evitar roces con el Episcopado ortodoxo, que tan bien se estaba llevando con los comunistas (salvo ciertos arcaicos jerarcas de la Iglesia, como monseñor Guerra Campos).

INSERTO III

Felipe estaba ya trabajando. Se había levantado, como todos los días, a las siete de la mañana, fiel a su rigurosa disciplina. Había escrito su diaria carta a tío Willy, contándole exhaustivamente lo sucedido la víspera en el país. Esta comunicación epistolar con el entrañable camarada germánico constituía para Felipe uno de sus más reconfortantes placeres, sobre todo cuando, según ocurría en esta ocasión, tenía que agradecerle la cariñosa transferencia de *deustches-marks*.

El P.S.O.E., tras algunos meses de claro enfrentamiento con el Gobierno, venía colaborando últimamente en cierta medida con él e incluso había suscrito con Adolfo los pactos 978 y 986, sobre temas económicos y con carácter de consenso, al estimar meramente aceptables las ofertas recibidas de la Moncloa. De modo especial, porque suponían un indudable avance en el desmantelamiento de las estructuras autocráticas del franquismo, obsesión constante de Felipe. Ahora se trataba de lograr, ya de una, que la territorialización de las Cajas de Ahorro pasara al régimen de Derecho Público, contrapartida que se iba a barajar en el inmediato encuentro del secretario general del P.S.O.E. con el presidente.

Sonó el teléfono privado. El mismo Felipe lo descolgó, con cierta extrañeza porque no era normal que nadie le llamase tan temprano. Eran las 7.41 de la mañana del 20 de noviembre y el interlocutor gritaba mucho. Felipe separó por ello el auricular de su oído y manejándose con una sola mano (naturalmente, la izquierda) sacó un cigarrillo, se lo colocó en sus gruesos y sensuales labios, sacó luego el mechero Bic y le prendió fuego. Y por fin, contestó, ceceando suavemente.

—No puede ser, hombre; no digas majaderías. Eso no se lo cree ni Raimundo Fernández-Cuesta. A ver si tenemos un poquitín de sentido común…

Desde el otro lado del hilo llegaron voces cada vez más exaltadas. Afirmaciones rotundas, aseveraciones a voz en grito:

—Bueno, bueno. Gracias por la información. Pero no me la creo.

Colgó. Se mesó lentamente su compacto pelo. Dio una chupada honda al pitillo. Pulsó un timbre. En seguida apareció uno de sus secretarios.

—¿Sabes si la *María III* está en el aeropuerto de Madrid? —le preguntó Felipe.

La *María III* era la avioneta, alquilada cuando las elecciones a ochenta mil pesetas por hora de vuelo (más tarde se logró una rebaja), gracias a la cual consiguió llevar a cabo su espléndida campaña en la primavera del 77.

—No sé. Eso es cosa de Helga o, quizá, de Guillermo.

—Localízales ahora mismo. Que tengan dispuesta la *María III* para dentro de una hora, con combustible bastante para una autonomía de vuelo de, por lo menos, seis mil kilómetros.

—¿Algo más?

—Avisa también en seguida a Juan; que saque el coche. ¡Ah! Diles a todos que, a partir de ahora, vuelvo a llamarme Isidoro, hasta nueva orden.

—De acuerdo, Felipe. Perdón, Isidoro… —dijo el secretario, al tiempo que salía a toda mecha.

Descolgó el teléfono y comenzó a marcar el número privado de tío Willy; pero desistió en seguida. Era tan grotesca la noticia, que le ruborizaba transmitirla. Tío Willy, *sin* duda, se reiría de él. Entonces, colocó en el tocadiscos un *long-play* de Massiel, como hacía siempre que quería tranquilizar los nervios. Sobre el fondo melódico de la pastosa y desafinada voz de la compañera del camarada Carlos, pensó unos minutos. Se sirvió un zumo de naranja y tomó después la acidrina, que tan bien le iba para la úlcera. Encendió otro cigarro (Pachi, su médico, le hubiese reñido, de estar allí) y escribió unas notas sobre una cuartilla.

Después, fue a la habitación de su mujer y la despertó.

—Perdona, cariño. Quizá tengamos que salir de viaje dentro de una hora, más o menos. Por si acaso, prepárame una maleta con lo imprescindible y organízate también la tuya…

—¿Estaremos mucho tiempo fuera? Lo digo por los trajes… —preguntó ella.

—No sé. Pero no te preocupes; en Alemania hay unas boutiques estupendas…

—¡Qué alegría me das! ¿Es que vamos a Alemania?

—A ver…

Felipe salió de la habitación evidentemente malhumorado y hasta soltó un taco, a media voz, con acento andaluz. Los tacos con acento andaluz quedan, desde luego, mucho más finos.

VIII

> Salgo de este puesto en actitud de servicio, con una intacta fidelidad para lo que Franco encarna dentro de España. Modestamente, en mi puesto de profesor de Universidad, procuraré seguir sirviendo a los ideales que él representa.
>
> JOAQUÍN RUIZ GIMÉNEZ
> discurso en el acto de su relevo
> como ministro de Educación Nacional
> febrero de 1956

Don Manuel dio un puñetazo sobre la mesa, al tiempo que vociferaba:

—¡Muy mal! ¡Esto está muy mal! No aprenderéis nunca, carallo…

Gregorio, que iba (como siempre) elegantísimo, le tranquilizó:

—Comprende que no daba tiempo para más.

—¡Tiempo, tiempo! El tiempo es una ficción; el tiempo, cuando nos falta, lo inventamos y se acabó. Mira; en una ocasión me contó Franco, a propósito del paso del Estrecho…

Todos conocían la anécdota, pero nadie osó reconocerlo. Terminó él de contarla y en cosa de un cuarto de hora dictó siete cartas, habló por teléfono con once personas, contestó el cuestionario de una interviu para un periódico de Vigo y redactó la sinopsis de la conferencia que tenía que pronunciar el viernes siguiente en Alcañiz. Entonces, le anunciaron que había llegado Laureano.

—Con seis minutos de retraso —comentó—. Que pase.

Y entró Laureano, sonriente y finísimo, y saludó desde la puerta al secretario general de A.P. con todo afecto:

—*Déu vos guard…*

—Hola, hombre. Siéntate. Explica. ¿Qué pasa en la Generalidad esa? ¿Cómo va la campaña de propaganda? ¿Qué se sabe de los de Lérida? ¿Has conectado con Castell? ¿Qué dice el capitán general? ¿Hay noticias de San Feliu de Guixols? ¿Estuviste con Sentís? ¿Tenemos preparado el acto del día 15?

Laureano se había sentado.

—*Les coses marxen bé. Amb dificultats, lògic, però anem sortint avant…*

—Déjate de trapalladas y habla en cristiano.

—¡Ah, sí, perdona! Es la costumbre. Bueno; pues todo va normal.

—Eso mismo dijiste en el Consejo, me acuerdo perfectamente, cuando lo de M.A.T.E.S.A.

—No volvamos sobre el pasado, Manolo. Nosotros hemos olvidado el tema.

—Anda, pues no faltaría más. En fin; cuéntame…

Fue una entrevista larga para las costumbres de don Manuel (media hora), y muy

constructiva. Al despedirse, le dijo Laureano:

—Oye, mira, no os cuesta nada guardar las formas pensando en el electorado catalán. Es por esto que os, agradecería que, cuando me escribáis, pongáis en el sobre mi nombre correctamente; es decir, *Laurea*.

—Bueno, bueno. *Adéu, Laurea* —ironizó don Manuel.

Después de aquello (entre diez y doce), recibió don Manuel catorce visitas, redactó dos discursos, escribió un artículo para *La Vanguardia*, trazó el programa económico que el Partido defendería en la inmediata y enésima cumbre de la Moncloa, dictó el prólogo para un libro, que le había solicitado un viejo amigo de Villalba, echó tres broncas y posó para un fotógrafo de la prensa holandesa, al que previamente había abrumado explicándole los matices y las contradicciones de la Constitución de su país, que el artista del *flash*, naturalmente, desconocía.

Después, se fue a las Cortes, donde se debatía el acuciante tema de la conveniencia de modificar o no los preceptos del Código Civil referentes a la enfiteusis y los censos, cuestión evidentemente trascendental en aquellos momentos en que los innumerables enfiteutas y censatarios del país estaban pendientes de la cosa y habían transmitido sus problemas a los restantes ciudadanos, que, acuciados por las deudas, las suspensiones de pagos, las crisis, las quiebras y la inflación, iban, sin embargo, a dar de lado a sus problemas para atender amorosamente las matizaciones jurídicas que se hiciesen en el Parlamento acerca de un asunto tan fundamental para el futuro del Estado Español.

El hemiciclo no presentaba lo que se dice un lleno, pero estaba bastante animado. Dolores dormitaba en su escaño y, ausente Santiago (que era persona seria y no asistía a semejantes festejos), Simón se encargaba de despertarla en los momentos precisos. Alfonso, con su habitual gesto de mala leche, tomaba notas para despotricar (en nombre del P.S.O.E). en cuanto le llegase el turno. Los diputados de la minoría vasca, ajenos al tema en debate, comentaban en voz baja la posibilidad de que se reconociese ya de una al eúskaro como uno de los idiomas oficiales en el Campeonato Mundial de Fútbol que se celebraría en el territorio del Estado Español en 1982. En Caries Sentís hacía una quiniela futbolística con en Jordi Pujol y, olvidando sus naturales preferencias ideológicas, ponía como ganador al Español en su partido contra el Racing de Santander y admitía que el Barca solamente lograría empatar en Salamanca.

Con su tenue voz, don Fernando Álvarez de Miranda declaró abierto el festejo parlamentario. A don Fernando le había quedado un deje cariñosón en su forma de expresarse, muy canario, sin duda como consecuencia de los meses que se pasó desterrado en las Afortunadas por culpa del franquismo. Don Fernando no tenía, ciertamente, una oratoria lúcida y solía armarse unos líos tremendos en sus intervenciones; pero en esta ocasión estuvo especialmente acertado, hasta el punto de

ser capaz de decir, sin el menor error:

—Se abre la sesión.

Sorprendidos ante semejante prueba de locuacidad, nada frecuente en don Fernando, los diputados le dedicaron un aplauso estimulante. Y pasó a ocupar el podio don Emilio Attard (U.C.D)., que durante una hora y treinta y ocho minutos desarrolló una espléndida conferencia (leída, claro) acerca del problema jurídico de la enfiteusis y los censos, su incidencia en la vida pública y sus connotaciones con el futuro democrático que todos los ciudadanos anhelábamos para los países del Estado Español. Fue muy aplaudido al terminar, aunque los 36 diputados que todavía permanecían en el hemiciclo no se habían enterado demasiado de la cuestión. Después, hizo uso de la palabra el señor Guerra (don Alfonso), que tan sólo actuó durante diecinueve minutos y que se opuso a la proposición de ley, aprovechando para echar pestes de Franco, Girón, Solís y don Esteban Bilbao, a quienes (nadie supo por qué) hacía responsables de la mala marcha de eso de la enfiteusis y los censos, «otra triste herencia de la Dictadura, otra pieza más que tenemos que desmontar si ansiarnos, en serio, a implantar una democracia auténtica». Don Landelino, en cierto momento, no pudo reprimir un gesto de jurista contrariado.

Como los diputados presentes eran ya tan sólo veintiséis, no pudo celebrarse la votación, por falta de quórum. En el bar de las Cortes, sin embargo, había un llenazo de gala y Pilar Urbano, bolígrafo en ristre, iba tomando notas y apuntando opiniones. Eran de ver el mimo, el cariño y la atención que dispensaban a la joven periodista todos los «padres de la Patria», claramente empeñados en que, al siguiente día, se hablara de ellos en el *ABC*. Otros personajes que recibían constantes y afectuosísimas palmaditas en la espalda eran los señores Capmany, Delgado, Álvarez y, en general, todos los periodistas acreditados como informadores del Congreso. No en vano dependía de ellos, en buena parte, el mantenimiento de la imagen de los señores diputados.

En el mientras tanto, varios centenares de aspirantes a médico, suspendidos en las pruebas de ingreso en la Facultad, estaban manifestándose por la Carrera de San Jerónimo, con pancartas en las que, mayormente, se recordaba el suspenso en Histología de don Santiago Ramón y Cajal y su posterior Nobel, como premio a sus descubrimientos en esa especialidad, precisamente. Los muchachos pedían a gritos la dimisión del ministro del ramo, de los rectores de las Universidades, de los catedráticos de Medicina, de los bedeles y del doctor Ibáñez, médico del Atlético de Madrid.

La manifestación obligó a cerrar al tráfico la Carrera y calles adyacentes, con lo que se organizó un embotellamiento respetable de vehículos; y gracias a que, como las gasolineras llevaban dos días en huelga, la circulación no era demasiado densa aquella tarde en Madrid. Pero los taxistas se cabrearon mucho y no se diga los que

viajaban en los taxis, que veían correr el aparatito mientras seguían inmovilizados en el atasco. (La bajada de bandera se había puesto en 85 pesetas, después de la reciente asamblea sindical y subsiguiente paro escalonado de los profesionales del sufrido gremio).

Y si se resolvió el problema fue gracias a la afortunada intervención del señor Arespacochaga, que seguía (claro) de alcalde de la. Villa y Corte, desarrollando una ingente actividad que le permitía asistir a los plenos y las comisiones municipales; visitar de continuo los barrios periféricos y los suburbios; aumentar el número de grúas y de cepos; estar presente en todas las verbenas y festejos colectivos del P.S.O.E., del P.C.E. y de los ácratas; entregar llaves de la ciudad a los frecuentes visitantes distinguidos, la mayoría de ellos procedentes de Latinoamérica y el Tercer Mundo; aprobar una modificación de las ordenanzas según la cual serían derribados todos los edificios que tuvieran menos de cinco pisos (hotelitos ya no quedaban en la ciudad), y, en general, atender con desvelo y eficacia la problemática urbana, tan compleja.

Sobre todo, desde que las Asociaciones de Vecinos colaboraban con el Municipio y tenían sus representantes, con voz y voto, en los plenos y en las comisiones. Gracias a la decidida actuación de esta genuina representación democrática del pueblo madrileño, se habían tendido siete pasarelas sobre otros tantos puntos peligrosos de los accesos a la capital y se modificó sensiblemente el nomenclátor callejero, del que desaparecieron todos los nombres que recordaban la infausta Dictadura, como asimismo los de santos, arcángeles, obispos y alusiones eclesiásticas en general. Esto produjo, en las primeras semanas, las naturales confusiones en Correos y los carteros tuvieron que ir a la huelga, reivindicando un «plus de aprendizaje de las nuevas calles», que les fue concedido con carácter fijo y no absorbible en el cercano convenio.

Las calles de Madrid estaban recobrando su castizo carácter, tan hondamente deteriorado por el franquismo, y como habían quebrado muchos bancos, renacieron en su lugar los antiguos y clásicos cafés, si bien ahora dependían de los partidos políticos, que los utilizaban como centro de reunión de sus militantes. Hasta el ilustre Café de Pombo volvió a instalarse, en los bajos que había ocupado la sucursal 19 del Banco de Valladolid, y Paco Umbral escribió un delicioso, fragante artículo (como todos los suyos) glosando la desinfección capitalista del país y el retorno a las fórmulas humanas de convivencia democrática. Empezaba, como siempre, con su simpática y tradicional frase:

—Venía yo esta mañana de comprar el pan…

Pero cayó en que las tahonas consumaban su tercer día de huelga y la sustituyó por otra frase, no menos clásicamente suya:

—Volvía de tomar una copa con Nadiuska…

Realmente, tenía razón Umbral. Madrid recobraba su fisonomía auténtica, la que la Oprobiosa se empeñó en borrar. Ya circulaban muchos menos automóviles (aunque funcionaran las gasolineras) y los mendigos volvían a inundar las esquinas y asediaban a los peatones con su simpática cantinela, tantos años olvidaba a causa de la represión:

—Una limosnita, que no tengo para comer…

Incluso algunos, según fuese la apariencia del viandante abordado, recurrían a una fórmula todavía más clásica, aunque ya no tan de actualidad:

—Una limosnita, por el amor de Dios…

Las calles del centro estaban tomadas comercialmente por vendedores callejeros, en gran parte argelinos y hasta chinos, si bien éstos vendían gomas higiénicas en lugar de collares. Con gran sentido mercantil, por cierto, ya que la presencia de las Trabajadoras del Amor era abundante en aquellos distritos desde las diez de la mañana. Se había recuperado asimismo la vieja tradición de los limpiabotas y chavales quinceañeros se ofrecían para dar lustre a los zapatos e incluso, en cuanto el cliente se descuidaba, le cambiaban los tacones en un santiamén. Como también había otra vez criadas (llamadas, desde luego, «empleadas colaboradoras del hogar», según su Ordenanza Laboral) y, como, en virtud de la nueva disposición legal, tenían derecho a pasear todos los días de 6 a 9 de la tarde, se volvió a la castiza costumbre de los coqueteos viarios entre ellas y los militares sin graduación, perdida durante la Dictadura, cuando estas muchachas estaban en la fábrica o en la oficina, exprimidas por el capitalismo oligárquico.

Para facilitar el auge de estos renacidos y entrañables hábitos del Madrid castizo y chulapón, por fin recuperado, el Ayuntamiento declaró el barrio de los Austrias, la Puerta del Sol y adyacentes y determinados sectores del resto de la capital «zonas no aptas para manifestaciones», con objeto de evitar que las cuatro o cinco que diariamente se organizaban, con muy variados y siempre justos motivos reivindicativos, perjudicasen esta simpática, bullanguera y popular animación. En la Plaza Mayor, por ejemplo, a las tradicionales transacciones de sellos y monedas se unía ahora (era la ultimísima moda) el canje y la venta entre coleccionistas de acciones. Al carecer de toda aplicación económica los antes llamados valores bursátiles, se había desatado la fiebre de su coleccionismo y los aficionados los guardaban en álbumes, alcanzando especial cotización (en un nuevo sentido del término) las acciones nominativas de personajes conocidos. Gracias a ello sacaron algunas pesetejas de sus telefónicas y de sus hidroeléctricas muchos jubilados que habían cometido el error de invertir en Bolsa sus ahorros. Ahora, por lo menos, podían vender por cincuenta duros a un coleccionista contumaz una vieja acción de 10 000 pesetas nominales.

La inevitable picaresca nacional se había ya manifestado entre quienes explotaban

esta creciente afición coleccionista de acciones y se denunciaron falsificaciones de supuestos títulos de F.E.N.O.S.A., nominativos a favor del cantante *Raphael*, y otras, éstas bastante burdas, de Petrolitos, supuestamente a nombre del escritor fascista Angel Palomino. Para evitar semejantes engaños, comenzaron a editarse unos catálogos e incluso la bolsa de acciones de la Plaza Mayor se regía por unos precios orientativos, marcados por los expertos en el negocio. La prestigiosa Filatelia del señor Peñalva comenzó a desentenderse de la cosa de los sellos, prestando en cambio especial atención a la venta de acciones bursátiles para coleccionistas. Un entusiasta aficionado llegó a pagar cinco mil pesetas por un paquete de Rumasas, emisión de 1969, valor nominal de cuarenta mil duros, nominativas a favor de un conocido tecnócrata del antiguo régimen. Y la cotización de los canjes (como si fueran cromos) estaba, por ejemplo, en cinco hidroeléctricas por tres Banestos.

Mientras se discutía el destino que debía darse al neoclásico edificio de la Bolsa de Madrid (lastimosamente desperdiciado en su actual inutilidad), las Centrales Sindicales culminaban la recuperación de su patrimonio, expoliado vilmente por el franquismo. De esta manera, volvieron a la U.G.T., la C.N.T. y demás organizaciones de los auténticos trabajadores aquellas antiguas Casas del Pueblo, ocupadas durante cuarenta años ominosos por la que fue tristemente conocida como C.N.S. y, más tarde, como Delegación Nacional de Sindicatos. Sucedía que, en la mayoría de los casos, los edificios ya no eran los mismos y donde, en 1936, se elevaba una modesta Casa del Pueblo, de dos pisos, había ahora un rascacielos y hasta una factoría industrial; pero nadie discutió que «quien es causa de la causa, es causa del bien causado», y los nuevos inmuebles pasaron a la legítima propiedad de las Centrales Sindicales.

Estaba en pleito, sin embargo, la adjudicación de las Universidades Laborales, evidente patrimonio, también, de U.G.T., C.N.T. y demás, según habían dictaminado los eminentes juristas consultados, ya que si eran consecuencia vil del sindicalismo vertical, lógicamente debían revertir ahora en el auténtico sindicalismo de los trabajadores libres. Pero las Centrales Sindicales andaban a la greña en cuanto al reparto de semejantes edificios, y aunque Comisiones Obreras parecía la más legitimada para quedarse con la Universidad Laboral de Gijón (patria chica de don Santiago), U.G.T. le discutía ese derecho, toda vez que se trataba de una sindical de reciente creación y que, por ende, no había padecido la usurpación franquista. El asunto estaba en el Supremo.

Mucho sorprendió al país una insólita «Carta al Director» publicada por Ya en aquellos días, cuando esto de la devolución de su patrimonio a las sindicales obreras estaba en pleno auge. La carta la escribía una extraña ciudadana, sin duda algo majareta, y decía así:

Señor Director.

Soy viuda, tengo 72 años, y mi único patrimonio lo constituye una pensión de 14 739 pesetas mensuales, que me ha quedado al morir mi esposo (q.e.p.d)., funcionario durante 46 años del Ministerio de Agricultura, donde llegó a jefe de sección. Mis padres fallecieron en 1935 y (como hija única) heredé, aparte unas pocas pesetas, la sortija de pedida de mamá (q.e.p.d). con un solitario de algunos quilates, sus pendientes de esmeraldas, un broche de brillantes y dos docenas de monedas de oro, de cuando Carlos III.

Todo esto lo guardábamos mi difunto Paco (q.e.p.d). y yo en una caja del Banco de España, de Madrid, por las naturales razones de seguridad. Pero como, sin duda, usted, señor director, debe saber, durante la guerra civil (antes Cruzada) el Gobierno Republicano (antes rojo) decidió abrir por las buenas esas llamadas cajas de seguridad y se apropió de cuanto en ellas había. Según leí en su momento, aquella fortuna, junto con el oro del Banco, se mandó a Rusia y a Méjico; esto no lo sé bien. He leído en el periódico de su digna dirección que se devuelven a las sindicales obreras los patrimonios que, por lo visto, les incautó el franquismo. Cuando el Rey (q.D.g). lo autoriza, es que tendrán razón. Pero yo le pregunto, señor director: ¿quién me devuelve a mí aquellas joyas familiares que me robaron (y usted perdone la manera de señalar) los señores de estos partidos, P.S.O.E., P.C.E. y demás, que ahora vuelven a mandar? ¿Puedo también solicitar que se me reintegre el patrimonio expoliado, como han hecho ellos?

Perdóneme si se trata de la excentricidad de una pobre y anciana viuda pensionista; pero conozco varios casos similares, de viejas amigas, que me han animado a dirigir esta carta.

Suya affma.,

JOSEFITA DE LA FUENTE Y DÍAZ

Evidentemente, se trataba del delirio de una vieja chocha, que nadie hubiese tomado en consideración; pero don José María Ruiz Gallardón se aprovechó en seguida de la absurda cartita para publicar un artículo, en su habitual y retrógrada sección, titulado «Los otros bienes expoliados», y encontró el natural eco en la prensa derechista y comenzaron a llover «Cartas al Director» en todos los periódicos, de gentes antiguas que se quejaban de que la República les había vaciado las cajas bancarias donde guardaban sus ahorros y que, de manera evidentemente ilógica, pedían ahora su restitución. La cuestión se politizó inmediatamente y el señor Fernández de la Mora la planteó en las Cortes y se armó cierto revuelo.

De manera que el presidente tuvo que enfrentarse con el problema y dio las

necesarias instrucciones a los diputados de su Partido que seguían siéndole fieles (algunos habían desertado), recomendándoles la fórmula infalible, según su sagaz sentido de la gobernación:

—Hablad con esas gentes. Dadles la razón, porque, en el fondo, la tienen. Y, sobre todo, pactad con ellos. Con un pacto decoroso podemos eludir el planteamiento agudo del tema. Pactad, pactad…

Lo malo era que el sistema pactario no había valido para que no se marchasen de U.C.D. algunos de sus más destacados componentes. Bien era verdad que estas deserciones resultaban asimismo frecuentes en todos los demás partidos; a don Manuel se le habían ido de A.P. varios antes incondicionales y el P.S.O.E. sufría la defección de militantes destacados y la Democracia Cristiana se fraccionaba de manera tremenda y sólo el P.C.E. aparecía sin fisuras (al menos aparentes) y, quizá por eso, todos los políticos extremaban sus amabilidades con don Santiago, que estaba cada día más seguro, más tranquilo, más irónico y más elegante. Y ello a pesar de que los intransigentes cavernícolas de *El Alcázar* (y no se diga los de *Auras Imperiales*) insistían de continuo en seriales acerca de su vida anterior, indudablemente prescrita y sanada con su bondadosa actitud de ahora.

Los grupos ácratas volvían a las andadas y se empeñaban en incordiar y uno de sus líderes, Manolo *el Gorría*, que era vasco, estaba tristísimo porque pidió su nuevo coche calculando que le tocaría la matrícula M-AO, que iba a permitirle presumir de maoísta; pero calculó mal y le dieron la M-AP, con lo cual hubo cachondeo entre sus amigos, que le bromeaban en el sentido de que su Ford Fiesta era de Madrid y de Alianza Popular. Manolo *el Gorría* (en eúskaro, rojo, por si ustedes lo ignoraban, ya que durante la Dictadura don Jesús Romeo se cuidó mucho de que eso no se publicase) estuvo a punto de devolver el auto, y si no lo hizo fue porque en la casa le aclararon que, de todos modos, tendría que pagar las letras aceptadas.

Los ácratas, fieles a su postura, habían lanzado un nuevo y bonito *slogan* («Juana la Loca: estamos contigo») y comenzaban a captar ciertos estratos de la juventud, a quienes, en el fondo, les encantaba aquella postura rebelde, que estaba contra todo y no resolvía nada; pero en eso, precisamente, residía la fascinación de la idea para unos jóvenes que, a Dios gracias (y ustedes disculpen), quedaban muy lejos de los memos que, allá por los 40, cantaban *Montañas nevadas* y querían rescatar Gibraltar y hablaban de la Patria y de la unidad de destino en lo universal y demás sandeces similares, mientras plantaban árboles y daban clases a los chicos de los pueblos y hacían gimnasia y se empeñaban en ser fuertes, decentes y patriotas y otras estupideces semejantes.

Los ácratas, a pesar de todo, no conseguían ser atendidos por el Gobierno ni por los partidos con capacidad decisoria. Pero ellos seguían incordiando y habían inventado últimamente una hermosa y finísima frase:

—Los fascistas no tienen pilila.

Con eso se daban por satisfechos.

Los que no se contentaban ni a tiros (y nunca mejor dicho) eran los presos comunes. En el último año se habían amotinado, sucesivamente, en las cárceles de Basauri, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Cádiz, Badajoz y Cartagena, que naturalmente, quedaron totalmente arrasadas, después de la refriega, con sus incendios, destrozo de cristaleras y demolición de tabiques y hasta de alguna que otra pared maestra.

Cada vez quedaban, pues, menos cárceles en los Países Ibéricos (síntoma indudable de la creciente libertad, aunque el sistema reductor fuese un tanto anómalo) y los presos iban siendo trasladados sucesivamente a otros establecimientos, cuyo porvenir estaba claro: serían también destruidos cuando les llegase su turno. De esta manera (sin duda, eficaz) esperaban los reclusos comunes obtener su definitiva libertad dentro de un plazo no superior a ocho o nueve meses. Porque, cuando ya no quedasen cárceles habitables, ¿qué iba a hacer con ellos el Estado Español? Pues no le quedaría otro remedio que ponerles en la calle. Ya que tampoco habría funcionarios de prisiones, toda vez que la mayoría del personal del abnegado Cuerpo, harto de recibir insultos, cantazos y desaires en la prensa, optaba por pedir la excedencia e, incluso, por abandonar sin más el escalafón.

La decidida actitud de los presos comunes era apoyada por bastantes partidos políticos y en una comentada encuesta publicada en *Diario 16* (periódico que se había erigido en paladín de la defensa de los triturados derechos de los reclusos), varios líderes se manifestaron al respecto. Así, Felipe declaró sin ambages que el sistema penitenciario, triste secuela (otra más) de la Dictadura, precisaba una revisión a fondo. Don Joaquín habló, por su parte, de la necesidad de acomodar el régimen carcelario a los principios de los Derechos Humanos, citando unos párrafos de la reciente Constitución soviética, tan generosa en la materia. El «viejo profesor» lamentó lo sucedido, si bien exhortó a que se procurasen evitar violencias irreparables, «porque entre todos hemos de hacer o, quizás, deshacer la Democracia, y esto último sería penoso». Victoria Kent recordó una vez más sus sabias medidas al respecto, cuando fue directora general de Prisiones. Y don Carlos-Hugo, presidente del Partido Carlista, puso como ejemplo las cárceles de Holanda.

Don Carlos-Hugo estaba siendo muy solicitado por los periodistas, aunque la televisión seguía haciéndole poco caso, no obstante las reiteradas quejas que sus fieles elevaban a los magnates de Prado del Rey. Y, sin embargo, el candoroso ardor de estos fieles (se aseguraba que en todo el país, pasaban ya de 20 000, nada menos) no comprendía que, en el fondo, R.T.V.E. estaba defendiendo la imagen pública de su presidente, aguardando, sin duda, a que consiguiera un acento castellano más potable, con unas «erres» fonéticamente discretas; como, asimismo, a que enriqueciera su

vocabulario, todavía corto para un líder español como Dios manda. Español de corazón (que eso no lo dudaba nadie, más que su hermano, don Sixto), pero aún muy verde en el uso del idioma patrio. (Evidente culpa del franquismo, que no le había permitido antes practicarlo aquí, como hubiesen sido su deseo y su ilusión).

El presidente (cuya actividad se hacía cada vez más abrumadora, hasta el punto de que fuentes generalmente bien informadas aseguraban que dormía sólo cuatro horas diarias, excepto los domingos) concedió una entrevista a *Le Monde*, que el prestigioso rotativo francés publicó a todo honor, en primera página. En esta ocasión, fue asistido durante la interviu por el ministro Oreja, cuyo dominio de los idiomas es notorio, para evitar que no se matizaran indebidamente sus respuestas.

El periodista comenzaba leyéndole a don Adolfo algunos titulares de la prensa de aquel mismo día. Éstos, concretamente: «Huelga de basureros en Córdoba». «Sin solución en el conflicto de Obras Públicas». «Amenaza de huelga total en Agromán» «Incidentes en Salamanca, tras una manifestación pro autonomía de Castilla». «Bombas y carreras en las Ramblas barcelonesas». «Cuatro reclusos de Basauri, autolesionados». «Disturbios en el Puerto de la Cruz». «Dos bancos más atracados en Madrid». «Las flores, el día de Todos los Santos, subieron su precio en un 225 por ciento». «No hay aceite en Vigo». «Violentos enfrentamientos en el Barrio Viejo de San Sebastián». «Dos policías heridos en Vitoria por un paquete-bomba». «Militantes de U.G.T. ocupan por la fuerza la antigua sede de Sindicatos, en Valencia». «Problemas sindicales en varios Ministerios». «El problema del Rastro madrileño, cada vez más enconado». «La producción española de acero disminuye en un 23 por ciento». «Encierro de profesores de E.G.B., que obliga a los colegios a dar vacaciones ilimitadas a sus alumnos». «Las gasolineras andaluzas harán huelga indefinida a partir del lunes». «Ocho heridos graves en los disturbios de la Universidad Autónoma».

Con evidente mala fe, el periodista, después de leer aquel resumen informativo del día, preguntaba:

—¿Cree usted, *monsieur le Président*, que el Estado Español, en sus nobles afanes democratizadores, podrá resistir tamaña situación pública?

Don Adolfo, sopesando debidamente sus palabras, contestaba:

—Comprenda que salimos de cuarenta años de Dictadura; que estamos construyendo un país a la europea, sobre cimientos que, lógicamente, no han fraguado enteramente todavía. Estas convulsiones son inevitables y yo le diría, incluso, que lógicas, si se piensa en la triste herencia que recibimos.

Insistía el mendaz periodista:

—De todos modos, en Francia somos muchos los que pensamos que la economía española está aguantando una presión quizás excesiva para sus posibilidades.

—Mire usted, mi querido amigo —contestaba don Adolfo—, mi Gobierno siente

de manera primordial este problema, tan vital para nuestro pueblo. Y nuestro pueblo ha demostrado en las urnas su inequívoca vocación democrática y esa lección es, para nosotros, un imperativo de conciencia.

—*D'accord, monsieur le Président*; pero dentro de unos días se cumplirán tres años de la muerte de Franco y, si bien políticamente la faz de España no puede ser más rutilante, en los aspectos económicos, laborales, de orden público, de prosperidad colectiva, ciertos núcleos sociales del país critican duramente la situación e incluso echan de menos las realizaciones prácticas del franquismo…

—Se refiere usted a núcleos minoritarios, a los recalcitrantes del inmovilismo y la nostalgia, que no representan en absoluto al pueblo. El pueblo se manifestó, le repito, en las urnas y se manifiesta ahora cada dos por tres. Porque tiene libertad, algo que hasta hace muy poco desconocía; porque no en vano hemos suscrito la Declaración de los Derechos Humanos y hemos ingresado en el Consejo de Europa y consecuencias de todo ello han quedado recogidas en las importantísimas leyes aprobadas por el Congreso; por ejemplo, la des-penalización del adulterio y del amancebamiento, las autonomías, el nuevo sistema fiscal, la permisibilidad de la objeción de conciencia, el voto de censura al propio Gobierno. Usted, mi querido amigo, que pertenece a un país de larga tradición democrática (para bien de ustedes), ¿no cree que es mucho lo logrado, en tan poco tiempo, por este país nuestro, que por fin consiguió salir de la oscuridad autocrática de tantos lustros?

Las declaraciones a *Le Monde* del presidente gozaron de una amplísima difusión en España y hasta en Francia y algunos países europeos, y merecieron críticas muy elogiosas de bastantes periódicos extranjeros, que coincidieron en que era preciso abrir un amplio crédito (teóricamente hablando, se entiende; o sea, en plan metáfora) a la naciente democracia española. Elogiaron asimismo el talante liberal del presidente y los notables esfuerzos de su Gobierno y de los partidos políticos por acelerar el proceso democratizador. También comentó alguno que el peligro competitivo de España en el orden industrial podía considerarse desaparecido, lo cual constituía otra razón más para que la Europa libre viese con singular agrado la marcha de su política interna. No faltaron en la prensa extranjera las caricaturas de rigor en las que, naturalmente, don Adolfo aparecía vestido de torero, cortando orejas y rabo a un toro que simbolizaba la Dictadura.

Este gran éxito internacional satisfizo mucho en todos los Países Ibéricos y fue un motivo especial de consuelo para los dos millones de obreros parados y los muchos miles de empresas en quiebra o en suspensión de pagos. Sin embargo, la Bolsa (siempre manipulada por la oligarquía capitalista, residual del fenecido régimen) continuó sin funcionar. Y en Euzkadi volaron dos repetidores de televisión y explotó una carga de goma-2 (que, por fortuna, no causó víctimas) en una casa-cuartel de la Guardia Civil.

U.C.D. apretó de nuevo filas junto a su líder indiscutible, con lo que quedaron desmentidos los constantes rumores acerca de otra escisión en su seno. *Fuerza Nueva*, firme en su vetusta intransigencia, publicó un editorial arremetiendo contra el Gobierno, al que acusaba una vez más de agnóstico, acusación que venía repitiendo desde que dejó pasar la festividad de Santiago, Patrón de España, sin efectuar la antes tradicional y emotiva ofrenda al Apóstol. *Mundo Obrero* no hizo el menor comentario a las declaraciones. En *ABC*, Ruiz Gallardón las censuró duramente y Cándido las consideró tolerables. El Honorable presidente de la Generalitat elogió la sagacidad de su colega de Madrid.

Televisión Española las reprodujo, íntegras, en sus telediarios 1 y 2 y en el espacio «Últimas noticias», lo que ocasionó el habitual cabreo del P.S.O.E., que insistió en la urgente necesidad de que el Parlamento controlase tan importante medio de comunicación.

INSERTO IV

Doña Luz se levantó apresuradamente al oír el repetido tintineo del teléfono. Eran las 7.46 de la mañana y puede suponerse la emoción de la señora cuando recibió la insólita noticia:

—¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!…

Tardó apenas unos segundos en llegar junto a la cama donde dormía plácidamente don Carlos Arias. Que entreabrió los ojos y necesitó que su esposa repitiera tres veces la información:

—¡Que sí, Carlos! ¡Que dicen que es verdad! ¡Que el Caudillo ha resucitado!

Saltó de la cama, con ímpetus mozos, el ex presidente del Gobierno, murmurando entrecortadamente:

—¡No lo dudé nunca…! ¡Estaba seguro de que tenía que suceder…! ¡Se lo había pedido tantas veces al Señor…!

Entre sollozos, cayó de rodillas y dirigiendo sus ojos llenos de lágrimas al cielo, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

IX

> Al cumplirse treinta años del día en que V. E. fue elevado al mando de nuestro pueblo, como un español más me uno a cuantos en esta fecha le manifiestan su congratulación. Lo que hay en mi persona que más singularmente me vincula a los dolores o alegrías de nuestra Patria, me impulsa a elevar a V. E. el testimonio de mi gratitud por cuanto hizo y sufrió por ella y de mi segura esperanza de que su obra quedará en la historia como ejemplo de un esfuerzo excepcional culminado con clarividencia, en pacífica y evolutiva continuidad.
>
> JUAN, CONDE DE BARCELONA
> telegrama de don Juan de Borbón a Franco
> 1 de octubre de 1966

El ciudadano Pérez se sentía lleno de perplejidades, abrumado con las dudas, acosado por interrogantes que no sabía cómo contestar. El ciudadano Pérez —nacido en 1926: D.N.I. 1 912 847; médico; cuatro hijos; ingresos declarados, 1 480 000 anuales— llevaba varios meses con los nervios a flor de piel y se había vuelto gruñón, irritable y malhumorado; él, que siempre tuvo fama de persona cordial y hasta divertida. El ciudadano Pérez leía *ABC* por las mañanas y, hasta pocas semanas antes, *Pueblo* por las tardes. Últimamente, se había pasado a *El Alcázar*, a pesar de todos los *pesares*. En materia bibliográfica, el ciudadano Pérez procuraba leerse asimismo cuantos tomos aparecían sobre la reciente historia de España; esa que él había vivido en directo, como ahora suele decirse. Estaba suscrito, pues, a los fascículos de don Ricardo de la Cierva y se había tragado las *Memorias* de Franco Salgado-Araujo y de Areilza y de Madariaga y de Ansó y las explicaciones del señor López-Rodó acerca de la evolución hacia la Monarquía y hasta una curiosa biografía de la señora Ibárruri (antes, *la Pasionaria*).

Y después de todo aquello, el ciudadano Pérez se encontraba cada vez más desorientado. E incluso, físicamente hundido; no se diga en el orden síquico. De modo que, aprovechando el «puente» de Todos los Santos, se recetó a sí mismo tres días de reposo, dejó a la familia en casita y se marchó a un refugio de montaña, en los Picos de Europa. A respirar oxígeno, a olvidarse de la problemática diaria de la clínica y, sobre todo, a practicar una especie de ejercicios espirituales socio-políticos. Que como tal los bautizó el ciudadano Pérez.

Aunque su idea era relajarse en cuanto dejase atrás la odiosa ciudad, no le fue posible comenzar tan rápidamente la cura de desintoxicación. En los primeros sesenta kilómetros sufrió tres controles de la Guardia Civil de Tráfico (se buscaba a unos jóvenes que aquella misma mañana habían desvalijado una joyería, en plena calle Mayor). A la altura del kilómetro 187, tuvo que detenerse durante más de media hora porque los agricultores del valle del Duero habían cortado la carretera, como señal de

protesta por las últimas medidas del Gobierno en materia de precios. Bajando el puerto de la Brújula, nuevamente tuvo que parar un buen rato; esta vez porque minutos antes se había producido un accidente grave, al colisionar un autobús con un 127, y se esperaba la llegada del *jeep* de atestados.

Pero, finalmente, alcanzó la paz. Se le cambió la cara cuando, asomado a la ventana del refugio, se sintió hermosamente solo, frente a la abrumadora belleza natural de las montañas nevadas. Montañas nevadas. Esto le hizo recordar aquella canción de sus tiempos de «flecha». Y la tarareó, con cierta inevitable melancolía. Entonces se puso a pensar. Entonces el ciudadano Pérez comenzó un sicoanálisis íntimo, arrancando de sus más remotas vivencias sensibles; arrancando del 18 de julio de 1936. Tenía entonces diez años, cinco meses y veinte días. Su padre llegó con cara de preocupación a casa, para el almuerzo, y puso en seguida la radio. Se sentaron en la mesa los tres hijos y la madre. Al cabo de unos minutos lo hizo don Froilán —su padre— y mientras desliaba la servilleta, comunicó a la familia, con voz grave:

—Parece que los militares se han sublevado en África…

Don Froilán tenía una tienda de bolsos y artículos de piel en la ciudad mediterránea. Una tienda modesta; con tres dependientes o mancebos, un aprendiz y la cajera, que al ciudadano Pérez —entonces Pepito nada más— le gustaba muchísimo. Doña Lucía (la madre) no sólo atendía las labores de ama de casa, sino que por las tardes se ponía detrás del mostrador y tenía una maña especial para colocarle a una clientela adicta las piezas de más difícil salida. El matrimonio Pérez no era político, pero, naturalmente, había votado a las derechas en las elecciones de febrero del 36; iba a misa de once los domingos y fiestas de guardar, con sus hijos; tenía urja Fiat negro, modelo Balilla, y algo más de cuarenta mil duros en acciones. Solía comer de restaurante dos días al mes y prefería el teatro al cine, sobre todo cuando llegaban las compañías de Madrid y ponían comedias de Benavente, de Muñoz Seca o de los hermanos Álvarez Quintero.

Don Froilán era eso que, muchos años más tarde, comenzó a denominarse un *self made man*, un hombre que se había hecho a sí mismo. Huérfano de padre a los siete años, con tres hermanos menores, fue botones, vendedor callejero de baratijas, monaguillo, aprendiz en una fábrica de maletas y, luego de librarse del servicio militar por hijo de viuda, entró con la mayoría de edad recién cumplida como dependiente de segunda en una tienda de marroquinería (o artículos de piel). Su propio patrono le iba a prestar, tres años más tarde, la exorbitante cifra de cincuenta mil pesetas (sin intereses), con la que pudo establecerse por su cuenta. «Bolsos Pérez» fue ganando prestigio, y en 1921 don Froilán se casaba con doña Luisa, que era hija de un profesor de piano, dulce, muy religiosa y rigurosamente pobre.

Quince años de trabajo intenso, de colaboración estrecha, de entrega completa a su negocio y a sus hijos, habían convertido a los señores de Pérez en unos burgueses

pudientes, como entonces solfa decirse. Vivían en un piso amplio, en el centro de la ciudad, alquilado por 108,25 pesetas mensuales; los chicos iban al colegio de los Hermanos Maristas y habían salido aplicados; la tienda marchaba bien, aunque exigía mucho. Pero ni a don Froilán ni a su mujer les asustaba el esfuerzo e incluso cabría decir que les encantaba. Por eso cada día, después de cerrar, se quedaban repasando las existencias o haciendo cuentas o viendo muestrarios; sobre todo, aquel que viajaba Paco Gil, representante de la mejor firma de Ubrique, cuya mercancía se vendía tan requetebién, a pesar de que era bastante cara. Nunca se acostaba el matrimonio antes de las doce de la noche, y a las nueve menos dos minutos de la mañana, con rigurosa exactitud, don Froilán levantaba el cierre metálico de su establecimiento y recibía al personal, que casi siempre se retrasaba algo; sobre todo, Camilo.

Fue precisamente Camilo quien, el 26 de julio de 1936, comunicó a don Froilán, de forma más bien grosera, que la tienda quedaba incautada por la U.G.T. y que, en los sucesivo, el avieso patrono debería realizar las tareas de limpieza de cristales, pisos y escaparates, sin olvidar tampoco los retretes. Se le asignaba un sueldo de cincuenta duros al mes, y a su esposa (Camilo dijo «su compañera») se le prohibía la presencia en el establecimiento. Que sería dirigido por un «Comité de Control», presidido por el susodicho Camilo. Don Froilán tardó algunos minutos en reaccionar y, finalmente, preguntó:

—Pero ¿por qué?

—Porque estamos haciendo la Revolución Social y hemos de acabar con los capitalistas —explicó Camilo.

Doña Luisa lloró mucho aquella mañana; realmente, doña Luisa llevaba dos días llorando, desde que el 24 —justamente, la víspera de Santiago— sobre los tejados de la ciudad comenzaron a crecer humos y aquel cielo, antes tan azul, se oscureció con los incendios de las iglesias. Los señores de Pérez prendieron también su fuego particular e hicieron desaparecer en él misales, estampas, devocionarios, rosarios y hasta las fotos de la primera comunión de los chicos, entre la general congoja. Pero se sabía que los milicianos iban de registro por las casas y cualquier símbolo religioso les bastaba para detener a sus poseedores, acusándoles de «careas», «beatos» y «clericales fascistas».

Los meses de agosto y septiembre fueron trágicos. El ciudadano Pérez, ensimismado frente a las nevadas cumbres, los recordaba perfectamente en aquel otoño de 1978. Recordaba el terror que se apoderaba de sus padres cada vez que se escuchaba la subida del ascensor y su parada en el piso y después sonaba el timbre. Porque podían ser los de la C.N.T. o los de la F.A.I. o los del P.C., que daban los «paseos». Recordaba que don Enrique, el abogado de su padre, había sido «paseado», como responsable del enorme delito de tener en su biblioteca profesional un *Derecho*

Canónico, lo que acreditaba su militancia jesuítica. Recordaba que a su tío Ramón le fusilaron, acusado de «burgués y vago», aduciéndose como pruebas que no tenía callos en las manos. Era perito químico. Recordaba la orgía callejera, el desbarajuste, los coches cargados de individuos patibularios con fusiles y cananas rodeándoles el cuerpo, aquellas milicianas desgreñadas que escupían odio cuando levantaban el puño… Muchos años después, leyendo a Jardiel Poncela —un humorista— encontró la perfecta definición para semejantes gentes: la mugre.

Aquellos recuerdos tristes del ciudadano Pérez (su padre, detenido; su madre, llevándole la comida al convento hecho prisión; su padre, condenado a muerte; su padre, que de pronto regresó a casa, muy delgado, muy pálido, muy triste), se confundían con otros, gratos: la lectura del *Aventurero*, con las historietas de Flash Gordon y del Agente Secreto X-9; los cuentos de Guillermo; los héroes de la colección «Hombres Audaces», que eran (se acordaba muy bien, cuarenta años después) Bill Barnes, Doc Savage, La Sombra y Pete Rice, el *sheriff* de la Quebrada del Buitre. Y aquellas veladas a oscuras, todos alrededor del viejo aparato de radio, don Froilán cubierto por una manta, escuchando en la voz de Fernández de Córdoba el parte de guerra de Radio Nacional de España en Salamanca…

Y lo que se llamó la Liberación. El 29 de marzo de 1939. Un mes antes, el hoy ciudadano Pérez había cumplido trece años. Las calles de la ciudad se llenaron de himnos, de brazos en alto, de júbilo y de entusiasmos. Doña Luisa improvisó una bandera española con una vieja colcha granate y una bayeta amarilla cosida enmedio, y la colocaron en el balcón principal. Llegaban los soldados nacionales, repartiendo galletas y latas de carne; la multitud les abrazaba y a un cura que apareció con sotana le pasearon a hombros por la plaza principal, que todos llamaban ya del Caudillo. El ciudadano Pérez lloró mucho aquel día, como lloraron sus hermanos y sus padres, y más aún el primero de abril, cuando Franco anunció que la guerra había terminado.

Don Froilán volvió a la tienda. Doña Luisa, también. No había quedado nada; tuvieron que reparar ellos mismos las estanterías y los mostradores. A mediados de abril, les devolvieron su Balilla, incautado por el Ejército Popular en el verano del 36. Don Froilán lo vendió en seguida y con aquel dinero —seis mil pesetas— compró los primeros bolsos. Los fabricantes de Ubrique se portaron muy bien; concedieron un generoso crédito a su antiguo cliente, que así pudo llenar de mercancías la tienda. Los chicos volvieron al colegio. Nuestro ciudadano Pérez comenzó Bachillerato, hizo en curso intensivo primero y segundo en las convocatorias extraordinarias y después, también por libre, cuarto y quinto. En 1944 aprobó examen de Estado.

Era del Frente de Juventudes. Y le gustaba. Le gustaba marcar el paso marcialmente por las calles, irse los domingos a plantar árboles por los pueblos cercanos o a dar clases de lectura a los chicos de los suburbios, y lo pasaba fenomenal en los campamentos de verano, con aquellos asesores eclesiásticos tan falangistas —

como el padre Llanos, jesuita— que les hablaban de la unidad de destino en lo universal. Llegó a jefe de centuria y participó en la concentración juvenil que fue a presidir nada menos que José Antonio Elola, el delegado nacional. Estaba por entonces dispuesto a conquistar el Peñón de Gibraltar, en cuanto el Generalísimo se lo ordenase.

También pasaba privaciones. El pan era de maíz, se deshacía al partirlo, sabía a demonios. Merendaban en el colegio otro pan, pan de higo, y un chocolate de algarrobas, espantoso. Tomaban carne solamente dos veces por semana; pero los boniatos, en cambio, eran plato habitual. Y sin embargo, notaba el muchacho —hoy, ciudadano Pérez— que había como un consenso general para aceptar todos aquellos sacrificios resignadamente y todo el mundo esperaba, con una fe absoluta, que las cosas irían mejorando. Los estraperlistas montaban su negocio, se rumoreaba que unos llamados «maquis» andaban a tiros con la guardia civil por las zonas fronterizas, estaba claro que Hitler perdía la guerra mundial… Y don Froilán les decía a sus hijos:

—Hay que apretarse el cinturón, muchachos; hay que arrimar el hombro muy en serio.

Comenzó a estudiar Medicina en el curso 44-45 y al año siguiente ganó una beca y al otro se hizo novio de Soledad. Logró la licenciatura en 1951; con otra beca del S.E.U. amplió estudios en Inglaterra. A su vuelta, encontró muy cambiado el país. Hizo prácticas con un doctor ilustre de su ciudad, que había sido profesor suyo y ganó las oposiciones a interno de la Cruz Roja. Abrió su propia clínica en 1953; a finales de aquel año, España firmaba un pacto con los Estados Unidos y un Concordato con el Vaticano. El ciudadano Pérez comenzaba a ganar algún dinero y meses más tarde se compraba una moto Vespa. En 1954, tenía ya una clientela estable; o sea, que se casó con Soledad. Hicieron el viaje de novios por Andalucía y estrenaron un piso de ochenta metros cuadrados, en uno de los barrios nuevos, donde, a pesar de la estrechez, estableció la clínica.

Al ciudadano Pérez, la política no le interesaba nada. El ciudadano Pérez se sentía a gusto en un medio respetuoso con la propiedad ajena, regularmente cómodo ya, donde el orden público era total y la gente se esforzaba por trabajar cada día más, como fórmula ideal para ganar dinero y mejorar su posición. De cuando en cuando, cambiaban los Gobiernos; pero esto no le importaba a nadie, porque mientras siguiese Franco en el poder, lo demás carecía de relieve. Allá por el 56 hubo unas algaradas estudiantiles y se habló del peligro de revolución; sin embargo, nadie hizo caso. El ciudadano Pérez se había comprado un Seiscientos de los que fabricaban en la S.E.A.T. de Barcelona, tenía ya dos chiquillos y era socio del Club de Fútbol. Comenzaba su jornada de trabajo a las nueve de la mañana, visitaba un ambulatorio, una clínica de la Seguridad Social y la mutual de la que era médico internista y por las tardes, de cuatro a nueve, recibía a sus clientes particulares. Por las noches,

estudiaba dos o tres horas.

Mediando los 60, el ciudadano Pérez se cambió de piso, inaugurando además una bonita clínica en el contiguo. Tenía una enfermera y dos jóvenes médicos colaborando con él. Seguía al margen de toda actividad que no fuese la profesional y se beneficiaba de aquellos Planes de Desarrollo que, evidentemente, habían potenciado al país de manera nada previsible veinte años antes. Su padre, don Froilán, había dejado el negocio en manos del hijo pequeño, que dio nuevos aires a la empresa, convirtiéndola en Boutique de la Piel, con dos sucursales en los barrios periféricos. La hermana se había casado con un piloto de Iberia que tenía un sueldo fenomenal.

Una vez al mes se reunía la familia a comer en casa de los padres y siempre acababan discutiendo, porque don Froilán era un franquista furibundo y no se diga doña Luisa; y los chicos, en cambio, le ponían pegas al régimen, aunque dentro de un orden. El ciudadano Pérez, por ejemplo, solía quejarse de la censura de espectáculos y de que no se hubiera visto aquí *La dolce vita* y su padre le contestaba, muy acaloradamente:

—¿Para qué, dime? ¿Para qué quieres que tus hijos conozcan esas porquerías?

—¡Que no son porquerías, papá! Que es cine del bueno; no las gilipolleces que nos toca aguantar…

—Déjate de procacidades. Cuando Franco lo hace, bien hecho está…

Al llegar los 70, el doctor Pérez era uno de los internistas más cotizados de la ciudad, se había comprado un chalé en Marbella, donde Soledad y los chicos se pasaban dos meses en verano (él apenas podía estar más de veinte días), y tenía un Dodge-Dart. Seguía preocupándose sólo de su trabajo y de su familia, que era lo que mayormente hacían los demás españoles, y aunque se enteraba de los chismes políticos, no les daba ninguna importancia. De vez en vez, Franco pedía al pueblo que votase algo y el pueblo iba y votaba sin saber qué y volvía a su trabajo y a ganar más dinero, para acabar de pagar el apartamento o el utilitario o la televisión. El país, por tanto, vivía tranquilo, si bien jóvenes exaltados comenzaban a quejarse de las restricciones en la libertad y de la falta de Derechos Humanos y se decía que ciertos movimientos clandestinos azuzaban a los trabajadores y, desde luego, en el extranjero no nos podían ver. Aunque cada año venían más millones de turistas a dejarse aquí sus divisas, con las que luego se construían carreteras y pantanos y residencias sanitarias y viviendas protegidas.

Claro que no faltaban las corruptelas y los negocios sucios y los abusos, y lo de M.A.T.E.S.A. fue una vergüenza nacional que llevó consigo cambios en el Gobierno. Extraños cambios, ya que siguieron los aparentemente responsables de aquella estafa. De todos modos, al ciudadano Pérez (como a muchos millones de ciudadanos Pérez del país) la cosa le resbaló bastante, ya que no estaba concienciado en materia política

y por ello no comprendía que era un instrumento de la Dictadura y que carecía de sensibilidad social y que estaba aherrojado en la libre expresión de sus ideas y que era víctima de una incalificable opresión. El ciudadano Pérez (como otros muchos millones de ciudadanos Pérez) se ocupaba sólo de vivir cada vez mejor, de que sus hijos estudiaran, de viajar por el extranjero (sobre todo, siguiendo en sus periplos triunfales al Real Madrid) y de trabajar como un enano.

Sin embargo, cuando, en diciembre del 73, Carrero Blanco voló por los aires, el ciudadano Pérez se preocupó en serio por el futuro de España. Su anciano padre aumentó la preocupación, al decirle:

—Esto puede ser mortal para Franco…

Y es que, sin darse cuenta, el ciudadano Pérez (como muchos millones de ciudadanos Pérez del país) había partido hasta entonces del absurdo supuesto de la inmortalidad de Franco. De pronto, tenía que plantearse la evidencia de que el Caudillo, con ochenta años ya, estaba claramente en el declive. Pero se tranquilizaba (absurdamente) recordando la frase mágica:

—Todo está atado y bien atado…

Seguía, pues, visitando enfermos, ganando su buen dinero y haciendo de avestruz. Hasta que llegó noviembre del 75 y la enfermedad del Jefe del Estado y la trágica agonía y la muerte. El ciudadano Pérez lloró; como muchos millones de ciudadanos Pérez que después lo han negado. Su padre fue más radical: se marchó a Madrid a sus 78 años, y se pasó seis horas en la cola, para ofrendar un último tributo de admiración al Caudillo.

El ciudadano Pérez estaba en su refugio de los Picos de Europa, noviembre de 1978, pensando en todo esto. Había pasado por su mente un *trailer* sintetizado de sus cincuenta y dos años de vida. Casi cuarenta bajo el mandato de Francisco Franco. Echó cuentas, efectuó balances. Se situó luego en la realidad del momento. Repasó los titulares de la prensa del día que tenía en la mesa. Y pensó y hasta casi dijo en voz alta:

—Anda, que si Franco levantara la cabeza…

Volvió a mirar las montañas nevadas y volvió a cantar para sus adentros el himno de las montañas nevadas y hasta, sin darse cuenta, se puso en posición de firmes al hacerlo. Él, que nunca había sido político. Él, que era, sencillamente, eso: el ciudadano Pérez.

Al ciudadano López, que tenía la misma edad que el ciudadano Pérez —52 años en 1978—, las cosas le habían rodado con mayores dificultades. A su familia le agarró el Alzamiento en la llamada zona nacional y como su padre, don Benito, era concejal de Izquierda Republicana, fue encarcelado por los franquistas y hasta se habló de la posibilidad de un fusilamiento; pero, finalmente, la sentencia lo dejó en

veinte años. Don Benito era un pedazo de pan, pero su manía del republicanismo le había traído, desde joven, muchas complicaciones y los extremistas de la derecha no le perdonaron que en su casa luciera la bandera tricolor, el 14 de abril del 31, antes incluso que en el Ayuntamiento.

Era don Benito agente de seguros y se ganaba la vida holgadamente; pero tratándose de actividad tan personal, su encarcelamiento llenó de problemas a la familia —Amparo, la mujer, y dos hijos—, que justamente al final de la guerra civil (Cruzada le llamaban en los periódicos de la ciudad) habían agotado todas sus reservas. Unos tíos bien colocados (él era comandante de Artillería) les ayudaban en lo más indispensable; el ciudadano López y su hermano, sin embargo, conocieron los comedores de Auxilio Social y las aulas húmedas del Instituto y la tristeza de vestir trajes usados de sus primos. Vendieron pipas de girasol, hicieron recados y hasta se dedicaron a un estraperlo menor, de tabaco procedente de colillas y de carbón que encontraban (y robaban) en las vías muertas de las afueras de la estación.

El ciudadano López se hizo del Frente de Juventudes porque supo que daban bocadillos en las marchas y se podía pasar el verano en un campamento, vestido y comido. Después, le cogió gusto a la Organización Juvenil y como era listo y hacía ya pinitos artísticos, a sus quince años, le metieron en el Departamento de Propaganda y dibujaba en los periódicos murales y comenzó a ganar becas, con las que terminó bachillerato. Con otra beca más, ingresó en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Logró con facilidad el título de delineante; era uno de los mejores alumnos de la clase de Dibujo Anatómico. Al mismo tiempo que estudiaba, hacía planos en el estudio de un arquitecto y publicaba apuntes e ilustraba textos en el diario de la ciudad y hasta en algunas revistas estudiantiles de Madrid, como *Haz, Juventud y La Hora*. Le pagaban a veinte duros cada trabajo.

Don Benito había salido de la cárcel en 1942, beneficiándose de un indulto, y aunque, al principio, bastantes puertas se le cerraron, su capacidad de trabajo y su valía profesional terminaron imponiéndose y pudo restablecer en parte su economía. Gracias a lo cual el chico pequeño comenzó Derecho, que era lo que le gustaba, mientras el mayor —nuestro ciudadano López— descubría, mediados los 50, que sus aptitudes tenían un amplísimo campo, nada explotado en el país, en el dibujo comercial e industrial, y, sobre todo, en el terreno publicitario. Obtuvo una beca del S.E.U. y marchó a Estados Unidos, volviendo a los cinco meses con un copioso archivo de ideas. La empresa R.E.A.P.U.S.A. (Realizaciones Publicitarias, S. A). le fichó en seguida como director de Plástica e Ideas Propagandísticas, en excelentes condiciones económicas. Su primera campaña (el lanzamiento de unos productos dietéticos) fue todo un éxito.

El ciudadano López se casó en 1958 con María José, hija única del director de una agencia urbana del Banco Exterior. El ciudadano López trabajaba diez horas

diarias y todavía, a veces, prorrogaba su actividad por las noches, hasta las dos o las tres de la madrugada, diseñando marcas, ideando *slogans* gráficos, inventando campañas publicitarias. Compró un seiscientos, vivía en un piso de ochenta y tantos metros cuadrados y en dos años tuvo tres hijos, porque María José dio a luz mellizos la segunda vez. No iba a misa ni se había hecho del Sindicato Vertical ni, en definitiva, desarrollaba ninguna militancia política. El régimen franquista no le gustaba (como a tantos otros millones de ciudadanos López), pero lo toleraba y comprendía que estaba beneficiándose de las ventajas del orden, la paz social y el desarrollo; si bien (como tantos otros millones de ciudadanos López) hubiese preferido mayor libertad de expresión, menos burocracia administrativa, más aire europeo en el país.

Su padre estaba ya ganando dinero en serio, porque había inventado un original sistema de seguro múltiple para piso, auto, televisión, nevera y apartamento, que fue muy bien recibido por la burguesía de origen obrero (los trabajadores especializados que se habían despegado del proletariado), cada vez más abundante en España. Don Benito continuaba hermosamente fiel a su republicanismo, pero, ante la general sorpresa familiar, acudió a una manifestación en homenaje a Franco que organizó el Gobierno Civil, en ocasión de una de las habituales campañas exteriores contra el régimen. Si bien aclaró que lo había hecho como español que protestaba contra las intromisiones extranjeras en los problemas internos del país y en absoluto porque abdicara de sus principios.

En 1972, el ciudadano López había alcanzado las once horas diarias de trabajo, en un pluriempleo feroz, pero también pudo cambiarse con María José y los cinco chicos (ya eran cinco) a un piso amplio de los que acababan de construir en la zona del Ensanche. Tenía asimismo un Seat 127, un apartamento en Benidorm y, milagrosamente, una criada. Tomaba píldoras diversas, recibía (sin saber por qué) el *Mundo Obrero* clandestino, lo que preocupaba mucho a su mujer, y había rehusado hacerse de Comisiones Obreras, ya que él no era político, aunque le tirase mayormente la izquierda. Su hermano se había convertido en uno de los letrados más prestigiosos de la ciudad y seguía soltero, lo que le permitía llevar cierta vida de señorito, jugando al tenis y frecuentando el casino. Aunque también era de izquierdas.

Cuando el referéndum de la Ley Orgánica, los dos hermanos fueron dominados por dudas importantes; el ciudadano López acabó votando que sí, ya que su mujer le convenció de que, después de todo, con Franco no se vivía mal y aquello podía suponer la continuidad de semejante tranquilidad. El hermano pequeño, sin embargo, se abstuvo, porque opinaba que la Monarquía no podía ser solución para España. Nadie supo jamás lo que votó don Benito, que acababa de jubilarse y parecía más feliz que nunca. Toda la familia López, cuando el 20 de noviembre de 1975 murió

Franco, se sintió embargada por una contradictoria y extraña sensación; por un lado, recordaban que habían sido sus enemigos políticos y que por ello fueron víctimas de persecución injusta y excesiva en los años de la posguerra. Pero, por otra parte, les inquietaba ahora el futuro del país. Es decir, que ni lo sintieron ni, muchísimo menos, se alegraron por el óbito del Jefe del Estado.

El ciudadano Pérez regresó a la ciudad, después de sus días de reposo y meditación, sensiblemente mejorado. Pero el viernes su mujer sp empeñó en ir a ver una película supuestamente histórica, un film «de montaje», que se había lanzado con gran alarde propagandístico. El ciudadano Pérez lo pasó muy mal en el cine y fue indignándose progresivamente y acabó enzarzándose con un jovencito melenudo que tenía al lado, y que celebraba ruidosamente todas las imprecaciones que se decían en la pantalla contra el general Franco. De manera que el ciudadano Pérez le gritó:

—¿Qué sabes tú de esto, imbécil, si no habías nacido? Pero yo sí; yo lo viví y por eso protesto, porque todo eso que estás oyendo es mentira…

Lo que se oía era que la guerra civil la ganaron exclusivamente los moros y los alemanes y los italianos; que los franquistas asesinaron, bombardearon y violaron sin freno ni tasa, mientras los republicanos repartían flores a las damas cristianas y cuidaban celosamente el cumplimiento de los acuerdos de La Haya en materia bélica; que lo de Guernica (alrededor de 200 muertos) constituyó la mayor masacre de la historia de la humanidad, sin comparación posible con los bombardeos aliados a Dresde, Tokio, Hiroshima y Nagasaki; que Durruti fue un espejo de virtudes humanas y castrenses; que, en cambio, los generales franquistas acusaban claros indicios de deficiencia mental, crueldad congénita, sadismo y memez.

Y, sobre todo, que Franco había sido tonto, engreído, necio, inculto, pésimo estratega, lamentable político, nefasto estadista y déspota aborrecido por el país entero. Lo que hizo que el ciudadano Pérez gritase a todo pulmón, entre el asombro de unos, la indignación de otros y la complacencia de algunos pocos:

—¡Pues anda, que si llega a ser listo…!

El ciudadano Pérez, que nunca había sido político, estaba politizándose ahora de manera insensible. Aunque él decía que no; que lo que le sucedía era que forzosamente tenía que reaccionar con violencia frente a las cosas que leía y que escuchaba y que veía. Que estaba muy bien lo de la democracia (había votado «sí» en el referéndum), pero que para convertir a España en un Estado democrático no veía la necesidad de insultar al difunto Generalísimo (hoy, el funesto Dictador), de mentir reiterada y vilmente en las referencias a una historia cercana que él, como varios millones de españoles más, había conocido y, por tanto, no aceptaba en semejantes versiones deformadas; pero que otros millones de compatriotas no vivieron y ésos podían tragar el anzuelo que se les tendía y creerse tanta falsedad.

Y, sobre todo, al ciudadano Pérez, que se acordaba perfectamente de julio del 36, cuando sufrió en directo los estragos de «la mugre», le reventaban estos marxistas de ahora, en automóvil y bien vestidos, que parecían no darse cuenta de que debían su prosperidad material precisamente al «fenecido régimen».

—Que tendría muchas cosas malas, de acuerdo —se excitaba—, pero, caramba, hizo de este país, que era una mierda cuando yo tenía diez años, una potencia industrial digna de respeto…

Los hijos del ciudadano Pérez le miraban con cierto escepticismo, con un poquito de cachondeo incluso, y entonces él, irritado al máximo, comentaba:

—¡Claro! ¿Qué vais a saber vosotros, que habéis vivido desde pequeños sin ningún problema, con todos los caprichos cubiertos? ¡No os hubiera venido nada mal, no, desayunaros con boniatos!…

Pepito, el mayor, se atrevía a sugerir:

—Papá, la transición de un autoritarismo de cuarenta años a un sistema democrático exige sacrificios… Piensa que ya hemos ingresado en el Consejo de Europa…

El ciudadano Pérez se exaltaba:

—¿Y qué me importa a mí eso, si no puedo irme mañana a Barcelona porque hay huelga en Iberia, si los precios suben cada diez minutos, si el orden público no existe, si estáis aburridos de pornografía, si mis ahorros de treinta años en la Bolsa se han perdido, si cada vez hay más parados…?

Pepito quería dulcificar la cosa:

—Ya has oído al presidente; según él, esos problemas son heredados e irán resolviéndose…

Al ciudadano Pérez, entonces, se le enrojecía el rostro, se le hinchaban las venas, le poseía una indignación cercana al estallido:

—¡No me hables del presidente, Pepito! ¡No me hables del presidente…!

Y se marchaba a la clínica, dando un portazo tremendo.

El ciudadano López, en el otoño del 78, era lector asiduo de *El País* y de *Cambio-16*, además de director de la mejor agencia de publicidad de la capital, que atravesaba, por cierto, un momento difícil, ya que clientes hasta poco antes de la mayor solvencia devolvían las letras de manera sistemática. Había votado por el P.S.O.E. en las elecciones del 77, si bien no pertenecía al Partido; seguía considerándose un español con las naturales ideas políticas, pero al margen de toda militancia activa. Además, tampoco le quedaba tiempo para ir a los mítines y a las manifestaciones, porque continuaba trabajando a destajo y ahora más que nunca, ya que la cuestión económica estaba muy difícil.

Y él estaba, a su vez, de mal humor. Cabreado, sería la definición más exacta.

Demócrata de siempre (pero de verdad), aquella versión de la Democracia que estaba viviendo no le gustaba en absoluto. Le fastidiaban el deterioro de la autoridad, el hundimiento de la industria, la política menuda de los partidos dominantes, enzarzados en pactos, componendas y trapicheos, de espaldas a las necesidades reales de los españoles. Le fastidiaba sobremanera la ridícula fragmentación de España en absurdas taifas y la esterilidad de un Parlamento que perdía el tiempo en bizantinas discusiones, en lugar de aprobar ya de una vez la Constitución, que era lo único realmente importante, si se quería vertebrar una Democracia de verdad.

Le llegaba el dinero cada vez menos, y eso que trabajaba esforzadamente. No veía nada claro el porvenir inmediato y le aterraban los extremismos desatados, tanto de derecha como de izquierda. El ciudadano López, a sus 52 años, con su talante liberal, con sus convicciones democráticas, pero también con su sentido común, con la serenidad de su madura ideología, con el pragmatismo del padre de familia cuyos hijos tenían que comenzar a abrirse camino, estaba preocupado. Y se lo comentó a su padre, el anciano don Benito, que últimamente había perdido, también, aquella alegría de anteriores y aún cercanos tiempos.

—Tienes razón, hijo. Esto no es democracia ni nada. Esto es una feria, una verbena, una especie de cachupinada con pretextos falsamente democráticos. El problema está en que no tenemos gobernantes, en que no hay personas con auténtica categoría de estadistas. Y así va todo.

—Sin embargo, papá, habrás oído el otro día al presidente…

Al anciano padre del ciudadano López, entonces, se le enrojecía el rostro, se le hinchaban las venas, le poseía una indignación cercana al estallido:

—¡No me hables del presidente, por favor! ¡No me hables del presidente…!

Y, a pesar de su proyecta edad, se atizaba un copazo de coñac, al tiempo que profería frases en voz baja, ininteligibles, aunque evidentemente violentas.

INSERTO V

La señorita Irene Falcón le comentó al camarada que traía la noticia:

—No sé si debemos decírselo a Dolores… Piensa en su cansado corazón…

—¿Es que no le funciona bien el marcapasos?

—Sí, claro que sí. Pero una cosa semejante… Y a estas horas…

Eran las 7.49 del 20 de noviembre.

—Pues Santiago ha aconsejado que se le diga.

—Además, me parece una majadería. ¿O es que tú te lo has creído?

El camarada hizo un gesto ambiguo.

—Vete a saber; como ese cabrón era tan católico…

—¡No digas estupideces!

Se quedó sola, meditando la cuestión. Minutos más tarde tuvo una idea lúcida. Entonces, la secretaria particular de Dolores, la mujer que abnegadamente había compartido tantos años en el exilio junto a la noble dama, la despertó suavemente:

—No te preocupes, Lola; no es nada malo. Al revés —le tranquilizó.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —preguntó Dolores.

—Cerca de las ocho. Mira; unos camaradas del servicio de escucha de radios han captado una noticia extraña… Yo no me la acabo de creer, sinceramente. Pero tú debes conocerla; por eso me he permitido despertarte.

—¿Qué es lo que dicen?

—Que una emisora del Tibet asegura que Stalin ha resucitado…

Dolores se incorporó en la cama, aquella suntuosa cama que le había regalado a su regreso un mueblista cursi de Elda. Y con el rostro iluminado comentó:

—Lo creo muy posible. Claro que sí. Por si acaso, oye, vámonos en seguida a Moscú.

Salió del lecho, se colocó una bata de terciopelo rojo y haciéndole un guiño picaresco a su secretaria, comentó:

—¡Lo que me iba a reír yo del chaquetero de Santiago…!

X

Periodistas, profesores y políticos sin talento componen el Estado Mayor de la envidia… Lo que hoy llamamos «opinión pública» y «democracia», no es en gran parte sino la purulenta secreción de esas almas rencorosas.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET
en *El espectador*, 1917

En el nuevo y fastuoso aeropuerto internacional de Barajas había ciento veintidós entusiastas, con pancartas alusivas y tres banderas republicanas, y trescientos veintiséis periodistas, fotógrafos e informadores de televisión. Regresaba a Madrid aquel día —16 de noviembre de 1978— el último de los exiliados republicanos, antes llamados infamemente rojos. Se trataba de Florencio González, tornero de oficio, ex diputado comunista en las Cortes de la República, ex coronel del Ejército Popular durante la guerra civil, que en la URSS había ocupado puestos importantes en el Buró Central, hasta que la tomaron con él por desviacionista, y menos mal que pudo escaparse y pasar a Francia, donde vivió (nadie sabía con qué dinero) entregado fervorosamente a la causa de la República y fue nombrado por cinco amiguetes jefe del P.C.E.I.E. (Partido Comunista Extremo Irreductible de España); y allí se había pasado años y años, dolorosamente, sin dar golpe y soñando, tan sólo, con la hora del retorno.

Ya estaba aquí. Apareció en la escalerilla del avión y nadie supo que era él, el camarada González, el héroe martirizado, hasta que un secretario que le acompañaba, con ostensibles gestos, le señaló como tal. Entonces, los ciento veintidós entusiastas que le aguardaban prorrumpieron en gritos enloquecidos, si bien nada originales, ya que chillaban:

—¡Se siente! ¡Se siente! ¡Florencio está presente!

No parecía tan anciano como para decirle presente, que era lo que, cuando la Oprobiosa Dictadura, se les decía a los muertos. A sus 72 años, Florencio andaba todavía con una buena facha, todo su pelo (teñido) y un evidente y ostensible vigor físico, consecuencia, sin duda, de haber trabajado más bien poco desde que, en 1939, salió pitando por la frontera de Port-Bou. A estos héroes que se exiliaron les pasa que, si bien su sufrimiento moral ha sido tremendo, materialmente no se han agotado demasiado, puesto que siempre encontraron apoyos asimismo materiales (no se diga morales) y colocaciones y subsidios, de forma que no tuvieron lo que se dice que matarse a trabajar (como otros millares de exiliados, no líderes, se vieron obligados a hacer), y en sus responsables y tan exigentes puestos directivos sufrieron lo indecible desde el punto de vista espiritual, siempre con el ansia irrefrenable del regreso, aunque no se deterioraran porque la cosa de la subsistencia física la tuvieron siempre

asegurada, merced a la solidaridad de los camaradas de los partidos de los Países Hermanos.

Florencio González levantó el puño con energía y después se llevó las manos a la boca para enviar unos besos a los entusiastas que le aguardaban, los ciento veintidós supervivientes del Radio Comunista de Fuente del Berro, edad media oscilando entre los 71 y los 86 años, que lloraban a moco tendido. A uno de ellos le dio un soponcio y hubo que llevarlo a la enfermería y a otros dos les entró la tiritona, y había un tal Sáez, según se explicó a los periodistas, viejo militante del P.S.U.C., que perdió momentáneamente el habla, a causa de la emoción del momento. El tal Sáez pertenecía al ilustre cuerpo de «topos», o sea que se había pasado treinta y seis años escondido, cuando la Dictadura, aunque tenía el tío un espléndido color moreno que permitía suponer que su escondite debió ser la terraza de la casa de sus hijos.

Pero éstos son los milagros de la democracia, que también el joven *Apala*, después de sus angustiosas semanas de huelga del hambre, apareció en las fotografías hecho una rosa, con un aspecto físico admirable y hasta algo llenito de cintura. Es decir que el «topo» Sáez, que al decir de la leyenda estuvo emparedado en Palafrugell 13 180 días, podía ofrecer aquel saludable aspecto, casi igual al del desdichado alcalde de Cercedilla, otra víctima del franquismo, a quien asimismo no se le notó apenas la enclaustración cuando, gracias a la naciente democracia, pudo pasearse por las calles de su pueblo y saludar a Paquito Fernández Ochoa. Y hasta a los herederos de los capitalistas a quienes, en sus tiempos de mandamás republicano, había desvalijado de sus injustas propiedades inmobiliarias y rústicas.

Cumplió Florencio el trámite policial y los *flashes* le inmortalizaron levantando en alto su pasaporte de español integral, que le había sido concedido tres días antes en el Consulado de Lyon. Debidamente custodiado por los carabineros, tomó asiento (evidentemente exhausto por las emociones) en la Sala de Autoridades y allí comenzó la rueda de prensa, al tiempo que el nieto de uno de los entusiastas del Comité de Recepción (que le acompañaba, porque el abuelo andaba flojo de piernas) preguntaba:

—Pero bueno, ¿este tío quién es?

—Un héroe de la libertad, Manolito. Un mártir.

El mártir encendió un puro (el vicio del tabaco le había dominado siempre) y contestó a la primera pregunta de los periodistas:

—Pueden imaginar ustedes mi estado de ánimo en estos momentos. Regreso a España después de 39 años, ocho meses y tres días. Y regreso por la puerta grande, como es natural. ¿Quién dijo que habíamos perdido la guerra?

—¿Ha seguido usted los avatares del país en estos años? —preguntó un joven.

—He sufrido a distancia con los sufrimientos del pueblo español, bajo la dictadura infamante. He compartido moralmente todos los dolores de mis camaradas,

oprimidos y vejados. Me daba mucha pena este país encadenado.

—¿Qué sensación le produce ser el último exiliado que regresa? —preguntó una gorda periodista, de redonda y colorada faz.

—Pienso tristemente en los millares de exiliados que no podrán regresar. En los que yacen en los campos de Europa. En los héroes del «maquis», que murieron luchando por los mismos ideales que habíamos defendido en los campos de España. Para ellos, ¡ay!, mi homenaje mayor.

—Líster lleva aquí aproximadamente un año. ¿Qué opina de Líster?

—Es un blando. Su sentido del comunismo no tiene nada que ver con el nuestro, que es el verdadero. Porque el P.C.E.I.E., sépanlo desde ahora, encarna la autenticidad de la doctrina marxista-leninista.

—¿Y Carrillo? —preguntó otro informador.

—Ése es un traidor, inconfeso y nada mártir —la respuesta provocó risas—. Ese es el Enrique Borrás de la política —sintió la necesidad de aclarar—. Bueno, yo no sé si ustedes, tan jóvenes, saben que Enrique Borrás fue un gran actor de mis tiempos.

Naturalmente, los periodistas presentes, tan jóvenes, no tenían idea de quién era Enrique Borrás. Y uno de ellos largó la sutil pregunta:

—¿Qué criterio tiene formado acerca del presidente Suárez?

—Un muchacho inteligente. Un gran demócrata. Ardo en deseos de conocerle, porque estoy seguro de que comprenderá la postura del P.C.E.I.E. e incluso me dicen mis camaradas de aquí que podremos pactar con él.

El único periodista listo presente en la «rueda de prensa» demandó entonces:

—Usted, que es republicano, vuelve a España, que es monárquica. ¿Qué opina sobre la forma de Estado de su país?

Florencio hizo una pausa, chupó el puro y, finalmente, respondió:

—No se trata de una cuestión que vayamos a plantear de entrada. El P.C.E.I.E. tiene otros objetivos más inmediatos; entre ellos, la socialización de las estructuras económicas. Sin embargo, reconozco que la Monarquía ha dinamitado, de forma muy eficaz, la imagen de la dictadura franquista y eso ya es un mérito.

Tal fue el titular de la mayoría de los periódicos al siguiente día.

Aunque la noticia que sobrecogió al país, cuando leyó la prensa aquella mañana, fue la de que el domingo no habría partidos de fútbol. La Asociación Democrática Profesional de Trabajadores del Balón Redondo (A.D.P.T.B.R). había acordado declarar una huelga de piernas caídas, como protesta por el mantenimiento de las ancianas estructuras federativas, secuela del franquismo y claramente regidas por una mentalidad autocrática. Los «ases» del llamado «deporte rey» querían gozar de un derecho democrático en la formación de las alineaciones para cada partido, desmontando así la tiranía del entrenador, cuyas atribuciones dictatoriales debían suprimirse sometiéndolas al consenso mayoritario de los trabajadores del balón

redondo. Los cuales, cada viernes, escogerían por votación el equipo que debía saltar al terreno de juego el domingo siguiente.

Igualmente había que frenar el creciente abuso de autoritarismo de los señores árbitros, cuyas funciones represivas no podían tolerarse. Proponía la Asociación Democrática Profesional de Trabajadores del Balón Redondo (A.D.P.T.B.R). que los capitanes de los equipos de fútbol fuesen provistos de tarjetas amarillas y rojas, lo mismo que los árbitros; de manera que, cuando el colegiado de turno se equivocase ostensiblemente al señalar una falta que no era o al dar por bueno un gol en flagrante *offside*, el representante democráticamente elegido del club perjudicado (o sea, su camarada capitán) pudiese enseñarle la tarjeta al árbitro. Por acumulación de tarjetas, los árbitros serían sancionados y el que tuviera tres rojas quedaría inhabilitado durante una temporada.

Entre las justísimas reivindicaciones de los profesionales del balón redondo, motivadoras de la huelga, figuraba también la de que se les permitiese acudir a las concentraciones previas con sus esposas, amantes o ligues; la reducción de los entrenamientos a tres horas diarias, cobrándose el exceso como horas extraordinarias; la percepción de un «plus de peligrosidad» cuando jugaran en determinados estadios, que se relacionaban; el derecho a estar representados en la Junta Directiva del Club, con voz y voto, y, sobre todo, la participación en los beneficios de las Apuestas Mutuas (o quinielas) y el cobro de un porcentaje sobre las cantidades que R.T.V.E. y R.T.V.G.C. abonaban por la retransmisión de los partidos.

La televisión, sin embargo, cada vez pagaba menos, porque con los nuevos horarios había descendido terriblemente la cosa de la publicidad. Ahora, las emisiones terminaban a las 22.10 (o sea, a las diez y diez de la noche), para colaborar de esta forma con la política de austeridad del Gobierno. Solamente los domingos duraban hasta las 24, y si gozaban de especial audiencia era gracias a un nuevo serial japonés del niño *Marco*, que había vuelto a perder a su santa madre y estaba otra vez buscándola como un loco, ahora por Escandinavia. Todos los países del Estado Español seguían emocionadamente las peripecias del tontorrón de Marco, siempre con el mono a cuestas (el mono había crecido, naturalmente, y ya parecía un gorila) y poniendo cara de gilipollas.

Según el señor Van Lennep (secretario general de la O.C.D.E). había dicho al concluir un «almuerzo de trabajo» con el ministro de Hacienda, habría que devaluar nuevamente la peseta allá para diciembre si no se contenía la tasa de inflación. Era una de las malas noticias de cada día, a las que los ciudadanos del Estado Español estaban ya tan habituados, que apenas les daban importancia. Por eso tampoco había conmovido a la opinión pública el conocimiento de que, en los diez primeros meses de 1978, los robos y atracos aumentaron en un 64 por ciento, produciéndose 62 486, además de 572 violaciones conocidas. Como el adulterio y el amancebamiento habían

sido despenalizados legalmente, ya no formaban parte de los delitos homologables; pero a efectos puramente estadísticos se informaba de que 1 126 052 esposas les ponían los cuernos a sus maridos, dentro del ejercicio de sus derechos democráticos, y, por su parte, 2 062 805 esposos eran infieles a sus mujeres, de manera habitual y reiterada, sin incurrir por ello, naturalmente, en responsabilidad penal.

El Senado se reunió con carácter extraordinario para conocer el informe del presidente acerca de la coyuntura económica y política del país. Cosa rara en él, el presidente se trabucó varias veces durante la lectura de ese informe, con el que rendía cuentas de los resultados prácticos del III Pacto de la Moncloa que, la verdad, no parecían demasiado satisfactorios. Dijo don Adolfo, entre otras cosas, que el pueblo español merecía todos sus respetos, toda su admiración y todos sus desvelos y que sus señorías (los senadores) harían bien dedicando un aplauso a los abnegados integrantes de aquel pueblo ejemplar. Así lo hicieron las señorías. Y los parados, los quebrados, los suspensos y los arruinados comprendieron en seguida que la cosa marchaba y solamente las insidias de los extremismos podían pretender que el país estaba mal.

La asociación hispano-soviética para el fomento de los intercambios culturales, artísticos y educativos entre los dos pueblos hermanos inauguró su sede social, en la Avenida de Brézhnev (antes, General Perón), de Madrid, y el acto resultó brillantísimo, asistiendo seis ministros, los embajadores de todos los países del Este, el nuncio de Su Santidad, monseñor Dadaglio, y Don Juan de Borbón, conde de Barcelona. Actuó el *ballet* titular del teatro Bolshói de Moscú y se proyectaron varios filmes representativos de la cinematografía soviética (en fragmentos), tales como *El acorazado Potemkin*, *Balada del tractor y la campesina*, *Don Quijote de la Mancha* y *Del rata al Túpoliev*. Habían venido expresamente tres premios Nobel (no de literatura, ya se entiende) y dos cosmonautas, que se retrataron muchas veces con Ana Belén, María Cuadra y Juan Diego.

Uno de los Nobel, médico eminente él, fue interviuvado por R.T.V.E. y manifestó su complacencia ante la calidad y perfección de las instalaciones de los sanatorios y clínicas españoles y a punto estuvo de ganarse el pasaporte para Siberia, porque el ilustre doctor ignoraba que todo aquello había sido construido bajo la dictadura franquista. Tan desafortunada intervención se cortó, haciendo aparecer en pantalla a don Joaquín Ruiz-Giménez, que volvió a comentar sus satisfactorias impresiones sobre el respeto a las libertades reflejado en la nueva Constitución de la U.R.S.S. Se comentó mucho la ausencia de Santiago en el acto, y del general Líster; pero ambos tenían prevista la coartada. El secretario general del P.C.E. andaba por Oxford, dando unas conferencias, y el glorioso héroe de la guerra civil estaba aquejado de una pertinaz diarrea.

Hubo problema para el regreso de los artistas y de los sabios soviéticos, ya que al

día siguiente comenzó una nueva huelga del personal de los aeropuertos, que seguía erre que erre en sus reivindicaciones y conseguía, por sexta vez, inmovilizar todo el tráfico aéreo de los Países Ibéricos. De modo que unas 300 000 personas, nacionales y extranjeras, se quedaban en tierra, aunque hubiesen agotado sus dineros, y se perdían (al decir de las estadísticas) unos 8 000 millones de pesetas y se iban a paseo los vuelos *charter* con los que la hostelería de la Costa del Sol y de Mallorca pensaba parchear su déficit de otoño. La compañía Iberia sufría la afrenta de que manos canallescas de la extrema derecha completasen su popular *slogan* comercial, que aparecía por todas las esquinas, ahora, de esta guisa: «Con Iberia ya habría llegado. (Si hubiese salido).»

El entre paréntesis era obra de los infamantes reventadores de la democracia, que, en vez de reconocer las muchas razones democráticas que aconsejaban la huelga, protestaban por los perjuicios que con ella se irrogaba a la maltrecha economía nacional. Pura demagogia, como aclaró el diputado sueco don Ingmar Ullman, a quien esa huelga le parecía una legítima expresión de reivindicaciones laborales y la prueba evidente de que el Estado Español se incardinaba en las estructuras democráticas occidentales, lo que tenía que valerle el asenso afectuoso de los países escandinavos, que jamás habían tolerado, en cambio, los excesos dictatoriales del franquismo. Don Ingmar Ullman salió en un avión especial desde el aeropuerto militar de Getafe, a pesar de la huelga, pero ello no había influido (evidentemente) en sus declaraciones.

La actividad política del país era intensa y en la Moncloa se celebraban constantes reuniones de los líderes políticos más relevantes. A la puerta del palacete estaban siempre las cámaras de R.T.V.E., que recogían las impresiones de urgencia de los mentados líderes. Así, Felipe respondía con su simpático ceceo:

—Nosotros seguimos en la línea de costumbre convencidos de que mientras se mantengan residuos del autoritarismo no podremos hablar de democracia, pero, al mismo tiempo, decididos a colaborar con el Gobierno, que realmente ha aceptado en gran parte nuestros principios doctrinales.

Y Santiago, entre sonrisas seráficas:

—El Partido Comunista de España es consciente de los graves problemas del actual momento y está dispuesto, y así lo acredita la actitud de sus sindicales, a colaborar de manera decidida en pro de una solución. Tenemos que salvar esta crisis, penosa secuela de la Dictadura, para que la Corona pueda desarrollar su programa democrático, que nosotros apoyamos de manera evidente.

Y don Manuel, siempre con prisas:

—Perdone usted, pero ahora no creo oportuno decir nada. Luego, luego…

Y el viejo profesor:

—Quieren algunos matar la libertad, estrangular la democracia y debemos

defenderla, porque resultaría paradójicamente triste que asesináramos esta expectativa democrática, en nombre de la democracia misma.

Y el señor Osorio:

—El presidente da un ejemplo diario de diligente atención a las exigencias de una democracia que arrastra, inevitablemente, la penosa herencia de cuarenta años de autocracia. Hemos de apoyarle de manera total, sacrificándonos en favor de los intereses colectivos.

Y el señor Bandrés, de la minoría vasca:

—La amnistía es todavía insuficiente y mientras no se resuelva el problema básico de Euzkadi no podremos dialogar. Miren ustedes: yo estoy seguro de que sólo con la independencia terminarán los atentados de E.T.A.

Y en Jordi Pujol:

—Catalunya da una lección de civismo, apiñada junto a la Generalitat. Los demás países del Estado Español deberían seguir el ejemplo de laboriosidad y disciplina de nuestro pueblo.

Y el representante de la F.A.I., que también había sido llamado a la Moncloa:

—Lo que sobran son poderes, mandos, jefes y autoridades. Nosotros queremos que cada cual haga lo que le salga de las narices, porque sólo ahí está la verdadera democracia.

Y el delegado de los fieles al fenecido régimen, a quien asimismo convocó el presidente, dando una prueba más de su talante liberal:

—Padecemos una crisis de autoridad a todos los niveles. La libertad no debe ser libertinaje. Se destruye el pasado, pero no se construye el futuro. El gran error ha sido no mantener las Instituciones legadas por Franco, ya que todo estaba atado y bien atado.

Después de conversar con tan diversas tendencias, el presidente hacía su composición de lugar y nunca a título de líder de la U.C.D., sino meramente como gestor de los intereses comunes democráticamente elegido por el pueblo, manifestaba que estaba claro que la política a seguir era la preconizada por U.C.D. en sus proclamas.

Los precios seguían subiendo (sobre todo en las empresas que dependían de la Administración), pero eso no tenía mayor importancia, habida cuenta de que el precio que realmente merecía la pena pagar era el de la democracia.

Hasta que se produjo la gran noticia, la sorpresa, el hecho verdaderamente sensacional, que traspasó las fronteras y fue recogido con singular expectación por todas las agencias informativas del mundo, que desplazaron hasta Madrid sus enviados especiales. Se trataba de la prueba más definitiva del auténtico sentido democrático que imperaba en el Estado Español, de la decisión insuperable que iba a valer a los Países Ibéricos su definitiva, su impepinable homologación entre las

naciones verdaderamente libres, terminando ya de una con cualquier recuerdo del triste pasado autocrático. Después de aquello, nadie, ni siquiera los suecos, ni los holandeses, ni los de Bonn; ¡nadie, nadie!, iba ya a dudar en el occidente europeo de que la antigua España estaba por fin en línea con las más avanzadas estructuras democráticas del universo. De que, incluso, podía dar lecciones en la materia a los países tradicionalmente insertos en el culto a las libertades y los derechos humanos.

Porque en Madrid se declaró una huelga, de conformidad con los postulados establecidos por la O.I.T. para esta clase de reivindicaciones laborales, tan justificadas siempre. Desde que desapareció la tiranía franquista, el Estado Español venía dando ejemplo reiterado de sus afanes democráticos y sus huelgas gozaban de inmenso prestigio en todo el mundo libre, de manera que los Países Ibéricos ostentaban el récord del anterior año, 1977, en número de horas de trabajo perdidas y de feroz deterioro de la economía nacional. Lo cual merecía el constante elogio de los países de la C.E.E., que en anteriores tiempos llegaron a preocuparse por la posible competencia de la industria y de la agricultura españolas. Para bien de la cooperación europea, semejante peligro estaba enteramente conjurado. Y ahora, por si algo faltaba, el Estado Español daba al mundo entero aquella lección de espíritu democrático, recibida con tanto asombro como alborozo, con tanta expectación como entusiasmo.

Porque la huelga que se anunciaba en Madrid no tenía precedentes, marcaba un hito en la historia de las democracias.

Era el Gobierno quien se había declarado en huelga.

Se supo el jueves, cuando los periodistas que habitualmente cubren la información de los Consejos de Ministros llegaron a la Moncloa. Un portavoz del Ministerio de Cultura les facilitó una nota oficial, que decía: «El Gobierno de la Monarquía, que desea siempre ser adelantado en las aspiraciones democráticas de su país, ha decidido, después de una asamblea libre celebrada por todos sus miembros y en virtud de votación, personal y secreta, declararse en huelga de carteras caídas. Han sido oportunamente informados de esta decisión los señores presidentes del Senado y de las Cortes, así como S. M. el Rey. El Comité de Huelga, integrado por los señores ministros del Interior, de Trabajo y de Comercio y Turismo, negocia en estos momentos con el presidente acerca de las reivindicaciones presentadas, que se resumen fundamentalmente en tres puntos: *a*) revisión salarial de los emolumentos de los miembros del Gabinete, con incrementos trimestrales y lineales adecuados a los aumentos estimados del costo de la vida y dentro de los topes fijados en el III Pacto de la Moncloa; *b*) actualización de los llamados “gastos de representación”, evidentemente desfasados con relación a la realidad de la cesta de la compra; *c*) establecimiento de un sistema de previsión social y mutualismo que, además de asegurar el cien por cien de los salarios en el momento del cese ministerial,

contemple el cada vez más posible caso de tener que prevenir el pago de pensiones en el exilio, constituyendo al efecto los adecuados capitales en bancos extranjeros de conocida solvencia».

Puede suponerse la voracidad informativa de los periodistas; pero todas sus preguntas encontraron, de momento, la misma y glacial respuesta:

—*No comment…*

En las cuarenta y ocho horas siguientes, más de quinientos enviados especiales de la prensa europea y americana se dieron cita en Madrid y Alberto Delgado, desde R.T.V.E., censuró duramente la oscuridad informativa del Comité de Huelga del Gobierno y, como también había venido Oriana Fallaci (que tiene tan mala leche, además de estar feísima), el portavoz de los ministros en huelga consideró oportuno convocar una rueda de prensa, que se celebró en el Palacio de Congresos y Exposiciones, abarrotado de informadores. Sonrientes, aunque visiblemente nerviosos, comparecieron ante los periodistas los representantes del Comité de Huelga Ministerial, que comenzaron leyendo unas cuartillas, en las que se resumía la motivación de su actitud de paro:

> *Hemos queridos demostrar al pueblo español, que tan reiteradas muestras viene dando de su vocación democrática, que los problemas que afligen al ciudadano medio son íntegramente compartidos por quienes, en virtud del deseo manifestado por la mayoría en las urnas, les gobernamos democráticamente. Queremos que el obrero fresador y el pescador de bajura y la A.T.S. y el albañil se conciencien, en el sentido de que, en un Estado democrático como el nuestro, los ministros compartimos de tal manera la problemática del país, que si ellos hacen huelga, nosotros no vamos a ser menos.*

Después vinieron las preguntas, algunas con evidente mala intención. Pero los ministros integrantes del Comité de Huelga supieron lidiar con indudable mano izquierda (que era lo propio) aquella avalancha periodística. Comenzando por sentar un principio elemental:

—Hemos declarado la huelga de conformidad con los principios jurídicos que informan la materia y cumpliendo escrupulosamente los requisitos legales vigentes. Es decir que la nuestra es, indiscutiblemente, una huelga legal.

Un periodista de *Informaciones* preguntó:

—¿Cabe la posibilidad de que se tomen represalias contra ustedes; en el sentido de que sean despedidos?

—No lo creemos —respondió uno de los portavoces—. Estamos ejercitando un derecho que nos concede la legislación del Estado Español. Bien es cierto que también podría suceder que se nos pusiera en la calle, a cambio de una

indemnización; pero eso supondría una actitud tan poco social que, la verdad, no la hemos siquiera imaginado.

El enviado especial de *The Times* inquirió:

—¿Piensan que esta huelga puede abrir la posibilidad de actitudes semejantes en otros gobiernos?

—Mire usted, *dear sir* —contestó el portavoz, sonriente—. Las pruebas de afecto y solidaridad que estamos recibiendo, de muchos compañeros de trabajo de distintos gabinetes del mundo entero, nos demuestran que nuestra iniciativa puede, en efecto, sentar un precedente para las democracias universales. Hasta se habla ya de la creación de un organismo internacional que, bajo el lema «Ministros de todo el mundo, uníos», se encargue de proteger y tutelar los derechos de quienes, en definitiva, no somos otra cosa que trabajadores de la política por cuenta ajena.

Durante la celebración de la rueda de prensa llegó la noticia (a través de los teletipos de Cifra) de que los gobiernos de Catalunya, Euzkadi, Fregenal de la Sierra, Estado Bético Oriental, País Vasco y Enclave Autonómico de Venta de Baños y Adyacentes anunciaban huelgas de solidaridad con sus camaradas del Gobierno Central del Estado Español. El portavoz comentó:

—Es una prueba definitiva de compenetración, que agradecemos.

Y dijo el corresponsal de *Le Monde*:

—¿Les parece posible que la solidaridad se produzca también en gobiernos extranjeros?

—Quién sabe —meditó, en voz alta, el portavoz—. Quizá en los países nórdicos, cuya democracia resulta casi tan avanzada como la nuestra.

La huelga del Gobierno del Estado Español alcanzó una resonancia internacional extraordinaria. En Estocolmo, Amsterdam, Bruselas y Gabón se celebraron manifestaciones entusiásticas de adhesión hacia un país que era capaz de ofrecer semejante prueba de fervor democrático. Fuentes del Mercado Común manifestaron que, de seguir así, España quizá pudiera ingresar en la C.E.E. no mucho después de nueve años. Don Salvador de Madariaga, sin embargo, publicó en el dominical de *ABC* un artículo reticente, hablando de las nefastas influencias del comunismo en los rumbos políticos del Estado Español. En cambio, Luis Apostúa, en su recuadro de Ya (tan leído), comentó que el gobierno Suárez se había apuntado un tanto decisivo, en orden a su credibilidad democrática.

Ni que decir tiene que la huelga terminó gracias a las atinadas gestiones del presidente, que logró pactar con sus ministros, llegándose a una fórmula intermedia que satisfizo a ambas partes. De todos modos, duró once días. Más que la de la R.E.N.F.E., que la de los controladores aéreos, que la de transportes de mercancías, que la de basuras, que la de la construcción, que la de los empleados de la Banca privada, que la de párrocos, que la de sepultureros, que la de médicos de la Seguridad

Social, que la de Trabajadoras del Amor, que la de Profesionales del Balón Redondo, que la de limpiabotas, que la de empleadas del hogar, que la de acomodadores de salas de espectáculos, que la de jugadores de mus, que la de carniceros, que la de dependientes de comercio. Fue más larga, incluso, que la última huelga de «penenes» y que la de cocineros y pinches de la Costa del Sol, pongamos por ejemplos de conflictos laborales que habían preocupado al país.

Once días, once, estuvo el Estado Español con sus ministros en huelga. Curiosamente, fueron once días felices, tranquilos, sin problemas, ya que el *Boletín Oficial del Estado (Gaceta de Madrid)* no se publicaba y, naturalmente, tampoco había Consejos ni se reunían las Cortes y los ciudadanos vivieron unas jornadas deliciosas, sin sobresaltos, sin declaraciones ministeriales, sin viajes al extranjero de los señores miembros del Gabinete, sin decretos leyes que perturbaran la paz social. Once días inolvidables que, por desgracia, terminaron una aciaga tarde, cuando el ministro del Interior anunció oficialmente que todos los ministros se reintegraban a su trabajo habitual.

Fue una noticia tristísima, la verdad: Porque hasta la Bolsa había vuelto a funcionar…

INSERTO VI

Víctor llamó con todo respeto a la puerta de la habitación de Manolo Vivar de Aida. Eran las 7.50 de la mañana del 20 de noviembre.

—Perdone, señor. Telefonea don Daniel Fujardo. Que es urgentísimo…

Manolo se puso al aparato. Y no pudo reprimir la exclamación grosera:

—¡Vete a la mierda! ¿Para eso me despiertas a estas horas?

Claro que, en seguida se puso a razonar:

—Bueno, mira; a lo mejor, dándoles esa noticia a los huelguistas de E.J.I.B.E.S.A. conseguimos que vuelvan al trabajo…

Después, retornó a la lógica:

—¡Es estúpido, es increíble! Un poquito de seriedad, Daniel…

Colgó el teléfono. Se puso la bata, porque hacía fresquito. Fue hacia uno de los estantes de la biblioteca y hurgó allí. No encontró lo que buscaba. Entonces, subido en una silla, revolvió por la parte alta del mueble. Tampoco. Se dio con la mano en la frente; ya recordaba dónde podía estar. Abrió el armario de trastos que ocupaba el lateral de la pared izquierda. Efectivamente, lo encontró.

Con la manga de la bata, limpió la fotografía enmarcada en plata y la volvió a colocar en la repisa de la habitación, junto a la de S. M. el Rey y a la de Felipe González y a la de Pablo Iglesias. Al mismo tiempo, retiró la de Largo Caballero.

Era la histórica fotografía de su audiencia privada con el Caudillo Franco, allá por 1970. Al mirarla, comprobó que había perdido mucho pelo.

Por lo demás, estaba casi igual. (Físicamente, se entiende).

XI

> Cuando hay que consumar la maravilla
> de alguna nueva hazaña
> los ángeles que están junto a la silla
> miran a Dios… y piensan en España.
>
> JOSÉ MARÍA PEMAN
> *Poema de la bestia y el ángel, 1939*

El día anterior —19 de noviembre, domingo— hubo problema agudo entre los Vivar de Alda. No era frecuente que el matrimonio discutiese, entre otras razones porque marido y mujer se veían tan poco que, físicamente, apenas tenían ocasión de hacerlo. Tampoco la dulce Carmiña era propicia a los enfrentamientos verbales; en los años jóvenes orilló los problemas planteados por aisladas infidelidades conyugales de Manolo (como cuando se lio con aquella funcionaria de la Presidencia del Gobierno, Begoña de nombre) por el cómodo y galaico sistema de hacer como que no se enteraba. Con el tiempo, a su esposo (62 años ya) lo del sexo había terminado por traerle completamente sin cuidado; quiere significarse lo del sexo fuera de casa; porque en el domicilio propio, no se diga. Entonces, sus reiteradas infidelidades a otros deberes matrimoniales asimismo respetables (visitas en común, paseos juntos, conversaciones recíprocas, espectáculos compartidos) estaban lógicamente justificadas, por sus obligaciones de ejecutivo y, sobre todo, por su afanosa entrega al socialismo militante.

Y como decía Carmiña: no iba a tener celos ella, a su edad, de Felipe González o de Alfonso Guerra, valga el ejemplo. Así que la señora de Vivar de Alda se refugió definitivamente en sus lecturas, en sus amistades, en sus viajes turísticos y en sus labores, reduciendo a su marido a la nada despreciable función de compañero en sociedad, consuelo eventual para casos muy graves, y, ni que decir tiene, generoso soporte del descabellado gasto de aquel hogar capitalista. (Que lo era, vaya si lo era, a pesar de la apasionada afección de Manolo al P.S.O.E.; afección ideológica, espiritual, política, militante, entusiasta, y, en todo caso, compatible con un tren de vida, como suele decirse, no muy acorde con la doctrina de don Pablo Iglesias, que en paz descanse).

Insólitamente, el domingo 19, Manolo cerró el televisor cerca de las ocho de la noche, cuando estaba a punto de comenzar el partido Real Betis-Valencia, que siguiendo la normativa vigente en Prado del Rey iba a ofrecerse sobre los fondos sinfónicos de *Los maestros cantores* (Wagner), *La siesta de un fauno* (Debussy), el *Concierto grosso* (Haendel) y *Las travesuras de Till Eulenspiegel* (Strauss). Y fue hacia la habitación de su mujer y llamó a la puerta respetuosamente y entró a renglón

seguido; ella estaba hablando por teléfono, como siempre. Terminó pronto, para sus costumbres (solamente unos diez minutos después), se levantó del sillón y dedicó una sonrisa amable a su marido.

—Hola, cariño. ¿Qué quieres?

—Hemos de hablar —respondió, muy serio, Manolo.

—¿Pasa algo?

—Sí, con tu hijo, naturalmente…

(Ya se sabe que cuando el marido o la mujer usan el pronombre posesivo en singular y dicen «tu» hijo en lugar de «nuestro» hijo, es que el hijo de los dos ha hecho alguna barrabasada, por lo que el cónyuge acusador pretende quedar al margen de toda responsabilidad en el origen compartido de la criatura).

Se sentaron los señores de Vivar de Alda.

—¿Qué ha hecho Manolito?

—Nada todavía; pero intenta hacerlo. Intenta ir mañana a la manifestación esa de la Plaza de Oriente que, como todos los años, han convocado los «ultras» de derecha en ocasión del aniversario de la muerte de Franco.

—Bueno. ¿Y qué? Ya es mayor de edad, ¿no?

—Pero no tiene ningún sentido común. Acuérdate lo que pasó el año pasado; al final se armó la gresca y como ese hijo tuyo es tan exaltado, le sacudieron un porrazo y llegó con una brecha en la frente.

—Recuerda también que dijo que estaba feliz por haber derramado la sangre por sus ideales.

—Una estupidez. ¿O no es una estupidez?

—Hombre, Manolo, según se mire…

—Sólo se debe mirar de una forma; esto de la política es un gran engaño; no puede tomarse en serio…

Carmiña debió poner una cara muy expresiva, ya que Manolo sintió la necesidad de precisar la idea:

—Entiéndeme: quiero decir que la política no consiste en dar gritos por las calles ni en pedir esto y aquello, ni mucho menos en insultar a los que no piensan como nosotros. Porque entonces vienen los líos y los palos y a mí no me hace ninguna gracia que le partan el cráneo a mi hijo.

(Recuperó el posesivo filial, toda vez que en esta ocasión se trataba de acreditar su cariño de buen padre).

Pues nada, filiño —sonrió Carmen, mientras se levantaba—, vete y díselo a él. Está en su cuarto.

—Sí, ya lo sé. Está pintando una pancarta estúpida y reaccionaria.

—Tú has dictado muchos textos para pancartas, Manoliño… —recordó la dulce esposa, mientras iniciaba el mutis hacia el *living*.

Manolo se rascó la nariz, sin que ningún picor lo justificase. Y levantó la voz, visiblemente excitado:

—¡No te entiendo, diantre! ¿Es que te da igual que ese imbécil de tu hijo —volvió a adjudicarle el chico solamente a su mujer— se exponga a que le peguen un tiro?

Estaba Carmiña ya junto a la puerta. Se volvió para decir, muy suavemente:

—No pasará nada. Y aunque pase, creo que hace bien entregándose a sus ideales. Tú, a su edad…

No terminó la frase, porque hubiese resultado demasiado sarcástica. Pero Manolo, que nunca tuvo sentido del humor, explotó:

—¡Yo, a su edad, sabía nadar y guardar la ropa! ¡Te consta que nunca tuve madera de héroe!…

—Pero yo sí la tengo, querido. Te recuerdo que mi pobre padre murió en el *Baleares*…

Dicho lo cual, salió Carmiña muy dignamente y Manolo farfulló unas palabrotas entre dientes y se volvió al salón, se sirvió un tremendo whisky y enchufó el televisor, justamente en el momento en que el fenomenal Kempes metía gol, coincidiendo con un *allegro* wagneriano.

Por tercer año consecutivo, las organizaciones nostálgicas del franquismo (a la cabeza, Fuerza Nueva) habían convocado a sus fieles en la Plaza de Oriente, para recordar y homenajear al Caudillo (ahora llamado, por lo común, «el anterior Jefe del Estado» o, más escuetamente, «el difunto General») en el aniversario de su muerte, coincidente en la fecha con el asesinato de José Antonio Primo de Rivera. La asistencia al acto no había sido, en ocasiones anteriores, ni tan escasa como decían algunos periódicos, ni tan masiva como otros destacaban. En realidad, al ciudadano medio del país, incluso a quienes conservaban su admiración por la obra de Franco, le parecía que bien estaban aquellos homenajes respetuosos a su memoria, pero que lo importante era mirar hacia delante, ya que el franquismo, inevitablemente, había muerto con su fundador.

Por eso, el ciudadano Pérez no estaría en la manifestación, aunque pensaba ir a misa y ofrecerla por el alma del Caudillo. En cambio, su anciano padre, el bueno de don Froilán, se marchó a Madrid lleno de entusiasmo, a despecho del artritismo que últimamente le fastidiaba tanto. Curiosamente, la multitud que, a pesar de todos los pesares, acudía en buen número a la nostálgica llamada, estaba compuesta mayormente por gentes de edad y por chicos muy jóvenes. La generación intermedia, pese a haber sido la más favorecida por las mejoras materiales que el franquismo propició al país, no se manifestaba con similar ardor. Quizá porque el consumismo la había hecho cómoda; quizá porque razonaba con un sentido pragmático y, aunque

reconociera los aciertos del anterior régimen, tenía plena conciencia de que lo que ahora necesitaba España era otra cosa. No, naturalmente, lo que padecía. Pero tampoco, el franquismo. El franquismo (desgraciadamente, decían para sí muchos de ellos) no tenía viabilidad presente ni, aún menos, futura.

El señor gobernador civil de Madrid jugaba siempre al *suspense* y sólo a última hora se sabía que había autorizado la manifestación de la Plaza de Oriente, aunque fuese por vía negativa; dejando pasar el plazo para desestimar la solicitud. Los partidos políticos ignoraban el acto y Alianza Popular, tan varada a la izquierda en los últimos meses, no se asociaba corporativamente a ella. Las gentes ponderadas opinaban que aquel intento de seguir manteniendo vivo el mito histórico de Franco constituía un error, porque cada año habría menos españoles capaces de emocionarse con su recuerdo, de vibrar por motivaciones meramente nostálgicas. Lógicamente, debía ser así. Más todavía; si la Democracia del señor Suárez hubiese ofrecido un panorama mínimamente positivo, la Plaza de Oriente apenas hubiera recibido unos cuantos millares de franquistas apasionados.

El 20 de noviembre de 1978, los más optimistas cálculos de los organizadores cifraban en doscientas mil personas (quizá doscientas cincuenta mil) el número de manifestantes. Se daban por descontado el fervor, el entusiasmo, los himnos patrióticos, las banderas al viento, las invocaciones heroicas. También, las imprecaciones al Gobierno («Traidores, perjuros, etc»)., los vítores al Ejército, a la Guardia Civil, a la Policía Armada; los insultos rotundos a Carrillo, a *la Pasionaria*, al cardenal Tarancón, incluso al presidente; las evocaciones de Paracuellos del Jarama y de las checas y de los mártires por Dios y por España. Y se contaba, asimismo, con el apoyo en forma de aplausos y brazos en alto que iba a recibirse de los balcones de las casas inmediatas y de la mayoría de los transeúntes.

Aunque, como preguntaban los escépticos:

—Y todo eso, en definitiva, ¿para qué?

Porque demostrar que muchos españoles recordaban que gracias a Franco la nación se hizo rica y sus ciudadanos mejoraron de manera importante y se acabó con el paro y con el analfabetismo, constituía, sin duda, una hermosa prueba de gratitud y de fidelidad histórica. Pero con eso no se arreglaban los tremendos problemas del presente, aunque quizá se desvirtuara la mentira oficial de que esos problemas arrancaban del franquismo.

Por todo ello, la manifestación del 20 de noviembre (las paredes estaban llenas de pintadas que decían «20-N-Plaza Oriente» y decoradas con el «Víctor» del Caudillo) era, inevitable, lógica, fatalmente, una convocatoria destinada a despertar cada año menos entusiasmos. El tiempo trabaja con implacable severidad; las generaciones se suceden a una velocidad impresionante. Los resortes emocionales van perdiendo su eficacia. Nunca se puede restituir a la actualidad el pasado, por magnífico que haya

sido. A cada tiempo, su afán y la vida es *ansí*. Los abrumadores errores políticos de la España-78 exigían, desde luego, una solución. Pero esa solución no podía ser la vuelta a un ayer imposible.

Todo esto gravitaba sobre los entusiastas organizadores del acto nostálgico del 20-N-78 y por eso, sensatamente, comprendían que la melancólica convocatoria iba a quedar reducida a un homenaje cariñoso y sin ulterior trascendencia, a una evocación de la figura de Franco, a una justa reivindicación de su obra, seguida con fervor (eso, desde luego) por millares de fieles a su memoria. Pero que, realmente, no incidiría de manera importante en la sensibilidad del país, cada vez más alejado de su cercano pasado. Como era natural.

Sin embargo, la sorpresa fue grande. Ya a las nueve y pico de la mañana, comenzó a echarse la gente a la calle. La gente estaba enajenada, delirante, enloquecida. La gente gritaba «¡Franco, Franco, Franco!», con el mismo entusiasmo con que lo había hecho en 1946, cuando la manifestación aquella contra la O.N.U., que marcó el punto álgido de la popularidad del Caudillo. A las diez y media (la convocatoria era para las once de la mañana), más de setecientas mil personas cantaban el *Cara al sol* en la Plaza de Oriente. El comercio había cerrado, naturalmente sin que ninguna nota oficial lo autorizase. Desde los pueblos cercanos a Madrid afluían a la capital autobuses llenos de ciudadanos entusiasmados. Las autopistas registraban un insólito tráfico de vehículos con banderas nacionales y fotografías del Generalísimo.

Los organizadores no entendían nada. Los organizadores habían salido muy temprano de sus casas, para ir, piso por piso, a recabar la asistencia de los correligionarios a la Plaza de Oriente. Y, por eso, no habían podido escuchar una noticia radiada por varias emisoras que, merced a sus astutos servicios de información, conocieron el rumor propalado por el monaguillo de la Basílica del Valle de los Caídos. Y (con el natural enfado del señor ministro de Cultura y, no se diga, del señor presidente) habían anunciado a las 8.49 de la mañana de aquel día 20:

—Con todas las reservas, hacemos público el rumor, procedente del Valle de los Caídos, desde donde se nos informa que, según resulta de comprobaciones efectuadas, el cadáver del anterior Jefe del Estado, Generalísimo Franco, ha desaparecido de su tumba. Versiones no autorizadas admiten la posibilidad de que haya resucitado.

Era irracional. Era física, casi metafísicamente imposible. En circunstancias normales, la gente lo hubiera tomado a broma. A lo más, algunos iniciados hubiesen dicho que acababa de surgir en España un nuevo Orson Welles, aspirando a repetir el famoso número de la invasión de los marcianos. Claro que, bien pensado, aquello aterrorizó a Nueva York, cuarenta años atrás. Los americanos se lo creyeron y, en un reflejo meramente emocional, se echaron a la calle presas de histérico pánico. ¿Podía

extrañar, pues, que ahora, los españoles tampoco se pararan a razonar y también se echasen a la calle, aunque poseídos de una emoción distinta? La sensibilización del país era notoria; lo mismo que su enfrentamiento con los rumbos de la política gubernamental. Una terca, falaz y mentirosa campaña de meses contra Franco y su obra había logrado indignar, incluso, a personas que nunca fueron franquistas, pero que tenían decoro. Bastantes millones de españoles pensaban —y decían— que sus infinitos problemas de cada día sólo podía arreglarlos un milagro. ¿Por qué no creer todavía en los milagros, a pesar del Concilio Vaticano II?

Esta predisposición de la gente a admitir la rotunda, la radical vuelta de la tortilla, se había puesto de manifiesto pocos días antes, en Rebollar de la Mata. Rebollar de la Mata era un pueblecito serrano de mil y pico habitantes, que en noviembre andaba ya metido en nieves. La gente se acostaba pronto y por eso no veía «Ultimas noticias» en la llamada comúnmente «pequeña pantalla». Quizá por ello Rebollar de la Mata ofrecía el índice más bajo de úlceras estomacales de todos los pueblos de las distintas nacionalidades integrantes del Estado Español o Países Ibéricos. Ni un solo vecino padecía del mal, tan ligado (como es sabido) a la cosa de los nervios y las irritaciones.

Total; que los vecinos de Rebollar de la Mata ni se habían enterado de que, a cuarenta kilómetros de la localidad, se estaban desarrollando unas maniobras militares, dentro del plan rutinario de adiestramiento y preparación de las fuerzas de la I Región. Participaban en ellas ocho mil soldados de infantería, veinte baterías, carros de combate aptos para disparar proyectiles con cabeza atómica y cinco escuadrillas de reactores del Ejército del Aire, además de diez helicópteros y tres compañías de paracaidistas del Ejército de Tierra. Las maniobras debían durar dos días y dos días duraron y se desarrollaron con gran brillantez, lo que motivó los plácemes de los generales y jefes que asistieron al último supuesto táctico (toma de la cota 173 en movimiento envolvente, con apoyo de la aviación y descenso de paracaidistas, integrantes del «bando azul», que al final derrotaba brillantemente al «bando amarillo»).

Después del protocolario desfile ante los altos jefes del Estado Mayor y los agregados militares de las principales embajadas, que también presenciaron este último supuesto táctico, los soldados participantes, reventados pero contentos, ocuparon los camiones para regresar a sus cuarteles de origen. Como, casualmente, aquel mismo día se había cortado el acceso a la carretera nacional por la secundaria de Tobavelillos, a causa de las obras iniciadas en un puente, la comitiva castrense modificó su normal itinerario, tomando una variante que pasaba por Rebollar de la Mata.

Nunca imaginaron los animosos soldados la que iban a armar. Porque el chaval de Marciano, el carnicero, que estaba cazando pajaritos a unos quince kilómetros del

pueblo, junto a la carretera, oyó de pronto el estruendo de la caravana castrense y vio los camiones y los tanques, que justamente pararon a unos quinientos metros para que la tropa descansara un poco del ajetreo y se tomara el bocadillo. El chaval de Marciano se subió en el Land-Rover paterno como alma que lleva el diablo y a los diez minutos estaba en Rebollar y le decía a su progenitor:

—¡Padre, que viene el Ejército en son de guerra, con tanques y todo…!

Marciano avisó en seguida al alcalde, que se llevó un susto porque había votado al P.S.O.E., y don Augusto, el médico, hizo que su hija pusiera colgaduras en el balcón y el maestro colocó la bandera nacional en la escuela y el viejo Melquiades (setenta y seis años muy bien conservados) decía a quien quería oírle:

—Pues en agosto del 36, los soldados de Mola llegaron también, más o menos, a estas horas…

Caía la tarde cuando la comitiva militar alcanzaba el pueblo. El pueblo estaba iluminado como si fueran las fiestas y todos los vecinos se agolpaban en la Plaza del Doctor Gereta (gloria local), que era la más importante. La sorpresa de los soldados del 5.° Ligero de Artillería, que encabezaban la formación, fue descomunal. Pero más aún la del coronel del Regimiento, que abría marcha dentro de un *jeep*. Al tiempo que la agrupación autotransportada comenzaba a cruzar por la plaza, más de ochocientas personas —campesinos de tostada faz, muchachas coloradotas y radiantes, viejos con boina, criaturas asustadas— hacían ordenado pasillo al desfile del Ejército, levantaban los brazos en el saludo falangista y cantaban a todo pulmón el *Cara al sol*. Ligeramente destacados del vecindario, aparecían el alcalde (que enarbolaba una bandera rojigualda), el señor cura (con la cruz parroquial en alto) y el médico, que a pesar de que justamente la víspera había estado presumiendo en el tele-club de su amistad personal con Sánchez-Montero, ahora gritaba frenéticamente:

—¡Franco, Franco, Franco…!

El coronel mandó parar el vehículo, sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó al alcalde, que se le había acercado a todo correr:

—¿Pero qué pasa aquí…?

—¡Arriba España! —contestó el alcalde—. ¡Rebollar de la Mata, con el Ejército! ¡Viva el Ejército! ¡A sus órdenes, mi general…! Como alcalde de este pueblo, respondo de su fidelidad a los principios nacionales y asumo toda la responsabilidad. ¡Viva siempre España!

—¡Viva! —contestó el coronel, sin entender nada. Y ordenó al conductor—: Adelante…

Atravesó, pues, la comitiva militar la Plaza del Doctor Gereta y siguió por la estrecha y corta calle de la Asunción, para salir otra vez a la carretera. Las chicas de Rebollar de la Mata enviaban besos con la mano a los soldados y los soldados, la mar de divertidos, se los devolvían y seguían todos los vecinos cantando *Cara al sol* y

Emeterio, el cartero jubilado (que había sido de la Vieja Guardia), le besó la mano, entre sollozos, a un teniente de la División Acorazada Brunete, y Honorata (la de la tienda) regaló una ristra de chorizos a los paracaidistas, que estaban tan majos, con sus boinas y sus pañuelos de seda al cuello.

Cuando el último camión se perdió por la esquina, el alcalde pidió silencio y dijo a sus convecinos:

—Ahora, disolveos pacíficamente y que nadie se preocupe. Yo y mi alguacil nos hacemos responsables del orden en el pueblo.

Todos se marcharon, tan felices, a casa. Bueno; todos, no; porque tampoco todos habían estado recibiendo fervorosamente al supuesto ejército de ocupación. Raimundo, el fontanero, que era comunista, debía andar ya cerca de Toledo, por la velocidad con que salió en su R-5 en cuanto supo la noticia. No quedaría lejos de él Basilio, el de la señora Lucrecia (de la F.A.I)., aunque su Citroën no corría tanto. Y Herminio, el socialista que en 1939 se había emparedado y emparedado se pasó treinta años, haciendo creer a todos que había muerto, volvía a su refugio de entonces y su hijo Luciano se daba prisa por terminar de enlucir el tabique que cubría el angosto escondite del reincidente «topo».

Lo de Rebollar de la Mata tuvo poca difusión en el país y solamente *El Alcázar* dio la noticia y la glosó en un editorial titulado: «Todo un síntoma». Verdaderamente, lo había sido. Y, por eso, no podía extrañar la reacción de los madrileños el 20 de noviembre de aquel curioso año de 1978, cuando una radio imprudente largó por las ondas el rumor de la resurrección de Franco. No podía extrañar que un padre jesuita de los de antes, llevado a hombros por varios entusiastas, dirigiera por la calle del Arenal, camino de la Plaza de Oriente, un rosario de acción de gracias. Ni que antiguos miembros del Frente de Juventudes (ahora, obesos y calvorotas) marcaran el paso rítmicamente, mientras cantaban con fervor *Prietas las filas*. Ni que un grupo de ex divisionarios se hubiese echado a la calle con el viejo uniforme, colgado de condecoraciones alemanas y a los sones coreados del Yo *tenía un camarada*. Ni que viudas de caídos, hijas de caídos, nietos de caídos (de éstos, muchos menos) agitaran banderas entre sollozos.

Ni que, a las once de la mañana, más de un millón de personas enajenadas llenasen la Plaza de Oriente, la calle de Bailén, la de Arrieta, la de Requena, la Plaza de la Encarnación y, en la dirección opuesta, llegasen hasta el comienzo de la calle Mayor, junto al Viaducto (que, naturalmente, seguía en obras).

Todas las miradas se dirigían hacia el balcón principal del Palacio de Oriente, esperando —absurda, fanática, increíblemente— que se materializara el milagro; que, de pronto, se abriese la puerta interior y apareciera, en uniforme de capitán general, Francisco Franco Bahamonde. Y el histerismo propiciaba ilusiones y de pronto, alguien gritaba:

—¡Se está abriendo…!

Y un clamor inenarrable llenaba la plaza y sus aledaños y millares y millares de pañuelos se agitaban en el aire y a muchos les daba un soponcio y se los tenían que llevar los servicios de asistencia médica. Pero el clima se mantenía y cuando corrió la voz de que habla llegado Girón, el frenesí alcanzó extremos delirantes y aumentaron los vítores y los cánticos y el flamear de banderas, de pancartas y de pañuelos.

A las once y media, la multitud comenzó a desanimarse.

A las once cuarenta estaba deprimida.

Faltando diez minutos para las doce, se anunció que Girón iba a dirigir unas palabras.

INSERTO VII

El ciudadano López se estaba afeitando; eran las 8.50 de la mañana del día 20 de noviembre de 1978. Como todos los días, su mujer le preparaba el desayuno mientras oía la radio a través del transistor. De pronto, la buena señora, dio un grito y fue corriendo hasta el cuarto de baño.

—¡Oye lo que han dicho, oye lo que han dicho…! —dijo a su marido, de forma atropellada.

—¿Qué diantres han dicho? —preguntó él.

—¡Que ha resucitado Franco!

El ciudadano López detuvo la cuchilla de afeitar a la altura justa de la nuez y comentó, con su evidente visión de buen técnico en la materia:

—Me parece una idea publicitaria estupenda. ¿Quién la patrocina?

—¡Que no, que no! ¡Lo han dicho en serio!

El ciudadano López tenía aquella mañana que pagar una letra gorda y aún no sabía si conseguiría en el Banco que le facilitasen el pico de liquidez que le faltaba. Tenía también que convencer a los empleados de su oficina para que no se sumaran a la huelga de solidaridad que propugnaban varias Centrales Sindicales enfrentadas al Gobierno. Tenía que pasar por el Juzgado, donde iba a discutirse la aprobación del convenio, en la suspensión de pagos de una empresa que le había enganchado a la suya cerca de dos millones de pesetas. No estaba, por consiguiente, de demasiado buen humor. Por eso, se limitó a contestar:

—Anda, anda, María José; déjate de insensateces y ponme el café con leche.

—¡Pero si acabo de oírlo, querido! ¡Si lo han dicho claramente! ¡Ha resucitado Franco!

El ciudadano López acabó de darse la loción, secó sus manos en la toalla y tan sólo comentó:

—No caerá esa breva…

EPÍLOGO PARA FRANQUISTAS ACÉRRIMOS

¿Por qué no? ¿Por qué Francisco Franco, Hijo Preclaro de la Iglesia Católica, a la que sirvió apasionadamente, no puede resucitar? Si ya en vida los príncipes de la Iglesia le exaltaron por sus virtudes y el papa Pío XII glosó sus servicios a la causa de la Cristiandad y fue nombrado por la Compañía de Jesús Protector Especial y hasta se anticipó la posibilidad de que fuese canonizado a su muerte, ¿por qué el Señor no puede hacernos a los españoles el favor impagable de devolverle a la vida, para que ponga orden en este país destruido, víctima de todos los revanchismos, sometido al azote de los manejos masónicos, invadido por la pornografía, con todas las inmoralidades aceptadas por decreto ley? ¿Por qué no puede volver, a restaurar el orden, a tranquilizar las convulsiones sociales, a estabilizar la economía, a consolidar la unidad de las tierras y los hombres de España, a terminar con disgregaciones regionales suicidas y, sobre todo, a devolver a la nación su sentido patriótico, su destino universal y católico?

Yo acepto, por tanto, esa posibilidad. Cuando, esta mañana, oí por la radio la noticia que informaba sobre el rumor, me ha dado un vuelco el corazón. Y me marcho a la Plaza de Oriente con la esperanza de que se confirme. Es absurdo, es ilógico; de acuerdo. Pero Dios es también grande en el Sinaí.

EPÍLOGO PARA GENTES DE IZQUIERDAS

Un cachondeo, oiga. Cosa de Blas Pifiar y de Girón y de «ultras» así. ¿Pero quién se lo puede creer? Franco está allí, en el agujerito que dice la canción, y muerto y bien muerto. ¡Pues no faltaría más! Cuando he oído la radio, me dio como la risa, oiga, porque ni la resurrección de Lázaro está clara y fíjese los chistes que se han hecho al respective. Lo que pasa es que el «bunker» trabaja por lo fino y ya no saben qué inventar para ponerle freno a la democracia. Ni caso, mire usted. Yo me marcho ahora, tan campante, a la fábrica, que tenemos asamblea para decidir si hacemos huelga de solidaridad, aprovechando de paso para pedir un aumento lineal de mil duros, que nunca vienen mal.

¿Pero cómo voy a creerme que haya resucitado el Dictador, caramba? Ahora, que hemos firmado los Derechos Humanos y que ya estamos en el Consejo de Europa y que tenemos unas Cortes representativas y que ahí están los líderes auténticos del pueblo, como el Felipe y el Santiago y el Marcelino y el Simón y hasta el presidente Suárez, que es un tío la mar de listo. Lo que le digo: maniobras de los «ultras» y nada más; pero a mí no me la dan con queso. La irresistible marcha hacia la Democracia y la integración en Europa y la consolidación de la Libertad no hay quien las detenga. Ni la obtención de los derechos de huelga y de manifestación y de representación en los partidos políticos, que la Dictadura tenía proscritos.

A mí no me la dan con queso, vuelvo a decirle.

EPÍLOGO RACIONAL (Y PREVISIBLE)

El camarada Girón se acercó a los micrófonos instalados en la Plaza de Oriente, en medio de un silencio impresionante. Más de un millón de corazones latían apresuradamente, pendientes de las palabras del viejo león vallisoletano. Que sacó el mejor registro profundo de su voz, para decir:

—¡Españoles! No es verdad. Desgraciadamente, no es verdad…

Un enorme murmullo de decepción retumbó en la plaza y en las calles cercanas y en los balcones de las casas del contorno, repletos de gente. Varias decenas de millares de personas estallaron en llantos; otras cuantas decenas de millares soltaron tacos por lo bajo; y otras muchas decenas de millares abandonaron la manifestación, sin el menor disimulo. Y a todo correr fueron en busca del autobús o de sus vehículos propios para regresar a casa. Y cuando, lejos ya de la Plaza de Oriente, se encontraron con conocidos que les comentaban el rumor, ya desmentido oficialmente por el propio ministro de Cultura, en un servicio extraordinario de todas las emisoras de radio conectadas con Presidencia, ellos decían, sonriendo astutamente:

—Qué estupidez, ¿verdad usted? ¿Cómo habrá habido gentes capaces de creerse esa tontería?

—Eso mismo digo yo —contestaba el otro, que media hora antes había estado buscando como un desesperado su viejo carnet del Sindicato Vertical de Frutos y Productos Hortícolas.

—Hay mucha fantasía en este país…

—Y mucha mala uva…

—Exacto. Con tal de llevarle la contraria al Gobierno…

—Porque el Gobierno, usted me dirá, no puede hacer más de lo que hace…

—Hombre, no diría yo tanto. Si Suárez se decidiera ya de una a entregar alguna cartera al P.S.O.E., quizá la cosa económica mejorase.

—También debería contar con los de Tierno Galván…

—Lo que hace falta es consolidar la democracia, ¿no cree usted?

—Eso, eso. Pero cuanto antes; porque como no nos demos prisa…

—En fin, don Anacleto; que usted lo pase bien.

—Con Dios, don Robustiano…

Mientras tanto, Girón terminaba ya su breve discurso.

—La gran lección de este día, la moraleja de este rumor tan absurdo —estaba diciendo— ha sido que el pueblo español, mayoritariamente, repudia el desgobierno que padece, en la misma medida que añora los tiempos prósperos, los tiempos de orden, justicia social y pacífica convivencia ciudadana que pasó bajo el mandato del Caudillo Franco…

Las trescientas mil personas que quedaban en la Plaza de Oriente prorrumpieron

entonces en vítores entusiastas, en ovaciones acaloradas y luego se disolvieron pacíficamente, aunque algunos miles se manifestaron a continuación frente a la Dirección General de Seguridad y, más tarde, ante el Ministerio de Defensa y acabaron a palos con unos grupos anarquistas que se les enfrentaron, a la altura del Banco de España.

La mayoría, los que no participaban en los coletazos del acto patriótico, volvían a sus casas absolutamente tristes, definitivamente desilusionados.

Y es que se lo habían creído.

Sucedió que, mientras el monaguillo (que escuchó claramente las voces del sacristán) telefoneaba con presteza al Comité Central del Partido Comunista dando la singular noticia sin esperar a que se confirmase, el Padre Prior llegaba a la inmensa nave de la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, jadeante, exhausto, porque había bajado a todo correr desde su habitación y además en camiseta, a despecho de la temperatura ambiente. Iba a su lado el sacristán, trémulo, tembloroso, como un poseso.

Tuvieron que hacer un alto en los primeros bancos del templo, porque sus corazones marchaban con demasiada aceleración. Y apoyándose el uno en el otro, sin el menor protocolo, pasaron frente a la tumba de José Antonio (esta vez, el sacristán omitió incluso su tradicional genuflexión), rodearon el altar mayor y se encontraron ante el sepulcro de Francisco Franco.

El Padre Prior miró con ansia. A renglón seguido, el Padre Prior, sin el menor respeto al lugar sagrado en que se encontraba, le dio un soberano bofetón al sacristán, a la vez que le decía, llenándosele la boca con el insulto:

—¡Imbécil…!

Todo estaba normal. La piedra de granito de las muchas toneladas cubría, como siempre, la tumba del Caudillo. Sobre la escueta leyenda —FRANCISCO FRANCO — se amontonaban los ramos de flores también como siempre. Pero nada más.

—¡Imbécil! —repitió airadamente el Padre Prior—. ¡Más que imbécil! ¡Menudo susto me has dado…!

El sacristán, hecho un flan, balbuceó:

—Yo hubiese jurado…

Se puso de rodillas, toqueteó la lápida. Desde el suelo, volvió a decir:

—Perdóneme, padre. Yo le juro que me pareció…

El Padre Prior, indignadísimo, le espetó, con singular violencia:

—Bebes demasiado. Hace tiempo que te lo vengo diciendo. Y eso te hace ver visiones.

El sacristán lloraba desconsolado.

—¡Por mi madre que lo vi, padre! ¡Que vi el sepulcro abierto y vacío…!

El Padre Prior (en quien, de pronto, recobrada la tranquilidad, comenzó a hacer mella el frío) cruzó los brazos y mientras se restregaba con ellos el pecho, comunicó al sacristán:

—Quedas despedido…

Cayó el sacristán sobre la losa, abrazóse a ella y repitió, en un jadeo angustioso:

—¡Lo vi! ¡Lo vi! ¡Le juro que lo vi!

Era verdad que el sacristán bebía demasiado.

A las doce del mediodía del 20 de noviembre de 1978, deshecho el estúpido equívoco, la normalidad volvió a adueñarse del país. Y fueron a la huelga los basureros de Cáceres, los panaderos de Santander, los albañiles de Santiago de Compostela y los catedráticos de Instituto de Ciudad Real. Se encerraron en todos los centros sanitarios de Madrid los A.T.S., mientras los enfermos se morían, y, en Catalunya, los agricultores del Penedés cortaron las carreteras como protesta por los precios agrícolas fijados por la Generalitat para sus productos. En el País Valencia hubo sentadas ciudadanas reivindicando mejoras laborales para los artistas falleros y la U.G.T. de Segovia paralizó los servicios funerarios hasta que no se concediese un aumento lineal de seis mil pesetas a los sepultureros. Como oposición al III Pacto de la Moncloa, las Trabajadoras del Amor (putas) de Málaga realizaron paros intermitentes de dos horas, de doce a dos de la madrugada, y en el Estado Bético Occidental estallaron varios artefactos, que destrozaron los enlaces de televisión. Hubo tres atracos a joyerías en Zaragoza (veintidós millones de botín) y en Castellón de la Plana se desvalijaron tres agencias urbanas del Banco de Bilbao y una de la Caja de Ahorros. Las gasolineras de Granada dejaron de prestar servicio, solidarizándose con los pescadores de Cádiz, que estaban en paro porque los marroquíes habían apresado dos barcos y mantenían como rehenes a sus marineros. E.N.S.I.D.E.S.A. cerraba, de manera indefinida, su siderúrgica de Avilés y los jefes de estación de R.E.N.F.E. anunciaban una huelga de tres días, a partir del 22, que inmovilizaría el tráfico ferroviario en todo el territorio de los Países Ibéricos. En el Puerto de la Cruz (Canarias), el M.P.A.I.A.C. volaba un hotel de lujo y secuestraba a cinco turistas de distintas nacionalidades. La cárcel Modelo de Teruel era incendiada por los tres reclusos comunes que seguían encerrados en ella. Los cantaores de los tablados flamencos cantaban a media voz, cumpliendo el acuerdo adoptado en asamblea democrática, de reducir la productividad si no se les reconocía el derecho a un plus de toxicidad por el mucho humo que había en los locales a causa de los puros que fumaba la clientela. Los niños de Gijón y Oviedo tendrían que ir a pie a sus colegios, al declararse la huelga de transportes discrecionales. No podría comerse carne en Badajoz ni pescado en Burgos ni legumbres en Lérida ni huevos (con perdón) en Albacete, como consecuencia de los conflictos laborales planteados en los

diversos sectores alimenticios. En Lugo estaban cerradas las cafeterías y las empleadas del hogar (antes, chachas) se habían encadenado en plena calle de Santiago, de Valladolid, protestando por su esclavo menester. En Ávila, los *gay* se manifestaban exigiendo su derecho a la igualdad de trato, que en tan arcaica ciudad se les negaba. Y un comando juvenil se llevaba doce millones de pesetas de unos grandes almacenes de Vigo, en un atraco perfecto, a plena luz del día.

La vuelta a la normalidad, era, pues, absoluta. A mayor abundamiento, en Galdácano, E.T.A.-militar mataba a tiro limpio a un teniente de la Policía Armada y en Beasaín estallaba un artefacto en el cuartel de la Guardia Civil, causando un muerto y tres heridos graves (uno de ellos, el hijo de un sargento, de cinco años):

Por fortuna para el país, lo de la resurrección de Franco había sido tan sólo el fruto necio del alcoholismo de un sacristán embrutecido…

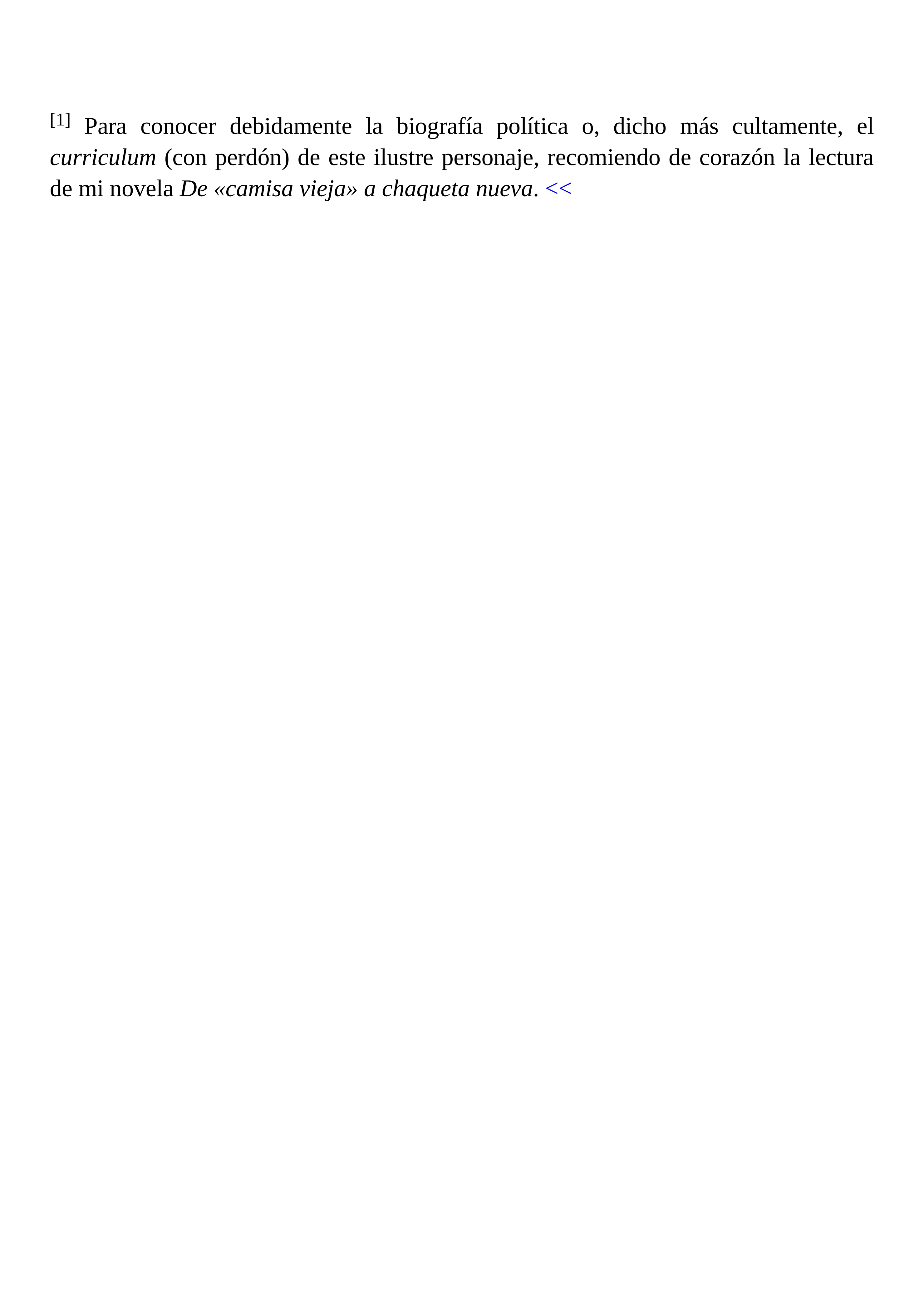
Navacerrada (Madrid), verano-otoño de 1977.

«Novela de historia-ficción» llama su autor a este libro. Cuya definición es, realmente, difícil. Porque en él hay, en efecto, una ficción inicial, un absurdo naturalmente imposible —la resurrección de Francisco Franco—, sobre el que Vizcaíno Casas monta después toda su trama. Y esa trama es, en cambio, de un pretendido realismo crítico y hasta, en ocasiones, de un cierto surrealismo. La despiadada contemplación del momento político del país a través del prisma personalísimo del autor abunda en rasgos sarcásticos y hasta en interpretaciones-límite. Con todo ello, *… Y al tercer año, resucitó* se convierte en un libro de apasionada lectura que despertará las más contrarias opiniones. La aparición constante de personajes reales inmersos en la ficción de la historia, tratados con una ironía a veces mordaz, presta singular atractivo a la narración, hecha en el clásico estilo directo, fácil y lleno de intención satírica que caracteriza la pluma de Vizcaíno Casas. Evidentemente, *… Y al tercer año, resucitó* empalma de manera directa con un anterior título del autor, *De «camisa vieja» a chaqueta nueva*, uno de los mayores éxitos editoriales de esta misma colección. Uno y otro libro vienen a complementarse, aunque en éste sea todavía mayor el desgarro humorístico, la intención crítica y la constante incidencia en la actualidad española.



FERNANDO VIZCAÍNO CASAS, (Valencia, 23 de febrero de 1926 – Madrid, 2 de noviembre de 2003), valenciano, abogado laboralista, escritor fecundo y de amplia recepción popular, desde que en 1971 apareciera su primer best-seller, *Contando los 40*, viene siendo uno de los autores más vendidos de España. En esta misma colección se publicaron *Niñas… ¡al salón!* y *De «camisa vieja» a chaqueta nueva,* que han superado entre ambas los 100 000 ejemplares. Otros libros suyos igualmente celebrados fueron *La España de la posguerra* (Colección Espejo de España), *Café y copa con los famosos, Mis audiencias con Franco y otras entrevistas, La boda del señor cura* (Colección Albia Nova). Al decir de la más exigente crítica, se trata de un autor con especial facilidad para los temas actuales, vivos, que enfoca con un fino sentido del humor y a los que sabe dar un tratamiento periodístico, dentro de un estilo narrativo claro y directísimo, sin retórica. Es un novelista absolutamente singular y un humorista inserto en la mejor tradición del género. *… Y al tercer año, resucitó,* novela definida por el propio Vizcaíno Casas como «de historia-ficción», constituye una obra sorprendente, destinada a superar, sin duda, todos sus éxitos anteriores.

Notas



[1] Para conocer debidamente la biografía política o, dicho más cultamente, el *curriculum* (con perdón) de este ilustre personaje, recomiendo de corazón la lectura de mi novela *De «camisa vieja» a chaqueta nueva*. <<



[2] Vuelvo a recomendar la lectura de mi anterior novela *De «camisa vieja» a chaqueta* nueva, para conocer debidamente a este otro personaje. <<